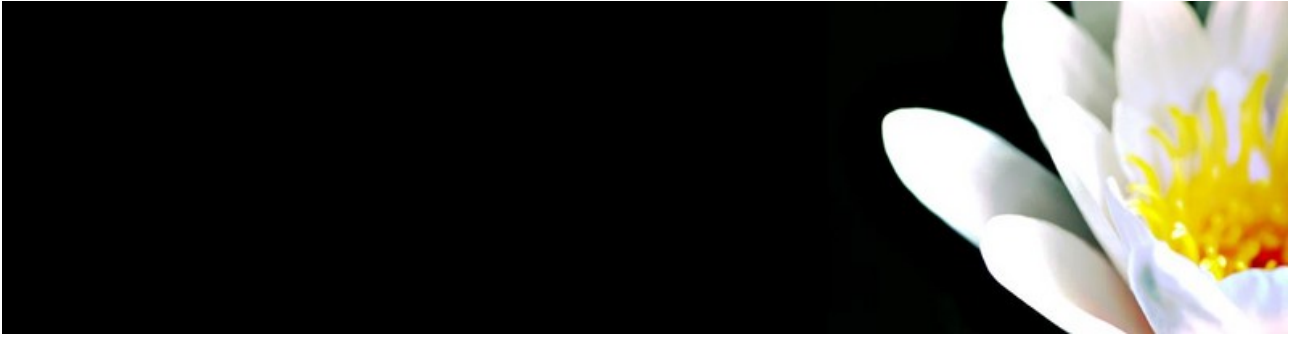




El Templo de los Nenúfares

Juan Ángel Donaire Rutiña | eltemplodelosnenufares.es

Introducción

Sí. Definitivamente, ya ha llegado.

Ha llovido ya mucho desde aquel día 18 de mayo de 2005, en el que en horas de aburrimiento a mi mente no se le ocurrió sino hacer el mapa de un mundo imaginario.

También hace ya tiempo desde que creé el alfabeto yúnnico —ahora irrelevante—, desde que ideé los personajes, desde que maquiné las primeras claves del argumento.

El Templo de los Nenúfares ha sido una novela inspirada en un título. Sí, es raro, pero cierto. Se me ocurrió de repente, y pensé que lo había visto en algún lugar. Pero busqué y busqué, y no: aquellas palabras eran de mi invención.

Podría decirse que aquel arranque ha sido el mejor símil con mi novela en sí: una obra que parece conocida, pero llena de improvisación y curiosos experimentos que le dan un toque personal.

Porque ante todo, ETDLN es una obra personal. Llena de continuas —y en ocasiones tremendamente sutiles— referencias a mi vida, he volcado en ella multitud de afectos y deseos íntimos. Es el resultado de un proyecto iniciado con escasa esperanza pero con gran ilusión: una novela que es parte de mí.

De acuerdo, no puedo decir que haya trabajado día y noche en ella, pero poco a poco la he conseguido finalizar, con altas dosis, como digo, de ilusión. Lo reconozco: me he sorprendido a mí mismo. Siempre que me embarqué en semejante aventura jamás pasó de dos o tres días de emoción.

Pero ya van tres años y medio. He aprendido mucho, me ha ayudado mucha gente, y ha supuesto un gran éxito personal concluirlo. Ahora, el mejor regalo que me puedo hacer a mí mismo es ver ETDLN en forma de libro. Jugando, por qué no, a ser escritor.

No seáis exigentes: soy solo un adolescente al que le gusta el lápiz. Aún me queda mucho camino por recorrer. No obstante, creo que podrá divertiros a más de uno.

Es lo único que pretendo. Solo crear una historia entretenida y que os haga pensar durante al menos un par de minutos sobre alguna cosilla.

Muchas gracias.



Noviembre de 2008

A todo aquel que haya dedicado un solo instante a Yunnia, porque también merece viajar allí.

Prólogo

Era de noche en Yark.

Caminaba sin rumbo por las largas y empinadas calles de la gran ciudad. No había ni un alma: la que era capital de la República de Reish se quedaba vacía de noche, y ni tan siquiera en el puerto se oía un murmullo. El ambiente era fantasmal, silencioso y a la vez frío. La brisa marina me obligó a ponerme la chaqueta, recordando a mi madre cuando me decía que me abrigara.

Atravesé plazas y avenidas, callejones y paseos. Me fijaba con asombro en la grandeza de los edificios institucionales, de corte colonial, que se antojaban incluso más imponentes con la leve iluminación que otorgaba la Luna. Entre ellos se intercalaban, además, las modestas pero coloridas viviendas de funcionarios y comerciantes, donde vivían junto a sus familias.

Infinidad de callejones que me llamaban al unísono lograban que mi imaginación brotase, haciendo del lugar algo aún más rico. Pensaba en cómo sería la vida de todas aquellas anónimas personas que moraban todos esos hogares. Pude ver ilusiones, proyectos, recuerdos, anhelos y noticias de aquella sociedad ignota para mí, la sociedad de la extensa y desconocida Yunnia.

Me metí en el hueco que dejaban dos de aquellas típicas viviendas pesqueras, caminando a tientas por un instante, hasta que desemboqué en otra calle, estrecha. El satélite seguía sobre mi cabeza, dejándose ver aun en el encogido cielo que aparecía entre los apretados edificios. Esperaba encontrar lo que buscaba, aunque no sabía exactamente qué era. Seguí avanzando hacia ninguna parte, dejándome llevar por la aleatoriedad de mis pensamientos.

En ese mismo momento, el instinto me hizo parar. Sentí que había encontrado lo que buscaba.

Estaba ante una discreta aunque bonita vivienda de dos plantas, del mismo estilo de las que la rodeaban. Sin pensarlo tan siquiera un segundo, entré.

Primera parte

1

Viento, corrientes que se enlazan, psicodelia. Un lugar en el que todos los colores, los conocidos y los que aún no han sido descubiertos, revolotean a su antojo. Reina un gran desorden, desequilibrio, algo inabarcable. Un orden ilógico, absurdo. Pero, pese a todo, bienestar, casi placer. Entre toda esa fiesta de confusiones camina desconcertado, pero consciente de todo lo que sucede. Mira alrededor asombrado y embriagado, mientras los haces de color fluyen en torno a él, envolviéndolo sin atarlo. Se siente pequeño y gigante, el todo y la nada. Puede ver al fondo un punto blanco, ínfimo pero que destaca sobre lo demás, bien definido. Se va acercando, y poco más allá le atrapa, le traga, y se siente infinitamente agobiado...

Estuve esperando un buen rato allí, pero el chico no se despertó hasta que el primer rayo de luz entró por la ventana. Solo entonces abrió los ojos, sobresaltado.

—¿Qué... hora... es...? —dijo bostezando.

Pese a su situación matutina, tenía el pelo, castaño por cierto, igual de suelto que al acostarse. Lo había dejado un poco largo, y tuvo que apartarlo de su cara con la mano.

—La hora de levantarse, Ian —dijo una voz desde la puerta, sobresaltándome—. Ya son las siete y media, y si no te apuras no sé yo si llegarás a tiempo al Liceo.

—Mak, qué sueño más raro he tenido... —dijo con voz apagada.

Bien: ya sabía que el chico se llamaba Ian, y el hermano, Mak.

Mak era alto, y sus ojos azules dejaban ver la fuerza y rebeldía típicas de su juventud. Ian se dijo que era extraño que estuviera tan lúcido a esas horas, porque, aun con su ánimo y espíritu, era dormilón.

—Anda, anda: déjate de sueños y levántate —repuso—, que brilla un sol fantástico. Hoy va a ser un buen día... —sentenció con optimismo.

Ian le hizo caso a su hermano. Se levantó de la cama y se paró a ver a través de la ventana, en la pared que había al frente, cerca de la cual estaba yo apoyado. Le miré a la cara, y no pude evitar percatarme de que parecía agotado.

“¡Pues sí que hace bueno!” murmuró. Había muy buenas vistas. Al fondo estaba el estrecho que separaba las dos partes de la ciudad. En medio se extendía el barrio pesquero, formado por numerosos edificios de colores claros y dispuestos sin demasiado orden, pero que formaban, aun así, una bonita estampa. Atravesándolo, una calle bajaba hasta el mercado, en el que parecía que los tenderos ya trabajaban, preparando sus productos a los ciudadanos más madrugadores, que no tardarían en acudir.

Ian volvió la vista y se dirigió al baño, cruzando rápidamente su habitación, pequeña pero suficiente para lo que necesitaba. Me fijé en su escritorio, y encontré una novela entre un par de libros de estudio y alguna libreta con apuntes de lo que, a primera vista, parecía ser algo de matemáticas.

Regresó después de un buen rato, tras haberse duchado. Cogió del armario una sudadera blanca, y me fijé en que, pese a la ducha, seguía con mala cara. Parecía un tanto asustado. Tras meter en la mochila los libros y la libreta en la que me había fijado, la posó y salió de la habitación.

Eché rápidamente un vistazo a la planta mientras cruzábamos el pasillo. Debía de haber tres habitaciones y uno de los baños. Tras bajar las escaleras vi que abajo estaba la sala de estar y la cocina, y otra puerta que seguramente daba a otro aseo.

Olía a algo dulce, y supuse que estaban haciendo un pastel o un bizcocho. Allí estaban sus padres: Hush, un hombre amable y simpático que me sacaba dos cabezas, y su madre, Ineia, una mujer agradable y atractiva. Mak estaba charlando con ellos mientras desayunaban, pero Ian se mantenía en silencio, con la mirada perdida, mientras se tomaba unos cereales. Tenía un mal presentimiento.

Ian era el único que no estaba radiante, pero su familia no pareció percatarse. Al acabar, subió de nuevo a por la mochila, y tras despedirse de sus padres, que aún estaban conversando con Mak, nuestro protagonista abandonó su hogar con rapidez. Si no se apresuraba, llegaría tarde al Liceo.

El Liceo Superior de Yark era el de mayor prestigio de todo Reish, y en él trabajaban diariamente Ian y su tutor particular, Krirant, sobre materias básicas: Matemáticas, Yúnnico, Historia, Geografía y Naturaleza. Me sorprendió que la educación en Yunnia se pareciera tanto a lo que nosotros hacemos en nuestras escuelas: teoría y práctica, deberes, notas, asignaturas. Incluso alguna que otra excursión fuera del centro.

Intuí que al Liceo no podría acudir cualquiera, pues no debía ser común aquello de que hubiera un profesor por alumno. Parecía ser que el acceso a la institución era complicado, pues se debían cumplir unos requisitos muy exigentes, que Ian, cómo no, había superado con creces. Pero su familia tampoco tenía tanto dinero como para costeárselo, y el chico solo pudo acceder gracias a una beca, tras superar un duro examen con tan solo siete años. Y sin duda alguna, había cumplido las expectativas.

No tardó en llegar a la clase. El edificio era monumental, imponente, del mismo estilo del Parlamento o de los Juzgados, y el aula tenía el techo alto y paredes forradas de estanterías con miles de libros. El chico se sentó en el pupitre que había en medio, diminuto en comparación con la grandeza de la sala. Allí esperaba un hombre anciano, de larga barba pelirroja. Krirant, se llamaba. Un nombre peculiar, no cabe duda.

Noté rápidamente que la relación que entre ellos había era más que buena. Supuse que era inevitable cogerse cariño después de tanto tiempo.

Ojeé el lomo de los libros de las paredes mientras corregían un par de ejercicios. Cuando acabaron, el profesor comenzó a explicar una nueva lección de Naturaleza. Me senté en el suelo mientras escuchaba todo lo que decía. Nunca me interesaron demasiado las ciencias, pero he de reconocer que estaba ensimismado con las maravillas que contaba de flores y plantas del mundo que acababa de descubrir.

La siguiente la dedicaron al estudio de la ortografía del Yúnnico. Leí de reojo en el libro de Ian que, años antes, se habían unificado todos los idiomas de Yunnia en uno solo, llamado Yúnnico Avanzado. No obstante, decía que aún existía otro alfabeto, que solo usaba un pequeño grupo de gente. Me fascinaba ese idioma: tenía caracteres muy curiosos y bonitos, semejantes a los latinos, y algunas palabras se parecían peligrosamente.

Tras la explicación de otra lección —declinaciones verbales imperfectivas—, Ian se despidió de Krirant, pues había llegado la hora del recreo. Mientras le seguía en dirección al claustro, pensé en que Ian era un chico inteligente; parecía muy maduro pese a los catorce años que tenía.

Ya allí, estuvo charlando con alguno de sus compañeros sobre temas livianos, con tal vez demasiada distancia. Francamente no parecían amigos, pues tenían entre sí una esmerada y no menos exagerada educación formal. Me dije que tal vez así fuesen las relaciones de amigos en Yunnia, pero lo dudé. Lo más probable es que solo ocurriera eso en el refinado Liceo, adonde acudían únicamente —salvo contadas excepciones— los hijos de las grandes y adineradas

familias de la capital.

Cuando pasó la media hora, Ian regresó a clase.

El reloj marcaba las once y media de la mañana.

Tras entrar de nuevo en el aula, se sentó en su pupitre y sacó de la mochila el libro de Historia, la asignatura que tocaba en ese momento según el horario. Lo abrió y se puso a leerlo, puesto que el tutor aún no había llegado. Mientras, yo bebía de lo que en él traía, y quedé sumergido entre tantos sucesos, guerras e incluso algún que otro hecho digno de leyenda.

Un cuarto de hora después aún no había llegado. Ni tras media hora.

Ian estaba indudablemente mosqueado. Jamás Krirant había llegado tarde a clase. Jamás. Trató de estudiar algo, pero estaba demasiado preocupado para ello.

Y así se paso nada menos que dos horas: de brazos cruzados. Hasta que fue el momento de volver a casa.

—Sí, papá, desapareció sin más. Me parece francamente extraño: sabéis lo estricto que es, en especial consigo mismo.

—Yo que sé, Ian, habrá tenido algún asunto urgente. No te preocupes, mañana ya te lo contará.

Ian reflexionó. Tal vez Hush tuviera razón y no pasase nada. Puede que solo hubiera surgido un imprevisto y no hubiese podido regresar.

Sin embargo, sentía que aquel día estaba turbio. Y no solo porque las nubes hubiesen cubierto de repente el cielo yarkiano: aún tenía aquel mal presentimiento. El sueño le había asustado: jamás había vivido uno igual de intenso y de realista.

No saboreó demasiado la última cucharada de flan. Se levantó, y sin decir más se recostó en la cama. Eran las tres de la tarde: no pretendía dormir. Solo descansar. Estaba un poco agobiado.

Comenzó a llover con fuerza. Las gotas repiqueteaban con fuerza contra la ventana, y parecían gritarle a Ian la veracidad de su presentimiento. A mí tampoco me agradó en absoluto. Me gusta la lluvia, pero había sido demasiado repentino. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Había algo extraño en el ambiente.

Llevaba desde las cuatro y media estudiando. Era ya casi de noche.

Ian acudía todas las tardes a la biblioteca del Liceo. Con enormes ventanales, grandes mesas, adecuada iluminación, silencio y, lo más importante, una buena fuente de información, era el lugar ideal para repasar las últimas lecciones o hacer los ejercicios. Allí estaba todo a mano.

Seguía lloviendo. El techo, de cristal traslúcido, dejaba vislumbrar los arroyos de agua que descendían por el tejado. Adentro no se oía nada más que el paso de las páginas de algún libro y la tos de algún despistado que no se había abrigado lo suficiente para hacer frente al cambio de tiempo.

Ya estaba harto de leer una y otra vez lo mismo. Hacía solo mes y medio que habían empezado las clases: no había aún demasiado que hacer. Pero no quería volver a casa todavía. La lluvia arreciaba, y eso significaba mucho. La casa de Ian no estaba lejos, pero lo suficiente para llegar empapado.

Recogió los libros y los metió en la mochila. Se la puso al hombro, y se levantó. Se dirigió entonces a la biblioteca propiamente dicha: en concreto, a su sección favorita, la de las leyendas yúnnicas.

Repasó sin interés los lomos de los, para él, archiconocidos ejemplares. Tomó uno o dos, para leer algún relato que se le hubiese escapado, y así tratar de relajarse un poco. Se sentó, pero estuvo poco tiempo. Tal vez diez minutos. No tenía ganas ni de leer.

Tenía que volver *ya* a casa. No soportaba estar más tiempo allí. Y sin embargo...

Cuando devolvió el segundo libro a su lugar correspondiente, se percató de que había algo nuevo.

Era pequeño, de tapas negras, y no más en la portada que el título, en diminutas letras doradas: *Escondidos: leyendas*.

Siempre le habían llamado la atención los mitos de aquellos Escondidos. En teoría eran personas —aunque en ocasiones derivaba en “criaturas”— con diversos poderes mágicos. Adivinación, teletransporte, detener el tiempo, eran tan solo algunos de ellos. Era tal la diversidad de relatos en torno a aquellos seres que no dejaba de ser misterioso que fuese común en todos y cada uno de los rincones de la geografía yúnnica.

Lo tomó, animado por primera vez en todo el día. Después de tantos años, ver un libro nuevo en aquella sección era francamente sorprendente.

Le echó un vistazo por encima. Era maravilloso: jamás había visto semejante recopilación. Engañaba el tamaño: tenía cerca de doscientas páginas, y la letra era bastante pequeña. Tal vez tuviera un centenar de pequeñas historias.

Volvió a la primera página, y leyó el prólogo.

Hombres y mujeres yúnnicos que han sido desterrados. Esa es la conclusión con la que comenzamos este libro.

No es fácil hablar de Escondidos en los tiempos que corren. Todos los conocemos, pero solo forman parte de nuestra mitología. Ahora ocultos en el Cinturón de Roca, formaron parte de la sociedad yúnnica desde el comienzo de los tiempos. Y sin embargo, la leyenda se limita a atribuirles poderes imposibles y a convertirlos en poco menos que monstruos.

¿Y si en realidad los Escondidos existiesen? ¿Y si solamente hubiesen desaparecido sociológicamente de la Humanidad por una conspiración injusta?

Un exhaustivo análisis acompaña a cada pequeño relato recogido. Son los residuos dejados tras su desaparición. Así comprenderemos cómo es de verdad la desconocida sociedad Escondida, y solo así podremos acercarnos a ella.

Ha llegado el momento de que el mundo actual descubra esta mágica existencia.

No podía creerme todo eso. ¿Poderes? ¿Superhombres? Era irreal. Definitivamente había sido escrito por un chalado o por un aprovechado capaz de creerse que aquello vendería.

También Ian estaba boquiabierto. Se había puesto pálido: no había esperado que el libro tratara de... eso. Esperaba encontrarse tan solo una lúdica compilación de relatos. Sin verdad alguna. Pero, ¿podría resistirse a un prólogo tan sumamente morboso y mediático?

Definitivamente, no. Pasó de página, aún en pie, pero ahí había una nota. Me acerqué un poco más a él, para tratar de verla con claridad. Era un trozo de papel, no más. La caligrafía era elaborada, pero sin florituras. "Ian", decía. A secas.

Estaba ahí por él, no cabía duda. Pocos conocían tan bien como él aquella sección: no podía dirigirse a otra persona. De hecho, no conocía a nadie con su mismo nombre...

Debajo de su nombre, había trazada una flecha que indicaba hacia abajo. Instintivamente, miró al suelo.

Una simple hoja de castaño se estaba deslizando por el aire, suavemente. No obstante, pudo oír cómo se posaba en el suelo. Algo extraño. Se agachó a recogerla.

En cuanto se incorporó, miró el suelo a su alrededor, y a un par de metros se encontró con otra hoja. Y más allá, una tercera. Incluso una cuarta y una quinta. Pudo ver la sexta asomando por la esquina del pasillo.

Estaba indicando un camino. No dudó, y dio el primer paso.

El recorrido atravesaba la biblioteca, en dirección al exterior. Junto antes de salir por la enorme puerta del también enorme vestíbulo se puso la capucha, pero sabía que, por muy impermeable que fuera, quedaría calado hasta los huesos. Aparte de que seguía diluviando, había un fortísimo viento.

Pero, pese a las inclemencias, las hojas seguían ahí, como si estuviesen clavadas en el suelo, indicando el sendero entre tanta agua. Bajando las escaleras, vio que se volvía a torcer.

Se dirigía hasta el pequeño parque del Liceo. No había un alma.

Allí, en un banco, se acababa el recorrido. Buscó algo llamativo, pero fue en vano.

Se sentó. Le dio igual que estuviera mojado: un poco más de agua no le importaba lo más mínimo. Escuchaba el ensordecedor ruido del agua golpeándolo todo, y contemplaba el húmedo lugar con preguntas. Aquello de las hojas era absurdo, y ahora estaba empapado, en medio de la tormenta. Estuvo esperando sin saber por qué unos minutos.

Hasta que, de repente, notó que ascendía la temperatura. Dejó de sentir cómo el agua le chorreaba por la cabeza, y el ruido cesó. Pero seguía lloviendo. Solo que ya no llovía en torno al banco.

Se entumeció al empezarse a dar cuenta de qué podría estar ocurriendo. Pero, ¡era tan extraño!

Fue entonces cuando Krirant apareció a su lado. Aquel hombre de pelo largo le miraba sonriente, con gesto de condescendencia.

—Eres un Escondido —concluyó Ian sin más, tratando de ocultar su asombro.

—Vaya, pues sí —respondió Krirant, gracioso—. Reconoce que ha sido un bonito modo de mostrártelo.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué quieres? —preguntó sin entender nada.

—Tengo algo importante que pedirte, y creí que lo mejor que podía hacer era contarte las cosas desde el principio —Krirant parecía estar convencido de que su estrategia había funcionado.

»Está claro, Ian: ese principio pasa por que yo, tu tutor, soy un Escondido. No hace falta esforzarse mucho para intuir qué se está pasando por tu cabeza: no cabe duda de que ese dato implica mucho. Sin embargo, me vas a permitir que te lo deje todo bien claro.

»Por supuesto que los Escondidos existimos. Ese libro que te encontraste es un estudio (un tanto desafortunado, todo hay que decirlo) sobre la sociedad Escondida actual. Pero, aun con sus terribles errores y falacias, contiene grandes verdades que al menos convencerían al lector de que somos reales.

»Estamos en todos lados: muchos de los altos cargos de vuestra sociedad están ocupados por Escondidos, tenemos un pequeño universo paralelo de ciudades y refugios ocultos, y muchos de nosotros simplemente nos camuflamos entre la gente de a pie por toda Yunnia.

Ian no sabía que decir.

—Tenemos poderes, esa es otra de las verdades. Por eso nos mantenemos al margen de *vuestros* asuntos. Pero no te preocupes: nuestras intenciones no son malas —sentenció no demasiado convencido.

El pupilo pudo ordenar con facilidad las caóticas ideas, ayudado en parte por el silencio sepulcral que aún permanecía.

Desde luego, Krirant no le había revelado semejante información si no fuese debido a una razón de peso. Era evidente: buscaba algo. ¿Pero qué pretendía de un simple adolescente?

—Tus capacidades, Ian. Necesitamos tus aptitudes —contestó—. Tenemos un gran plan a realizar, y ha decidido el Consejo que nos ayudes.

Una pequeña risita se escapó de mi boca. La cosa empezaba a ponerse emocionante... Sentí una intensa curiosidad, pese a que seguíamos —tanto Ian como yo— entendiendo más bien poco de lo que el Escondido trataba de explicarnos.

—¿Y qué se supone que tendré que hacer?

—¿Te suena de algo Deicos? —¿*Deicos*? ¿Qué demonios es Deicos? Ian mostraba un gesto de incredulidad que me llegó a sorprender: sería algo importante, seguro—. Sí, Ian. La puerta a los orígenes. Legendaria, ¿verdad? Ya lo creo. Sabemos que existe. Y debemos encontrarla. Curiosamente te elegimos a ti en la búsqueda por tu inteligencia... Bien. Tendrás una recompensa, acorde con la peligrosidad de la misión. Aun así yo estaré continuamente protegiéndote. Dejarás las clases hasta que acabemos, pero merecerá la pena, pues descubrirás lugares de todo tipo, y aprenderás cosas que jamás te podré enseñar en el Liceo.

»La decisión es tuya. Mañana a las ocho y media de la mañana me la dirás. Ni más tarde ni más temprano, aquí mismo, en el aula. Espero tu respuesta —concluyó el Escondido, desapareciendo justo después.

En ese momento, la lluvia volvió a empapar al chico, que permaneció sentado, impasible al frío, durante unos minutos.

Se puso en camino hacia su casa. Yo le seguí con paso ligero. Qué peliculero era todo eso. “Ian en busca de la puerta perdida”.

“¿Peligrosidad? ¿Abandonar los estudios que tanto me ha conseguido obtener? Y además, ¿quién se cree semejante fantasía novelesca?”. Ian no era, pese a su talento, demasiado curioso. Mientras que yo hubiese aceptado sin rechistar, aun yendo gratis, él no aceptaría. Estaba mucho más cómodo siguiendo su rutina, sin sobresaltos, al lado de su familia.

De cualquier modo, algo era irrefutable: los poderes de Krirant. Se los había mostrado, eran mágicamente reales. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué no le dejaban tranquilo?

Ya cerca de casa, Ian distinguió a lo lejos, a pesar de que en la calle había bastante gente, a su padre. Corrió hacia él, y parecía también nervioso. Me di cuenta de que tenía unos llamativos ojos verdes.

—¡Hijo! —exclamó cuando se juntaron— ¡Han secuestrado a tu madre!

¡Pero qué demonios! ¿Es que al pobre chico solamente le pasaban desgracias?

—¿¿Qué?? —grito con voz temblorosa pero fuerte—. Volvamos a casa, tenemos que hablar de muchas cosas.

Ian no tardó ni un segundo en encajar la información. Habían secuestrado a su madre para obligarle a realizar la misión.

—He vuelto del trabajo y los he visto. ¡Sí! A los Escondidos. Tan pronto como los descubrí, se marcharon. Con tu madre, claro.

—Krirant es uno de ellos —soltó el chico, con la mirada perdida.

—¿Quién? ¿Tu tutor?

—Así es. Me contó que debería embarcarme en una aventura peligrosa para encontrar Deicos, la Puerta, de la que hablan las leyendas. Parece un sueño (mejor dicho, una pesadilla), pero algo me dice que es verdad. Además, tengo que responder mañana. Es una decisión a contrarreloj. Si la cumplo devolverán a mamá. Si no, prefiero no pensar lo que le podría ocurrir.

Madre mía, increíble.

—Tenemos todo el día para hablar —dijo su padre en tono tranquilizador, aunque poco efectivo—. Aún no podemos hacer nada por ella.

—Dejaron verse —susurró Ian para sí. Reflexionó y concluyó que:— Debo aceptar esa misión para recuperarla.

No pudo reprimirse más y rompió a llorar. La verdad es que habría deseado consolarle. Comprendía su llanto. El pobre chaval tenía miedo.

Pasaban las horas, e Ian, echado en la cama, seguía con los ojos abiertos, sin dormir, no sé si porque pensaba que no podría o porque no quería hacerlo.

El día anterior lo primero que hizo fue ducharse rápidamente. Trató de afrontar el pavor que sentía con la mayor frescura posible.

Evidentemente, habían discutido el asunto. Sonaba tan extraño —incluso bizarro, me atrevería a decir—, que no sabían cómo tratar el tema. Parecía ficción, pero por desgracia el hecho de que Ineia ya no estaba en esa casa era real. Por lo tanto, se limitaron a suponer que, pese a todo, lo expresado por Krirant era cierto.

Así, tras un largo debate, se delimitaron bien las posiciones.

La de Ian no era demasiado firme, pero lo suficiente como para defenderla: iría. No podría permitirse quedarse en casa de brazos cruzados sabiendo que su madre estaba sabe Dios dónde, con quién y cómo. El viaje, además, no parecía tan terrible. En cambio, la del padre no era la misma. Ya le habían quitado a su mujer: ¿Y si le quitaban también a su hijo?

El peor momento fue sin duda la llegada de Mak, su hermano. Este se quedó de piedra, pero aun así no tardó, aunque le costaba creer lo de la misión, en participar en la conversación. Mak estaba de parte de su hermano, lo cual pudo contribuir a que la decisión final fuese afirmativa. Irían, sí. Pero todos, los tres.

También hubo tiempo para avisar a la Guardia Local. Me extrañó, iluso yo, que el tutor no hubiese dicho nada sobre avisar a las autoridades, como advertían en tantas películas los secuestradores. Pero claro, pensé después que ni el mejor armamento detendría a los Escondidos si de veras eran tan sumamente poderosos.

Aun con esas, lo hicieron: les contaron lo sucedido omitiendo, eso sí, todo lo relacionado con los Escondidos y la Misión, por si las moscas. Desde la ventana vi, poco tiempo después, cómo había movimiento de personas con traje negro en el puerto. Se movían con rapidez. En una hora, todas las vías de transporte estaban paralizadas y muy vigiladas, pero era de esperar que los Escondidos no se dejasen encontrar como había ocurrido horas antes.

Mientras Ian pensaba en todo esto, amanecía. Pero no era un amanecer bonito, como el del día anterior, sino tremendamente triste y melancólico. Los nubarrones negros que aún descargaban lluvia sobre Yark solo dejaban entrever algunos rayos de Sol, que apenas iluminaban las calles con una luz mortecina. Parecía que incluso la ciudad estaba triste.

El chico se levantó rápidamente, hizo su cama, se duchó y se vistió procurando no hacer ruido. Cuando acabó, despertó a su hermano, que tampoco tardó en levantarse, y ambos fueron a desayunar.

Echaron en falta, como no podía ser de otra manera, a su madre. Se estaba preparando el desayuno de siempre, un tazón de cereales, cuando apareció Hush, el padre. En su cara estaba marcada toda la tristeza que sentía. Sin hablar más de lo estrictamente necesario, pues ya lo tenían todo pensado, se prepararon, cogieron los paraguas y se fueron al Liceo. Hush había obtenido un permiso por el incidente, y por lo tanto tenía el día libre.

—¡No hacía ninguna falta! —recriminó Krirant claramente enfurecido— ¡Os dije que un par de días bastarían para convencerle! ¡No necesitábamos ensuciarnos las manos!

—Queremos que todo vaya sin problemas y rápido —contestó la mujer, impasible ante el enfado del Escondido.

—¡Pero también es nuestra premisa evitar sufrimiento innecesario! ¡Era absolutamente prescindible un secuestro tan absurdo! ¿Acaso ya no queda nada de eticidad en el Consejo?

—Suficiente —dijo en tono autoritario—. La democracia es la democracia: la mayoría es la mayoría. Si se ha llegado a esa conclusión, debes acatarla, y lo sabes.

Al llegar al aula exactamente a las ocho y media, el trío se encontró con el tutor. Pero allí no solo estaba aquel, sino también un grupo de Escondidos, nueve mujeres y siete hombres.

Era un grupo muy heterogéneo, salvo por un único aspecto: llevaban el pelo largo, y en el caso de los últimos también la barba. Ian distinguió entre ellos al director del Liceo —“Seguro que tiene que ver mucho con todo esto”, se dijo. Y también se fijó en una mujer que destacaba, que rondaría la treintena, y que por su porte dedujo rápidamente que sería la líder.

En ese momento me fijé en otro parecido: todos mostraban una expresión de asombro, y no tardamos en saber a qué se debía. No esperaban que llevase compañía.

—Buenos días, Ian. Y por supuesto también a ustedes, señor Hush y... —el tutor hizo un esfuerzo por recordar el nombre— Mak, ¿verdad? Supongo que Ian ya les habrá puesto al tanto de lo sucedido. Iremos al grano: el Consejo no tiene demasiado tiempo que perder. Primero, Ian nos dirá si acepta realizar la misión. En tal caso, la señora Pakli en persona —Ian supo pronto a quién se refería— les mostrará algunos los aspectos de la misión. Pero antes comenzaremos por que nos expliquen... ¿qué hacen aquí tu padre y hermano? —preguntó en un tono menos

protocolario.

—Sé que no estoy en posición de pedir nada, pero les ruego que permitan que ambos me acompañen en la misión —dijo, lacónico y con el debido respeto, tal y como había ensayado, mientras se producía un murmullo de sorpresa—. Por lo tanto la respuesta es afirmativa: haré esa misión, siempre que se cumpla mi condición.

La verdad es que participaría en ella de cualquiera de las maneras, pero había pensado que así tal vez, y solo tal vez, les presionaría para que se lo permitiesen.

Tras un breve intercambio de ideas en el grupo de Escondidos, Krirant habló.

—El Consejo necesita debatir.

Y, para su sorpresa, un instante después dijo:

—Ya hemos tomado la decisión.

Mak y Hush parecían impresionados por la rapidez de esta, y, para qué os voy a engañar, yo también. Pero Ian sabía a qué se había debido: lo habían discutido tras parar el tiempo. Padre, hijos y servidor atendimos a lo que iba a decir.

—Uno, chico. Solo uno te podrá acompañar —expresó Krirant con firmeza, pero con un atisbo de tristeza —je incluso ternura!— en sus ojos.

Otra decisión difícil. Empezaba ya a hacer cábalas sobre quién sería ese uno cuando el Escondido prosiguió.

—Aún hay tiempo para las decisiones. Y ahora, como dije antes, su Excelencia les explicará los detalles.

En ese momento, la Escondida joven, en la que Ian se había fijado, dio un paso al frente.

—Como Krirant dijo antes —comenzó—, me llamo Pakli, y soy la Matriarca de los Escondidos —es decir, que era la máxima autoridad...—. Pues bien. Yo te contaré los detalles. Te daré la recompensa y te devolveré a tu madre —expresó olvidándose de los demás.

En ese instante se detuvo el tiempo: lo notamos gracias al reloj que había colgado en el aula. En cambio, ni Mak ni Hush lo percibieron.

—Empezaremos por esto último —prosiguió—: la recompensa. Recibirás sesenta millares de ertabios —Ian se quedó con la boca abierta: era una cantidad astronómica—, pero no solo eso. Además del dinero y la vuelta de tu madre, te daremos un valioso obsequio, aunque aún no te diremos de qué se trata. —y cuando dijo esto, los diez restantes Escondidos pusieron cara de disconformidad— Este asunto queda cerrado —concluyó con firmeza lanzando una mirada de desaprobación al consejo.

»Proseguimos con el desarrollo de la misión. Como bien sabes, deberás buscar y abrir Deicos, la puerta a los orígenes. Pero necesitarás una doble llave. El viaje será peligroso, pero muchos Escondidos por toda Yunnia te protegerán continuamente. Y Krirant será el primero. Viajarás por tanto con Krirant, tu padre o hermano (aún lo debes decidir) y un compañero, elegido por su capacidad e inteligencia (las razones por las que te elegimos a ti), que conocerás en su momento. Las primeras pistas te las aportará Krirant el día de la marcha. Éstas te llevarán a algún lugar de Yunnia.

»Finalmente, la fecha de inicio. Pasado mañana partirás desde el puerto de Yark, a las ocho y media de la tarde. Allí estará tu tutor esperándote. Irás con el familiar que elijas y tu equipaje. Llevarás solo lo esencial, ¿de acuerdo?

»Pues nada más, eso es todo —finalizó, cuando el reloj se volvió a oír.

Y desaparecieron los once Escondidos, incluido el tutor.

Tras esto, padre e hijos volvieron a casa. Los seguí. Aún tenían que tomar decisiones y no quería perdermelas.

3

Sin apenas darme cuenta llegó el día de la marcha.

Vi que daban las siete de la tarde en el reloj de la habitación, mientras Ian ultimaba los detalles. La maleta ya estaba llena, pero ahora estaba revisando la lista que había confeccionado dos días antes con el fin de no olvidarse de nada. Una pena no poder decirle que le quedaba por meter la pasta de dientes.

Su hermano ya la había preparado. ¿Su hermano? En efecto, Ian estaría acompañado por Mak. Hush, el padre, lo había creído conveniente. Totalmente razonable: él tenía un trabajo, al que le había costado acceder, y en cambio su hijo carecía aún de este. Además Mak ya era mayor de edad, pero mucho más joven, y disfrutaba de una mejor forma física y mental. Sería capaz de cuidar mejor de Ian.

También pensaba en la misión en sí. ¿Deicos? ¿La Puerta de los Dioses? Menuda patochada. Dos llaves. Surrealista, se dijo. Pero, ¿qué más daba todo eso? Tenía que recuperar a su madre... aunque sin embargo, pensándolo en frío, llegó a la conclusión de que lo más probable era que estuviera más segura incluso que llevando su vida normal. Al fin y al cabo los Escondidos eran expertos en evitar los problemas y ocultarse, y pese a todo, parecían ser gente sensata y, ¿por qué no?, sin malas intenciones. Aunque sí dispuestos a hacer lo necesario por conseguir lo que quisieran. Así que, ya que había que hacerlo, tendría que disfrutar el viajar por todo el mundo, empleándose a fondo

para conseguir lo que hiciera falta.

Al finalizar el repaso —y sin percatarse aún de que faltaba el dentífrico—, lan cerró la maleta con un candado, se sentó y miró por la ventana. Tras ella se mostraba la estampa más bonita de la ciudad: la puesta de Sol. Los rayos naranjas iluminaban las calles y plazas, en las que solo quedaban algunas personas cerrando sus negocios. Únicamente el sonido de algunas gaviotas rompía el silencio que comenzaba a surgir. El chico, absorto en sus pensamientos, no sintió la presencia de su hermano a su lado.

—Son las ocho menos cuarto —dijo, sobresaltándole—. Será mejor que recojas ya tu maleta.

—Ya voy, Mak —respondió, mientras que este salía de la habitación con la suya.

Cuando bajó al recibidor, tanto su padre como su hermano estaban preparados para marchar. Y no esperaron más.

Media hora después llegaron al puerto, en el cual solo había algunas barcas de pesca de bajura, que se disponían a faenar de noche con el fin de abastecer de pescados y mariscos frescos al mercado el día siguiente.

La dársena de transportes se encontraba ahora vacía. A lan le extrañó que no hubiese arribado aún el barco, a falta de diez minutos. Pues bien: pasado ese tiempo exactamente, padre e hijos observaron cómo aparecía de la nada.

Era pequeño: no superaría los quince metros de eslora, calculé, pero era majestuoso. Realmente cuidado, estaba construido, como después descubriría, de madera de roble, y se veían adornos dorados por todas partes.

En la cubierta observaban tres marineros jóvenes y el que supuse que sería el capitán, con el pelo ya canoso, un poblado bigote y de complexión fuerte, que en ese preciso instante bajaba al interior del barco. Poco después el capitán salía de allí, posándose en suelo firme.

—¡Buenas noches, jóvenes! —dijo impetuosamente a los dos hermanos— Vosotros sois los viajeros que se hospedarán en mi barco, ¿verdad?

—Así es —contestó lan escuetamente.

—Bueno, pues me presento. Soy el Capitán Kolfnet, orgulloso propietario de este navío —dijo estrechando la mano al padre—. Estos chavales son sus hijos ¿verdad?

—Sí, Mak e lan —respondió mientras miraba a sus hijos—. Le ruego que nos deje un momento para despedirnos —dijo educadamente, aunque tal vez de modo un tanto brusco.

—¡Faltaría más! —concluyó.

Entonces Mak e lan dieron un fuerte abrazo a su padre. Se despidieron de él, prometiendo que le escribirían, y entraron junto al Capitán en el barco.

Y una vez se cerró la puerta, Kolfnet dijo:

—Bienvenidos, pues, al Barco de la Noche.

Señaló una mesa que había al fondo de la gran habitación en la que se encontraban. Allí esperaba Krirant.

—¡Buenas noches, pareja! ¿Qué tal estáis? —dijo examinando de arriba a abajo a los dos hermanos una vez se encontraron— Espero que bien. ¿Por qué no les acompaña a su camarote para que dejen sus maletas y se acomoden un poco antes de la cena? —le dijo en un sutil tono de orden a Kolfnet, haciendo éste caso con una mueca de desagrado. Cogió las maletas con sus robustos brazos y acompañó a los invitados hasta allí, subiéndolas por las escaleras.

El camarote era grande. Tenía una ventana circular en la cabeza de cada cama —Mak e lan dormirían en la misma habitación—, y también había una estantería llena de libros y un escritorio que tenía al frente otra ventana, esta vez rectangular y mucho más grande. Una vez posaron las maletas, bajaron sin demora a la sala previa, en la que esperaba el Escondido. Tomaron asiento, y Krirant comenzó a hablar.

—Hace dos días se dijo que yo os explicaría las primeras pistas en este barco, una vez estuviésteis en él. Pero primero esperemos a llegar a la Corriente.

Yunnia seguía dándome cosas nuevas. ¿Corriente? ¿Qué era la Corriente?

—Venid por aquí.

Tomaron el pasillo que había a la izquierda, y una vez llegaron al fondo entraron en el salón y se sentaron en el gran sofá que había.

Las vistas eran magníficas. La estancia estaba situada en la proa del barco, y un gran ventanal dejaba ver el mar hasta el horizonte a la izquierda, y a la derecha el extremo sur de Yark —la ciudad estaba dividida por un estrecho en dos partes: la norte, en la que vivía lan y estaban las zonas más importantes, y la sur, mucho más pequeña, en la que vivía la gente de clase pudiente. Pero entre ambas partes se veía una elevación de agua. Se trataba de la Corriente. Una vez el barco llegó a ese punto, se “subió” sobre ella y dio una sacudida.

—¿Puede contarnos ya algo? —preguntó lan con impaciencia, pues aún no conocía ningún detalle de la Misión más que los objetivos y algún que otro dato abstracto.

—Dejemos las preguntas para después de la cena —respondió con rotundidad el Escondido, escaqueándose de nuevo.

Se dirigieron al comedor, al que llegaron tras recorrer el pasillo de antes hasta el fondo, y entrar por una puerta a la derecha. Era una sala grande, muy bien decorada, y solo entonces Ian se percató de algo. El barco parecía mayor por dentro que por afuera. “Cosas de los Escondidos”, pensó. ¿Todos los tripulantes eran Escondidos? ¡Pues realmente no lo parecían! Ninguno de ellos llevaba la características cabellera y barba largas. Le preguntaría al tutor, y así yo también saldría de dudas.

Sin darme cuenta, mi vista, como la de los visitantes, se posó en la mesa. ¡Menudo menú que les esperaba! Había de todo: desde ricos mariscos hasta carnes asadas, pasando por sopas, frituras y demás.

—¡Vaya! —se le escapó a Ian— ¡Qué banquete!

—Huy, sí —dijo Krirant—, Taria ha hecho un buen trabajo.

—¿Taria? —preguntaron intrigados Mak e Ian al unísono.

—Sí, la excelente cocinera de este barco.

—¡Venga, a comer! —dijo una voz a su espalda— Supongo que no podréis resistir la tentación de probar estos deliciosos platos durante mucho más tiempo.

El capitán tomó asiento, y con él los dos hermanos, el Escondido y los demás tripulantes del barco, que entraban detrás suyo.

Aquella cena fue la mejor que Ian disfrutó jamás. Si ya resultaba apetitoso al verlo, todo sabía mil veces mejor. El chico probó de todos los platos que había, sin excepción alguna. Pero lo que más le gustó fue el postre. Taria, una mujer rechoncha, muy agradable y simpática, incluso bromeó con Ian y Mak mientras lo servía. Los dulces estaban aún más deliciosos si cabe que los primeros platos. Pasteles, tartas, flanes, bollería.

Estaban charlando un poco después de la comida, cuando me dirigí de nuevo hacia el salón de proa, con la intención de descubrir en la pequeña estantería algo que me ayudase a entender qué era la Corriente. Había una Enciclopedia, y cogí el tomo con una “c” en el lomo. Busqué rápidamente “corentai”, escrito en alfabeto Yúnnico, y me puse a leer —leer en un idioma que desconozco es fácil para mí, narrador.

De las 44 ciudades yúnnicas, 28 son costeras. El mar es una importante fuente de materias, como el pescado y la sal, y desde el descubrimiento de las corrientes acuáticas es también el principal, mejor y más rápido método de transporte.

Las corrientes acuáticas son naturales, superficiales, muy rápidas y de doble sentido, para un equilibrio de nivel marino. Todas estas características hacen que estas Corrientes sean óptimas para el transporte. Las Corrientes rodean ambos continentes y también la isla de Lenai.

Debido a la cantidad de accidentes que se registraron tras su descubrimiento de navegantes que probaban las corrientes inconscientes de la dificultad de navegación en ellas, se produjo la Reunión de Iatía, en la que se acordó crear la CICAY (Confederación Internacional de Corrientes Acuáticas Yúnnicas), que puso sus delegaciones en las siete ciudades costeras más importantes: Iatía, Yark, Gis, Inaes, Renai, Alindr y Naa. En estas delegaciones se enseñaba a los navegantes a usarlas con seguridad.

Unos años después se produjo una segunda reunión, la de Yark, en la que se acordó crear delegaciones en las restantes 20 ciudades costeras, exceptuando Enea, que quedó excluida por estar en una de las zonas de corrientes prohibidas (costa de Enea y costa del Bosque Límite). En esta reunión se acordó también que la Confederación organizase una Guardia Naval que multase y prohibiera usar las Corrientes a todo aquel que no tuviese un certificado de una de las Delegaciones, reduciendo el número de accidentes prácticamente a cero.

Para mejorar aún más la seguridad y el comercio, muchas ciudades se agruparon en tres asociaciones: la Meriánica, la Iarico-Misraica y la de las Repúblicas Húmedas.

Definitivamente podían haberlo explicado algo mejor, pero logré entender que se trataba de algo así como una red natural de autopistas marinas.

Recordé el tríptico que había conseguido días antes, en el cual había tres mapas yúnnicos. Uno era físico; otro, político, y el restante era de las Corrientes. Lo doblé por esa parte y traté de localizar las poblaciones de las que hablaba la Enciclopedia.

Detecté rápidamente alguna de ellas. Por ejemplo, Enea, en Septania, el continente del norte; Iatía, en las antípodas, en Meriania, y Yark, al este, zona central, como puente entre ambos continentes.

Noté movimiento detrás de mí. Los tripulantes del Barco empezaban a volver a sus puestos, o bien a descansar. Entre ellos, los dos hermanos y el Escondido, que se dirigían a una habitación que al parecer les habían dejado para poder hablar solos. Cerré el libro y lo dejé donde estaba, guardé el tríptico y me dirigí hacia la pequeña estancia.

En ella había una mesa pequeña y cuatro cómodas sillas. Allí, por fin, el chico pudo enterarse de alguna clave más del viaje.

—Para empezar quiero deciros a dónde vamos. Nos dirigimos a Pirin, el único puerto de la Provincia de Eveull en la costa este. ¿Y por qué ese no es nuestro destino? Pues porque es donde vive tu compañero —dijo a Ian—, es decir,

el otro “elegido” que viajará con nosotros durante la misión. Llegaremos mañana a las nueve de la noche, previsiblemente. Tras encontrarnos con él, iremos a la posada en la que nos alojaremos, y a las seis de la mañana partiremos hacia el nuevo destino que os será comunicado en ese momento.

»¿Por que llegamos tan tarde y por qué marchamos tan temprano? Puede que ya lo sepáis, pero este barco solo puede hacerse visible de noche. Sería un escándalo que unas personas apareciesen por arte de magia en el mayor puerto de Eveull, con tantas personas mirando. Además, de noche los puertos están vacíos. El Barco tiene todos sus papeles en regla, mas, qué duda cabe, su invisibilidad es tremendamente útil en ciertas misiones Escondidas.

»Ya no me queda nada más por contar. ¿Tenéis alguna duda?

—Yo no. ¿Tú, Ian?

—Tampoco —respondió sin más.

Dicho esto, los tres fueron al comedor, para pasar un buen rato con los marineros.

Aquella noche se lo pasaron en grande contando anécdotas y chistes. Ian pensó que todos los marineros del Barco de la Noche eran buena gente, y la mar de salados —nunca mejor dicho. Sin embargo... el Barco en sí no le inspiraba mucha confianza. No sabía por qué, pero sentía que había algo oculto en él.

Ya era medianoche cuando decidieron irse a dormir. Los dos hermanos se despidieron de la tripulación, y se echaron en la cama, sin tardar en quedarse profundamente dormidos.

4

Justo estaban dando las seis y media de la mañana cuando el capitán despertó a Ian y Mak, aporreando la puerta. Yo también me asusté, aunque no estuviera dormido. Últimamente no ganaba para sustos.

—¡Vamos chicos! ¡No seáis perezosos! Tenemos un largo día por delante.

Los hermanos no tardaron mucho en asearse y vestirse. Cuando lo hicieron, bajaron al comedor. Allí ya estaba el resto de tripulantes.

Desayunaron todo tipo de frutas, embutidos, huevos, zumos y bollos, y un buen vaso de leche. Estaba mirando cómo Ian tomaba la última rodaja de bacon cuando de repente me sentí mareado, como si el barco cayera por el vacío. Pero tan rápido como vino la sensación, se fue.

Cuando ya me recuperé, me di cuenta de que a los chicos les había ocurrido lo mismo. Y también me fijé en que los marineros se estaban riendo de ambos —y por extensión, aunque no me hubieran visto, de mí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ian.

—¡Acabamos de salir de la corriente! Al principio es una sensación desagradable, pero os acabaréis acostumbrando —contestó Krirant, que acababa de llegar al comedor.

El resto del día transcurrió con normalidad. Pude notar que los marineros trabajaban felices. Les gustaba el mar. Ian y Mak se dedicaron a acompañarles y a echarles una mano cuando hiciese falta. Ian también dedicó mucho tiempo pensando en cómo podría ser su compañero, el que le acompañaría a realizar la misión. Incluso tuvieron tiempo para recorrer el barco de arriba a abajo.

El Barco de la Noche constaba de cuatro plantas. En la planta baja estaba el recibidor —la sala por la que Ian y Mak habían entrado en el barco el día anterior—, el comedor, las cocinas, el salón de proa y dos salas laterales —una de las cuales fue la facilitada a Krirant y los hermanos para hablar de la misión. La primera planta constaba de doce camarotes, de los cuales cuatro eran dobles —uno de ellos el de los hermanos—, ocho individuales, utilizados por los marineros, y el séptimo, de mayor tamaño, en el que se alojaba Krirant. En la segunda planta/cubierta, había otros cuatro camarotes dobles, y el del capitán. Y finalmente, en el sótano estaba la bodega, un pequeño camarote sin utilizar y una puerta cerrada a cal y canto, un tanto misteriosa. Además, en cada planta había un aseo, aparte de un cuarto de baño por cada camarote. No parecía mal sitio para vivir.

A las siete y media avisaron de que se veía tierra. Diez minutos después estábamos a pocos metros del puerto de Pirin, y toda la tripulación estaba ya en cubierta.

La vista vespertina de la ciudad era inesperada: una muralla de agua se elevaba con fuerza hacia el cielo, solo interrumpida por una decena de grandes arcos. Por el hueco que estos dejaban se podía intuir una pequeña ciudad, una modesta villa, demasiado oscura para la hora que era.

—¿Qué os parece Pirin? —dijo el capitán mirando las caras extrañadas de los hermanos—. ¡Ah, que nunca habéis estado en Eveull! —dedujo por su cara de asombro.

Nos estuvo contando —aunque los chicos ya supiesen algo sobre el tema— que en aquella zona llovía al revés, por extraño que pareciese. La gravedad del agua se invertía: las nubes estaban a ras de suelo, y la región tenía, por

tanto, una humedad altísima, lo cual había provocado el endurecimiento de la piel de los eveúlicos. No obstante, suponía una gran ventaja para los cultivos, fértiles allí como en ningún lado.

—El río Dulen sigue su curso por el cielo, y es todo un espectáculo observar como el agua asciende a la entrada en Eveull, y cómo desciende en una maravillosa cascada cuando la gravedad vuelve a su estado natural. Aún recuerdo cuando mi padre me llevó allí cuando era pequeño —dijo nostálgico—. También está invertida la gravedad en las zonas que están bajo el nivel del mar, pues el agua que allí debería estar se encuentra suspendida en el cielo. Eso es lo que ocurre aquí. En este punto el agua sube y baja constantemente por la inversión de dirección gravitatoria, formando esta muralla. Y eso que veis ahí —prosiguió señalando con su dedo los arcos— es un gran invento. Evita que el agua pase por el espacio que marca. Si no estuviesen podéis estar seguros de que llegaríamos calados hasta los huesos —finalizó con una fuerte carcajada.

Volví a sacar el tríptico, por la parte del mapa físico. Sin duda había supuesto un gran acierto el llevarlo conmigo, porque ni yo mismo recuerdo como se llaman todos los lugares de Yunnia.

Sí, ahí estaba Eveull, al sureste —por lo tanto, en continente meriánico. Y cruzándolo, el Dulen, uno de los ocho ríos Yúnnicos.

Doblé una vez más el tríptico, esta vez por el mapa político. Ahí ya figuraba Pirin, una de las solo tres poblaciones portuarias que había en el extensísimo Imperio Eveulita.

Eché un vistazo al resto del mapamundi. Me entraron ansias de aventura al ver tantísimos lugares por conocer. Tal vez tuviera tiempo a visitar los Bosques de Iara, tan repletos de leyendas; el verde Principado de Lest; las dos ciudades-templo, Krag-in e Ine-in, en la cima de las dos grandes montañas Yúnnicas, Kragdan e Ineae, y tantos otros sitios igualmente misteriosos y maravillosos.

Tras doblarlo con sumo cuidado, guardé el tríptico en mi bolsillo, mientras los marineros dirigían el barco lo más rápido posible hasta la orilla.

Poco después hermanos y Escondido, seguidos de una buena parte de la tripulación, y finalmente yo mismo, salimos del barco con lo necesario para la noche. Dormirían fuera de él: pretendían disfrutar al máximo la corta estancia que permanecerían en Pirin.

Hacía mucho calor, y la gran humedad que había causaba sensación de bochorno. Pero era gracioso ver cómo las nubes se movían entre nuestras piernas. El puerto estaba unos veinte metros por encima del suelo: tal era la profundidad del mar. El barco quedaba encallado por afuera de la burbuja.

El cielo estaba más oscuro de lo normal a esas horas debido a la cantidad de agua acumulada en las alturas.

Una vez se fueron todos, y tras despedirse hasta el día siguiente, nos quedamos solos en el puerto Ian, Krirant, Mak y servidor, esperando al compañero del primero.

Pero cuando eran las nueve y cuarto aún no había llegado.

En ese mismo momento, mientras cuatro personas esperaban impacientes, en un lugar muy cercano aún más oscuro una persona adulta y otra más joven hablaban rápidamente.

—Entonces, ¿cómo os comunicaréis conmigo? —preguntó esta última.

—Ni siquiera yo lo sé aún, pero deduzco que será fácil entablar comunicación. Esos son asuntos del Jefe, y él sabrá lo que hacer...

—¡Ya son las nueve y cuarto! —interrumpió, tras mirar su reloj de bolsillo— Me tengo que marchar, ya es tarde.

—Recuerda: manténlo todo en secreto. Haz bien tu papel, eres capaz de ello. Que tengas un buen viaje —finalizó, mientras la joven salía del sótano.

Eran ya casi las nueve y veinte. En ese momento no había nadie más que ellos en el puerto. Entonces distinguí la silueta de alguien que salía de un antiguo edificio. Llevaba una maleta. Una vez llegó allí, la chica dijo:

—¡Hola! ¿Tú eres Ian?

—Así es —respondió sin más.

—Bien, yo soy Euni. Tu compañera de la misión —finalizó con un susurro, esbozando una sonrisa.

¡Era ella! ¡Qué tonto había sido! ¡No había pensado que la compañera pudiera ser una chica! Aunque siempre contaba con todas las posibilidades, se me había escapado ese simple detalle.

Me fijé en Mak y Krirant. El mayor de los hermanos tenía el mismo gesto de sorpresa que yo. Sin embargo deduje que el Escondido ya lo sabía por la expresión de su cara. E Ian... Bueno, Ian era un chico listo, seguro que se lo había imaginado, y, sea como fuere, no le daba importancia.

Me fijé en ella. No era muy alta, pero era guapa, y en su rostro adolescente se podía vislumbrar que se trataba de una chica seria y calculadora, a la par que amable e incluso simpática.

—Me presento. Yo soy Krirant —dijo el Escondido con una leve y respetuosa inclinación de cabeza.

—Y yo, Mak. Soy el hermano de Ian —se presentó escuetamente.

—¡Encantada de conocerlos! Creo que formaremos un buen equipo... ¿No tendríamos que ir ya a la posada? —dijo animada.

—Sí. Vayamos hacia allí.

Cogieron las bolsas y maletas, y siguieron los pasos del Escondido. Se dirigieron al mismo edificio del que había salido Euni. Una vez llegaron, abrieron la puerta y entraron.

—Todo ha salido bien —dijo un Escondido—. Los dos chicos ya están reunidos. Realizarán bien la Misión, o al menos eso creo.

Pakli escuchaba mientras miraba por la ventana. El paisaje de Yark de noche era hermoso: ni una luz más que la de la Luna, ni un ruido más que el del mar.

—Yo también lo creo —contestó la Matriarca—. Si todo sale bien, en dos meses la habrán finalizado con éxito.

Y a la vez, en el otro continente, en Eveull, y no muy lejos de Pirin, otro par de personas hablaban también de la Misión, pero desde otro punto de vista.

—Todo ha salido bien —dijo el padre de Euni—. Los dos chicos están ya reunidos. Mi hija hará buenas migas con el chico (Ian, creo que se llama), y realizará con éxito la tarea que le encomendaste. La misión Escondida fracasará.

—Verdaderamente así lo espero —dijo una voz desde las sombras. El Jefe estaba contento. Muy contento.

La posada estaba bien iluminada. No había demasiada gente, y olía bien, a un perfume muy agradable.

Una mujer los recibió. Parecía risueña, pero su semblante cambió en cuanto vio a Krirant. Con voz áspera preguntó:

—¿Cuántas habitaciones desean?

—Dos individuales y una doble, por favor —respondió simplemente el Escondido.

—Aguarden diez minutos —pidió la recepcionista con sequedad.

Los cuatro se sentaron en el sofá que tenían a su derecha. Ian y Euni charlaron un poco. El chico descubrió —y por tanto yo también— que ella venía de Vhelis del Sur, una ciudad relativamente cercana a Pirin. Tal había sido la confianza que la chica le había inspirado que al chico le entraron ganas de contarle lo del secuestro de su madre. Pero recapacitó: no era el momento adecuado. Lo haría en cuanto la situación lo permitiese.

Pasados los diez minutos, la recepcionista aún no había vuelto, y tuvieron que esperar otros cinco para que así fuera. Entonces la mujer les dio los números de habitaciones y las respectivas llaves.

Tras cenar en el restaurante, Mak y Krirant se fueron a ellas, pero Ian y Euni se quedaron abajo, en el recibidor.

Estuvieron hablando de todo tipo de asuntos. Ian no tardó en contarle ya por fin —pero en voz baja— el tema del secuestro. Ella respondió que los Escondidos probablemente no hicieron lo mismo con ella porque sabían que no haría falta, que realizaría la Misión por su carácter aventurero... Aun así se mostró muy ofendida por el hecho de que usasen el dolor para obligar a Ian.

Eran ya las dos de la madrugada cuando acordaron subir a sus habitaciones para descansar un rato. Pero, cuando ya iban a abrir la puerta, algo raro sucedió. El embriagador aroma que había antes por todo el edificio desapareció, dando paso a un olor pestilente, aunque no demasiado fuerte. Fue justo en ese momento cuando, sin ningún motivo, se apagaron las luces.

5

Buscaron rápidamente el modo de actuar. Los factores en conjunto no dejaban lugar a dudas: había problemas. Lo primero que hicieron fue avisar y despertar a Mak —tras abrir la puerta con dificultad debido a la oscuridad—. Poco después vieron a Krirant, que acababa de salir de la habitación.

El olor era nauseabundo, y ya se respiraba con dificultad.

—Rápido —insistió el Escondido—, tenemos que marchar lo antes posible. Nos persiguen. Cogeos a mí y os llevaré a algún lugar seguro.

Sin pensarlo dos veces, le hicieron caso. Y...

No sucedió nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó nervioso Ian.

—¡No puedo! —afirmó alarmado el Escondido.

—Entonces, ¿qué hacemos? —dijo Euni.

Iba a contestar el Escondido cuando oyeron cómo alguien se acercaba corriendo. Iban hacia ellos, por su izquierda. De repente volvió la luz, pero no tan fuerte como sería normal, sino suave, generando una tenebrosa penumbra.

Los cuatro identificaron a esas personas como Guardias Locales. Fueron corriendo hasta el otro extremo del pasillo, pero antes de llegar vieron que llegaban más Guardias también por ahí.

Solo había una escapatoria: la ventana. Krirant se la señaló a los tres chicos, y aunque en otra situación habrían pensado que era un suicidio —estaban a bastante altura—, no vacilaron. El Escondido los agarró, y los cinco saltaron al patio.

Algo amortiguó la caída, pero no se detuvieron a pensar el qué había sido. Intactos, pues, se dispusieron a correr en dirección a la costa, pero Krirant los dirigió hacia una pequeña puerta que tenían en frente.

Una vez la cerraron, los Guardias llegaron a la ventana, y cuando se asomaron no vieron nada más que un patio oscuro y vacío.

Se encontraban en una pequeña y oscura habitación con cuatro puertas, una por pared. El Escondido escogió la de la derecha, y los chicos entraron en ella sin mediar palabra. De esta manera llegaron a un pasillo, en cuyo fondo se encontraba otra habitación exactamente igual a la anterior. Esta vez abrieron la puerta de enfrente.

Así se pasaron unos 5 minutos, recorriendo largos pasillos que acababan en pequeñas habitaciones con cuatro puertas. Finalmente, tras escoger la de la derecha, entraron en una sala mucho mayor, más iluminada y en la que había bastante gente. Un cartel a la derecha decía algo así como “El mesón de Pirin, la mejor taberna Escondida de todo Eveull”, escrito, como es evidente, en Yúnnico Avanzado. Debajo estaba la trascripción al alfabeto Oculto, el que usaban los Escondidos. Era algo más arcaico: parecían runas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mak.

—¿No tienes ojos en la cara? En “El mesón de Pirin” —dijo el Escondido de buen humor—. Estamos en las galerías subterráneas de Pirin. Os preguntaréis si nos encontramos a salvo aquí. Pues así es: las puertas que atravesamos solo pueden ser abiertas por un Escondido. Una tecnología simple y antigua, pero eficaz.

Pensé que, si así era, a los Escondidos les gustaba la parafernalia innecesaria. Una puerta hubiese sido suficiente. Dos, si acaso.

—Muy bien. Nos está persiguiendo la Guardia Local, y nosotros tan tranquilos en una taberna... —dijo Ian un tanto cabreado— Sinceramente, no lo entiendo.

—Me parece que hoy tendremos que dormir aquí. Esta taberna tiene también habitaciones. Fue muy imprudente por mi parte no haber transformado mis rasgos característicos: seguramente haya sido la recepcionista la que me ha delatado a la Guardia. Tenía que haberlo pensado antes... Pero también tendría que haber adivinado que esto iba a ocurrir. Y desde luego no contaba con que tanta gente estuviera enterada ya de que *no somos una leyenda* como para incluso temer la colaboración ciudadana.

—¿Y cómo es que había una puerta en el patio a este sitio?

—Podría decirse que hay una en casi todos los lugares de Pirin, solo que están muy bien ocultas. Si os dais cuenta, cualquier Escondido en apuros que se encuentre en la posada puede saltar muy fácilmente al patio, pues todos los pasillos dan a él. Seguramente por ese motivo se encontraba ahí. Además no solo Pirin tiene estas galerías, también las hay por muchas otras ciudades.

En ese momento se acercaba una chica joven a la mesa con una copa de findg, una fuerte bebida alcohólica —fortísima diría yo, una vez la probé y me ardió literalmente la garganta—, y les informó de que ya estaban preparadas sus habitaciones. Esto asombró a Ian de forma estúpida: el chico no se acostumbraba a la adivinación Escondida. Hasta a mí me parecía increíble.

No tardaron en ir a los dormitorios —amplios, bien iluminados y con ventanas, detalle que me extrañó, ya que creía que estábamos bajo tierra—, en las que curiosamente ya estaba el equipaje que habían abandonado en la posada. No durmieron mucho, puesto que ya eran las dos y media de la mañana cuando se acostaron. A las cinco menos cuarto se levantaron, y a las seis en punto ya habíamos salido, esperando a los marineros, tras pasar por otros laberínticos pasadizos Escondidos. Esta vez nos encontrábamos en las cercanías de un pequeño puerto secundario, lejos del principal.

Era aún de noche. No tardaron en llegar los demás tripulantes, que entraron con rapidez en el Barco detrás de él.

—Volvemos a estar a salvo. Ayer les hice llegar un aviso a los marineros avisándoles de lo que nos había sucedido, y creyeron que era prudente cambiar la embarcación de lugar. Seguramente habrá sido difícil para ellos volver al Barco con tantos Guardias merodeando por el lugar, ¿verdad, Capitán?

—Bah, estamos acostumbrados —dijo moviendo graciosamente el mostacho, quitándole importancia—. Pero sabes de sobra que no puedo poner en peligro mi tripulación de esta manera. Si algo así vuelve a suceder no tendré más remedio que dejar de llevaros en mi barco.

—Puedes estar seguro que de que no se repetirá. Tendremos cuidado —respondió convencido, muy serio.

—¡Pues manos a la obra! Quiero estar en la corriente antes de que amanezca —exclamó exagerando el capitán Kolfnét a los marineros, pues ya salía el Sol por el horizonte.

Cuando nos quedamos solos en el recibidor, Krirant llevó a los chicos como dos días atrás al salón de proa, y me dispuse a escuchar interesante información.

—Os tengo que explicar hacia dónde vamos. La próxima parada que haremos será en la isla de Lenai —dijo mientras yo sacaba ya mis mapas—. Ya sabéis que se trata de una isla muy civilizada, y podréis conocer a sus gentes, extraordinariamente hospitalarias. Pero lo más importante de todo es que vayamos al Templo del monte Trav.

»Nuestros antepasados creían en dioses, especialmente en tres: Trav, Kragdan e Ineae. Y también sabéis muy bien que las tres montañas principales de Yunnia tienen ese nombre. Ineae era el dios del calor y la sequía, y de su montaña nacen tres ríos: el río Dulen, el que atraviesa Eveull; el río Sunen que desemboca en Lest, y el Infinito, que sigue a través del Bosque Límite. Kragdan era el dios del frío y la humedad, y de su montaña, en el otro continente, nacen otros cuatro ríos: el Sanis, que da la vida a Misrae; el Iarek, que atraviesa los Bosques de Iara, y el Narren y el Aciae, que proveen de agua a las Repúblicas Húmedas.

»Pese a todo, Trav, el dios del equilibrio y la inteligencia, era el más adorado de todos. De su montaña, en la isla de Lenai, nace el río con su mismo nombre. Se cuenta que los linaélicos construyeron ese templo hace unos dos milenios porque tenían miedo de que Trav se enfureciese con ellos, y entrara en erupción el monte homónimo. Sí, es el único volcán de Yunnia.

»Vamos al templo del monte Trav porque creemos que allí hay una parte de la Llave, objeto que guardaban para que el Dios no se enfureciese... Se trata de una de las leyendas que deberemos creer a lo largo de nuestra aventura: por ahora es la única pista que tenemos.

»Mañana, dentro de veinticuatro horas, estaremos en Naa. Mientras tanto, podéis hablar entre vosotros, y así conoceréis un poco mejor —dijo dirigiéndose especialmente a Ian y a Euni— ¿Alguna pregunta?

—Señor, ¿por qué no ha podido adivinar lo que iba a suceder? —dijo Mak—. Es decir, ¿por qué no pudo prever lo ocurrido ayer con la Guardia Local, si tiene el poder de la adivinación?

—Estuve pensando en ello... Posiblemente más tarde os hable sobre nosotros, los Escondidos. Tal vez así resuelva alguna de vuestras dudas. Yo ahora tengo que ir a mi camarote: tengo muchas cosas que hacer. ¡Que tengáis un buen día!

6

La jornada transcurrió con normalidad.

Ian y Euni siguieron hablando entre ellos, y tratando de saber un poco más el uno del otro. En verdad el chico tuvo un día muy agradable. La comida que preparaba Taria sacaba una sonrisa a cualquiera, y los marineros se mostraban felices.

A Mak también se le veía alegre. Estaba en mil sitios a la vez: tan pronto hacía compañía a su hermano y a Euni como estaba ayudando a los marineros en cualquier pequeñez. Incluso yo me sentía mejor de lo normal. Era un placer pasear por cada rincón del barco encontrando una cara sonriente. Sin duda el optimismo estaba presente en todos y cada uno de los tripulantes del Barco de la Noche.

Exceptuando, eso sí, a Krirant, con su perenne seriedad. Pero tenía motivos para no estar demasiado contento: era evidente que le había confundido lo ocurrido aquella noche. Pese a todo, cumplió con su promesa, y les estuvo hablando de los Escondidos a los chicos, que mostraron mucho interés —aunque no era para menos.

—Cuentan las leyendas (y dicho sea de paso algunos libros secretos de los Escondidos) que nuestros orígenes se remontan a la fecha en la que los humanos venimos a Yunnia. Dicen que en la Puerta que nos trajo aquí hubo un problema, no sé si por gracia o por desgracia, que hizo que ciertas personas adquiriesen capacidades imposibles para el resto de la gente, tales como la adivinación, el teletransporte y la posibilidad de jugar con el tiempo, entre muchas otras. Tras momentos de mucha tensión, la sociedad Escondida se vio obligada a separarse de los humanos normales y corrientes. Es más: nos tuvimos que ocultar en, como ya sabéis, el Cinturón de Roca, hasta hace unos quinientos años. Sería entonces cuando ocurriría la expansión del mundo Escondido. Hoy día la sociedad Escondida tiene gente infiltrada en los más importantes cargos de los gobiernos Yúnnicos sin ser detectados. Y también muchas ciudades, como pudimos comprobar, tienen sus némesis subterráneas, en las que hemos podido vivir desde la subrepticia expansión.

»Pese a todo hay algo que es más importante que todo eso. Se trata de nuestra manera de vivir. Todos los Escondidos tenemos una misión que hacer en vida, y solo cuando la realizamos morimos. Siempre es, ha sido y será así. Aunque hay una excepción. Cuenta otra leyenda que en Eveull, la tierra en la que llueve hacia arriba, sucede eso porque un Escondido, por causas prácticamente desconocidas, murió antes de cumplir su misión, y que tal hecho produjo un gran cambio en la naturaleza.

»Aun así tan solo son leyendas. Los Escondidos tenemos un destino ya marcado, y nada lo podrá cambiar... —finalizó con resignación mirando al horizonte, en el que ya se empezaba a poner el Sol, a través del gran ventanal del

salón de proa.

Menuda historia que tenían aquellos individuos...

Cuatro horas más tarde se echaron a la cama. Ian tardó en dormirse, porque le vino a la mente la situación de su madre. ¿Qué tal estaría? ¿La volvería a ver algún día? Esperaba con todas sus fuerzas que así fuera.

Pero llegado un momento, el cansancio pudo con la melancolía que sentía al recordarla, y se quedó dormido.

Eran las diez y media de la mañana.

Ian, Mak, Euni y Krirant estaban ya en un carruaje destartado, pero que pese a todo amortiguaba el traqueteo que producía el choque con las piedras del camino. El paisaje que veían a ambos lados era maravilloso. La naturaleza surgía por las dos orillas del río Trav, permitiendo solo la existencia de la estrecha carretera que seguíamos, y alguna que otra aldea, donde les saludaban ufanos las afables gentes de las que el Escondido había hablado.

Habían llegado con antelación a la isla de Lenai, y salieron de la capital, Naa, poco tiempo después. Ya llevaban dos horas de viaje, y esperaban llegar a lo alto del monte Trav antes del mediodía.

Krirant había tomado esta vez más precauciones. Estaba yo apoyado en la pared mientras todos desayunaban aquella mañana en la cocina del Barco —y, para qué negarlo, mientras estábamos riéndonos de los horripilantes chistes del Capitán—, cuando vi a alguien que no conocía. Se trataba del Escondido, que había transformado sus rasgos. Donde antes tenía sus barba y pelo largos, ahora lucía un pequeño bigote y pelo corto castaños. Incluso aparentaba menos edad.

—¿Cómo es que usamos transporte convencional, si tienes la habilidad de teletransportarnos? —preguntó Ian al renovado tutor, mientras apreciaba el pequeño bosque que ahora atravesaban, siempre al lado del río.

—Nuestras habilidades especiales son limitadas —respondió—. En el caso de la teletransportación, solo podemos hacerlo a, aproximadamente, un kilómetro a la redonda. Tampoco podemos hacerlo demasiadas veces, sería agotador.

»Así pues, no podemos parar el tiempo durante demasiado rato. Como máximo podríamos hacerlo durante más o menos hora y media. Eso sí, estas habilidades no están igualmente desarrolladas en un niño de tres años que en un adulto experimentado.

—Ya sé que suena un poco absurdo, pero ¿cómo es que si tenéis tantos poderes, aunque limitados, no los usáis para dominar el mundo? —preguntó Mak mientras a Euni e Ian se les escapaba una risita.

—Muy sencillo: decidimos no hacerlo —dijo mirando a los tres chicos—. No queremos causar ningún mal —Mak e Ian mostraron una mueca de desagrado—. ¡Ya os dije que lo de vuestra madre no fue un secuestro con el que yo estuviese de acuerdo! —concluyó con un deje de comprensión y cierta impaciencia, lo que no acababa de encajar con la firme personalidad del Escondido.

Pero continuaron con las preguntas.

—¿Y por qué si Pakli nos dijo que habría Escondidos por toda Yunnia para ayudarnos en caso de apuro no apareció ni uno solo en Pirin?

—Dudo que os hayáis dado cuenta de la magnitud de lo allí sucedido. Por primera vez en, no décadas ni cientos, sino miles de años, los humanos “convencionales” (por llamarlos de alguna manera) habéis burlado los poderes Escondidos: habéis bloqueado nuestra habilidad de adivinación, y pudisteis apreciar cómo también la del teletransporte, dentro del edificio de la posada

»Habéis desarrollado una tecnología que de alguna manera controla nuestros poderes. De esto se puede extraer otra pregunta: ¿cómo no hemos detectado que estaban (o estabais) desarrollando tal tecnología? Os acabo de decir que nuestros poderes son limitados, y el de la adivinación no lo es menos. Tenemos la habilidad de adivinar aquello que nos acontece directa y cercanamente. Puesto que esta tecnología seguramente se haya creado e investigado en el más estricto secreto y seguridad posibles, se ha escapado de nuestras manos. Ni siquiera los cargos importantes que ocupan algunos de los nuestros en vuestra sociedad han podido percatarse de ello.

»Mientras, nuestra civilización está en peligro. ¿Por qué? Pues porque se nos acaba de declarar, aunque de forma discreta, la guerra. Los Escondidos comenzamos a estar perseguidos.

Pasaron dos minutos que se hicieron eternos, y solo se rompió el silencio cuando Euni formuló la enésima duda.

—¿Por qué estamos haciendo todo esto? Es decir, ¿con qué finalidad estamos buscando la Puerta? ¿Para qué queréis usarla?

—Esa se trata sin duda de la mejor pregunta que podrías haber hecho. Siento deciros que no sé todo sobre los motivos, y lo que sé no os lo puedo decir, al menos por el momento. Podéis llamarlo si queréis “el secreto de los Escondidos”.

Lo normal hubiese sido que el resto del viaje transcurriese sin problemas. Pero no fue así. Llegado a cierto punto, empecé a escuchar a gente hablando nerviosa, y los cuatro no tardaron en darse cuenta. Los aldeanos repetían siempre lo mismo.

—¡Ha desaparecido! —escuchamos una vez más, en esta ocasión de boca de un niño que pasaba al lado del carruaje, por la orilla del río.

—¿Pero quién ha desaparecido? —se preguntó Ian en voz alta, intrigado.

—No lo sé —reconoció Krirant—... ¡Soy incapaz de saberlo! —exclamó desesperado.

El coche se detuvo. El conductor abrió la puerta, que dio un irritante chirrido, y Mak, Ian, Euni y el Escondido salieron por ella.

Una vez se hubo marchado el vehículo, este último ahogó un grito de asombro, y en cierto modo de incredulidad.

Nos encontrábamos en una zona a muchos metros de altura, y el suelo era de roca. En verdad era lo único que había, exceptuando un manantial al fondo. Estábamos sobre una superficie amplia y plana.

En un segundo vistazo pudieron detectar un pequeño montículo a unos cincuenta metros de donde estaban.

Ian no tardó en darse cuenta de lo que ocurría. El manantial del fondo era la fuente del río Trav. Por lo tanto estaban en la cima del monte Trav. Eso significaba que...

—¡El templo! —dijo cuando finalmente se percató de su ausencia— ¡Lo que ha desaparecido es el templo!

—¡Esto es un suceso sin precedentes! —afirmó Krirant—. Algo raro está pasando en Yunnia. Debéis disculparme un momento. Tengo que avisar de esto a la Matriarca.

Se alejó de nosotros, y se paró en seco. Deduje que estaría realizando algún tipo de conversación telepática. ¿Una mole de piedra desaparecida? Eso sí que era algo extraño.

Mientras, ninguno comentó nada. Una vez volvió les dijo que deberían echar un vistazo a lo que quedaba. Parecía más relajado.

—Ahora estamos en el cráter del volcán. Hace siglos que no entra en erupción. La verdad es que el templo que aquí había no era gran cosa. Era como si fuese solo una parte de otro mayor. Es muy parecido al de las otras montañas. ¡Es verdad, no os lo dije! En lo alto de los montes Kragdan e Ineae hay otros dos templos, también en ruinas. En fin, veamos qué nos desvela esta gran roca... —dijo, una vez estaban ante el montículo.

Los cuatro se agacharon ante él y lo exploraron palmo a palmo. Pero solo Euni detectó algo.

—Aquí hay una marca profunda —dijo mientras la tocaba.

Hizo un giro con la mano, y extrajo una especie de aro no demasiado estrecho, en cuyo canto había escrita una serie de símbolos que ninguno pudo reconocer.

De inmediato Krirant cambió su gesto ligeramente triste a uno radiantemente feliz.

—Chicos: ya hemos dado un paso —dijo—. Tenemos la primera parte de la Llave.

7

Estaban radiantes. Había sido tan espontáneo que les había pillado por sorpresa. En un momento, Krirant volvió a contactar con los altos mandos del Consejo, para informarles de lo ocurrido.

Nos transmitió después que la Matriarca creía que deberían acudir al Centro Escondido de Alindr, en Misrae, un país cercano a la isla de Lenai. Allí había una importante biblioteca, la mayor regentada por Escondidos de toda Yunnia, y Pakli esperaba que en ella encontraran algún libro que les ayudase a traducir el texto del pedrusco. Además le contó que colaboraría con ellos alguna gente experta en el tema.

Poco tiempo después cogieron un segundo carruaje que los llevaría a Lae, otra ciudad de la isla, dejándoles más cerca de su destino. Eso sí: Ian, Mak y Euni bebieron antes un sorbo del agua que emanaba el manantial del río Trav, pues según decían tenía poderes mágicos. Haciendo caso de ello, aunque no sea muy supersticioso, yo también hice lo propio.

Dos horas después ya habíamos llegado a Lae, que era un pueblo francamente pequeño: parecía una réplica a escala de Yark.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mak mientras paseaban los cuatro por las estrechas callejuelas, en aquel momento vacías.

—Vamos a una taberna que conozco, en la que cocinan estupendamente —respondió Krirant—, pero podéis estar tranquilos: es normal y corriente, nada de Escondidos por esta vez.

—¿Y cuándo vienen a recogernos? —dijo Ian.

—El capitán Kolfnat me aseguró que hoy a las ocho y media estaría esperándonos en una pequeña playa de las afueras. Ya sabéis, por seguridad.

—No sé, pero me parece un poco raro —dijo Euni— que nos hayan dejado en Naa, cuando hubiésemos tardado menos tiempo en subir al monte Trav si nos hubieran traído directamente aquí.

—Resulta que los chicos tenían que hacer algún negocio en la capital, y por eso nos dejaron allí. Les quedaba más a mano —dijo no muy convencido.

El Escondido se detuvo. Ya estaban ante la taberna, que se llamaba “El sabor del mar”. No tardaron mucho más en ponerse las botas comiendo esos manjares, solo comparables a los platos de Taria.

Horas más tarde ya estaban navegando hacia Alindr.

Ian y Euni estaban en el salón de proa. A ambos les gustaba ver la puesta de Sol desde allí, aprovechando un rato de silencio y tranquilidad.

Eran las nueve y media cuando un marinero joven, de unos veinte años, les avisó de que la cena ya estaba preparada.

Ian instó a Euni a ir cuanto antes, pues ya tenía hambre, pero la chica no escuchaba. Se había quedado mirando la puerta con el ceño fruncido. En cuanto volvió de su ensimismamiento, los dos se dirigieron al comedor, donde ya estaba Mak, esperándoles.

¿Había reconocido al joven?

Aquella noche, Ian no pudo dormir. No había motivo, pero ya se había desvelado. Cansado de dar inútilmente vueltas en la cama, se levantó, dispuesto a dar un paseo por el Barco, y salió silenciosamente de la habitación, dejando atrás a Mak, que roncaba ligeramente.

Subió a cubierta, y dejó que el fresco aire con olor a salitre le acariciase las mejillas. Como las demás noches, yo estaba allí, mirando el vacío horizonte. Hacía frío, pero el chico no pareció notarlo pese a llevar un pijama fino.

Cuando creyó que ya estaba lo suficientemente relajado, se dispuso a volver a la habitación, y estaba entrando cuando, de súbito, recordó algo.

La misteriosa puerta.

Sí, aquella puerta que había en la bodega, cerrada a cal y canto.

Tal vez era el momento de descubrir qué guardaba ese pétreo muro de madera. Era absurdo, pero no tenía nada mejor que hacer, así que cerró la de su habitación —con sumo cuidado, para no hacer ruido— y bajó las escaleras. No pudiéndolo evitar, fui tras él.

Una vez llegamos a la bodega, sentimos que allí ya había alguien. La lúgubre oscuridad se veía interrumpida débilmente por una tenue luz, que pese a lo leve que era, alumbraba aquella esquina. No era tras la puerta misteriosa, sino al lado, en el destartelado camarote, donde se veía una vela, que iluminaba los rostros de dos jóvenes que se hablaban en susurros.

El chico se acercó aún más, y se ocultó tras un barril, que seguramente contenía findg, o alguna de esas fuertes bebidas que les gustan a los marineros, y desde ahí presté atención para tratar de escuchar lo que decían, pese a que hablaban en voz muy baja:

—Esto se está poniendo difícil. Me parece que el Escondido se ha dado cuenta de que me traigo algo entre manos —dijo una dulce voz, que Ian conocía ya bastante bien, y que sin embargo tenía un deje de preocupación.

—Estamos en todas partes —dijo otra voz, esta vez masculina, que le sonaba vagamente—. Dos marineros más son también infiltrados. Pero ya ves, ni te has dado cuenta de que lo eran.

—Yo no me habría dado cuenta de que tú lo eras si no fuese porque te conocía —dijo Euni con rotundidad—. El problema es que...

—Te llevas demasiado bien con el chico como para ocultarle algo así. No quieres hacerle daño —adivinó el otro, que finalmente Ian identificó como el marinero que les avisó de que la cena estaba lista.

—Ahí está. Es majo. Ya le conocerás mejor.

—¡Ay, el amor! —dijo, socarrón.

—¡No te pases ni un pelo! —le espetó Euni sonriendo. Se acercó al marinero y le besó— Te he echado mucho de menos —dijo sin más, saliendo de la habitación, cerrando la puerta tras sí quedamente.

Y allí se quedó Ian un rato, tras el barril, con una cara de asombro que jamás habían visto mis ojos, impresionando por la cantidad de cosas de las que se acababa de enterar.

Ian no había dormido absolutamente nada. Si antes estaba desvelado, tras la conversación de la bodega lo estaba mucho más aún.

De repente, alguien comenzó a aporrear la puerta. Mak, a su lado, se despertó de golpe.

—¿Pero quién demonios nos llama a estas horas? —dijo enfadado, tras mirar el reloj de la mesita, que marcaba las cinco de la madrugada.

En ese preciso instante, mientras Mak farfullaba una ristra de improperios, la puerta se abrió. Krirant entró, y Mak enmudeció.

—Necesito que bajéis en cinco minutos. Es urgente —dijo escuetamente, abandonando la habitación inmediatamente después.

Se trataba de algo importante, sin duda, y por ello un instante después ya estaban los dos hermanos en el salón

de proa. Allí se encontraba también Euni. Krirant empezó a hablar.

—Cambio de rumbo. Nos vamos al Reino láríco.

—¿Por qué? —preguntaron los tres al unísono.

—Es la maldita guerra. Ya sabéis, la persecución de los Escondidos. Hoy a las cuatro han entrado en el Centro Escondido de Alindr. Por suerte han podido escapar todos ellos, y los sistemas de seguridad que protegen los documentos no se han visto afectados. Pese a todo, se han dejado ver por la Guardia Local, y volverán. Por eso cambiamos de rumbo. Nos dirigimos al rincón Escondido más seguro y oculto de Yunnia. Ni siquiera os puedo decir dónde está exactamente, porque no lo sé. Allí tal vez no encontraremos tanta ayuda como en Alindr, pero vale la pena intentarlo.

»Así pues nuestro viaje se prolonga más de medio día. Hoy a las diez y media de la noche desembarcaremos en Renai, capital del Reino láríco y ciudad de la isla de Renui. A la mañana siguiente —es decir, dentro de poco más de 24 horas—, estaremos ya, previsiblemente, en el Gran Refugio de Renui —concluyó.

Ian, Euni y Mak volvieron a sus habitaciones, mientras que este último murmuraba: “¿Y para esto nos despierta a las cinco de la mañana?”.

El ambiente optimista y alegre que había dos días antes se había desvanecido. Ahora todos estaban serios, unos porque sabían lo que ocurría y otros porque lo deducían por las caras largas de los demás.

Además Ian rehuía la mirada de Euni, lo que mosqueó a la chica. El único que seguía intentando alegrar a los demás era Mak, pero era en vano.

“Parece que soy el único que no oculto nada”, se dijo, desistiendo.

A media tarde, mientras los marineros descansaban, Ian tuvo la oportunidad de hablar a solas con Euni.

Estaban en cubierta. No hacía ni calor ni frío, pero sí viento, y por eso se habían resguardado en la zona bajo techo.

Tras hablar un rato de cosas irrelevantes, se hizo un incómodo silencio, que Ian no dudó en aprovechar.

—Te vi anoche en la bodega.

Euni se quedó petrificada.

—... ¿a Josif y a mí?

—Si ese tal Josif es el nuevo marinero, sí, os vi.

—¡Dios mío! ¡Pero... dios mío! —repitió casi histérica—. ¿Has dicho algo?

—¿Si me chivé de algo? ¡No! —bramó indignado—. ¿Pero ahora que importa eso? ¡Se que tramáis algo muy gordo! ¿No es eso suficiente? ¡Euni, por favor, explícame! —pidió, convirtiendo la riña en una casi súplica.

—Ian, te lo pensaba contar. ¡Me caes genial! ¿Lo sabes? No quiero ocultarte algo así. Pero prométeme, júrame, que no dirás nada a nadie de lo que te voy a contar.

»Verás (¡qué caro me va a salir contar todo esto!)... Hay un complot. Pretenden que “nuestra” misión fracase. En realidad estamos en medio de todo el meollo, el de la guerra de la que nos habla Krirant. No me preguntes por qué, pero así es. Hay alguien de mi familia que me ha metido aquí —reveló omitiendo el detalle de que ese familiar era su padre—. Soy hábil, ágil, y también por eso me escogieron los Escondidos. ¡Me brindaban una oportunidad increíble! Y por eso estoy yo aquí contigo, yendo en contra de los unos, por infiltrarme entre ellos, y de los otros, por contártelo a ti.

»Hay mucha más gente “espía” dentro del Barco. Más aún de los que debiste de oír anoche. No paso ningún peligro, pues soy en principio una pieza valiosa para ambos bandos. ¡Y por favor —repitió—, no me preguntes el porqué de las cosas porque no lo sé!

La explicación dejaba muchos cabos sueltos. Muchas preguntas, en efecto, pero no se las cuestionaría si no lo deseaba.

En ese momento se dio cuenta de que algo le afectaba directamente a él.

—¡Mi madre! ¡Qué va a ser de ella! ¡Se supone que si fracasamos no me la devolverán!

—No creas que no lo pensé. En verdad he reflexionado muchísimo sobre todo esto.

—Pero... Necesitaré tiempo para asimilarlo... Aun así, si tan incómoda estás, ¿por qué no dices “no”?

—Simplemente es que no puedo. Son mi familia, no se lo puedo negar.

—¿Y cómo demonios no se da cuenta Krirant de todo esto? ¿Acaso no tiene el poder de la adivinación?

—¡Ah, eso! ¿Ves este anillo? —dijo mostrando el dedo anular, en el que lucía una pequeña sortija con un también pequeño diamante incrustado—. Esto es tecnología muy avanzada, la misma de la que nos habló Krirant el otro día. Desconozco su funcionamiento, sólo sé que “atrofia” los poderes de adivinación y telepatía respecto al que lo lleve. Es decir: se ve incapaz de saber lo que piensas. O lo que es mejor: se da cuenta de las cosas no importantes, por lo que ni se da cuenta de que se le oculta algo. Tú tienes uno, justo ahí —dijo señalando el brazo derecho del chico—. ¿No ves como incrustada una pequeña cosa brillante? Te lo pusieron mientras dormías. La verdad es que no sé quién fue...

Todos los marineros, e incluso Mak, tienen uno. Simple seguridad.

Es decir, que ambos bandos tenían sus métodos. El “convencional” también sabía ingeniárselas...

—Pero tú dijiste anoche que pensabas que Krirant sospechaba. ¿Cómo va a sospecharlo con toda esa tecnología de la que hablas?

—¡Krirant no es tonto!, Sabe, aun sin los poderes para ello, que algo raro pasa... Creo que ya va siendo hora de que bajemos, o ellos subirán antes y nos encontrarán aquí hablando.

—Una última cosa. Ese chico, Josif...

“¿Qué me dirá ahora? ¿Le habrá parecido mal que seamos pareja? ¡No estaría enamorado de mí!”, pensó Euni, un tanto histérica.

—Me gustaría conocerlo. Preséntamelo luego, ¿de acuerdo?

“¡Qué alivio!”

—Descuida, así lo haré —concluyó Euni reconfortada.

Mientras Mak y Krirant cenaban, solos, charlaron un poco.

—¿Por qué si tardamos un día en el viaje desde Pirin a Naa, tardamos día y medio en el trayecto desde Lae a Renai, si es incluso una distancia menor? —preguntó Mak intrigado, tratando de romper el permanente silencio del Barco.

—Se debe a los llamados “retrasos de corriente”. Siempre hay una zona en Yunnia en la que las corrientes van más lentas, por algunas irregularidades submarinas de las que poco se sabe. Hemos tenido la mala suerte de que el retraso permanecerá durante quince días en el tramo Lae-Kunael, es decir, la costa noroeste de Yunnia.

Y en el momento en el cual tragaba la última cucharada de flan que una vez más Taria había preparado exquisitamente, Ian y Euni en sus respectivas habitaciones reflexionaban sobre lo que les ocurría.

Euni le había presentado a Josif. Sí, era majo. Se lo habían pasado bien, hablando de todos los temas habidos y por haber. De todo menos del único asunto realmente importante. Y así se pasaron toda la tarde, hasta que el chico tuvo que marchar a cumplir sus obligaciones como el marinero que era.

Pero ahora Ian no pensaba en Josif, sino en el boicot. Se sentía traicionado, pero también reconfortado —al menos lo sabía.

Pensó en su madre. ¿Dónde estaría? ¿Sufriría por él? ¿La tratarían bien? Volvieron esos pensamientos de melancolía, entristeciéndole aún más. Y otra vez se formuló la misma pregunta.

¿Volvería a verla algún día?

Euni, por su parte, también pensaba en el tema. ¿Por qué la meterían en esos líos? ¿Por qué tenía que ocultar y ser quien no era? ¿Y por qué sufrir tanto?

Verdaderamente esperaba que Ian la comprendiera. Ella sufría, tal vez no más, pero casi lo mismo que él. Aun así, le daba lástima. Lo suyo es peor, se repetía.

Fue entonces, mientras el horizonte empezaba a iluminarse pese a la oscuridad de la noche, cuando una idea, en principio absurda, empezó a formarse en su cabeza.

8

Media hora más tarde estábamos ya caminando por las calles de la mayor ciudad de toda Yunnia. Al parecer Renai no se detenía ni para dormir, pues seguía llena de vida aún cuando el Sol ya se había puesto.

Era una gran metrópoli. Los edificios me resultaron realmente altos en comparación con las comunes viviendas de alegres colores de Pirin o las coloniales y elegantes construcciones de Yark. Pude llegar a contar hasta quince plantas en alguno de ellos. Y lo más sorprendente: el lugar estaba espléndidamente iluminado. Un resplandor dorado daba luz a cada calle, y pese a que busqué de dónde provenía, no pude encontrar lámparas, bombillas ni nada que se le asemejase.

Había mucha gente, pero sin embargo la multitud no resultaba agobiante; había espacio de sobra en las avenidas —siempre peatonales. Pude notar también el ambiente festivo que emanaba del lugar. Los bares estaban llenos de gente divirtiéndose, olvidando las preocupaciones con risas.

Habíamos desembarcado —solo los cinco— en el rincón más oscuro y solitario del Puerto Deportivo. Tuvimos suerte —más bien la ayuda de Krirant— y nadie se percató de la aparición de unos cuantos extraños de la nada.

Y así, pensando en cuál sería el último sortilegio del Escondido, íbamos atravesando calle por calle la ciudad, guiados siempre por este.

Caminamos alrededor de una hora en un extraño silencio hasta que nuestro guía se detuvo ante una callejuela

lúgubre y estrecha. La atravesamos y entramos por la puerta que había al final. Conducía a una pequeña sala cúbica, bañada por una artificial luz plateada. Tras cerrarla, la puerta desapareció, pero antes de que Ian o Euni preguntasen algo se fue la luz, y ya nadie recordó nada más.

La quietud se rompió cuando Ian despertó. Recordando todo lo sucedido, miró a su alrededor.

Estábamos en una pequeña habitación de lujoso aspecto. El chico estaba en una cama con dosel, muy cómoda y bien decorada, con elaborados e interesantes bordados en sus sábanas. El mobiliario restante era también exquisito, muy labrado, elaborado con exóticas maderas. No obstante, la ostentación del habitáculo era armónica, sin resultar pomposa.

Pude apreciar todos estos detalles sentado en un bonito y cómodo sillón escarlata, desde el que veía cómo Ian se desperezaba para salir de allí, no sin antes echarle un vistazo al lujo que le rodeaba. La puerta daba a un pequeño pasillo con otras cinco puertas, tres al frente y dos a la derecha. A la izquierda una sexta, de cristal, parecía dar al exterior. Viendo que no había nadie en el pasillo, decidió abrir esta última.

Al otro lado había un balcón gigante, y dejaba contemplar una de las estampas más bonitas que creo haber visto nunca.

El balcón estaba situado en la pared curvada de una gran montaña, y se prolongaba a izquierda y derecha formando así un mirador semicircular, repitiéndose en varios pisos tanto arriba como abajo.

Pero lo más bello era la visión frontal: una increíble extensión de verdes bosques hasta donde se perdía la vista, atravesados por uno o dos ríos que formaban meandros, todo ello bajo un cielo de intenso azul, tan solo moteado por alguna pequeña nube. Un paisaje maravilloso, sin duda. Eclipsado por lo que veían mis ojos, tardé en percatarme de la presencia de Krirant unos metros a la derecha.

—Bonito, ¿verdad? —dijo simplemente.

Tras unos minutos, Ian contestó.

—Sí, es espectacular. No me esperaba nada así.

—Te entiendo. Habiendo conocido la ciudad subterránea de Pirin, que, para qué negarlo, es bastante fea —reconoció con una sonrisa—, es difícil imaginarse que un lugar aún más secreto sea tan grandioso. Sí, esa es la palabra, grandioso.

—Siempre tengo las mismas preguntas, pero... ¿dónde estamos?

—No puedo decirte la localización geográfica, porque no la sé. Yo tampoco me enteré de cómo nos trajeron aquí.

»En cambio, sí que puedo decirte que estamos en un fortín, en un lugar inexpugnable para cualquier persona, incluso para los propios Escondidos. Estamos, como ayer te dije, en el Gran Refugio de Renui. Aunque a decir verdad puede que ni tan siquiera estemos en la isla. Ya ves, ni yo, miembro del Consejo, sé dónde nos encontramos.

»De cualquier modo, este lugar es único. Tal vez sea el único sitio en el que puedo respirar tranquilo (y no solo por el fresco aire de la montaña). En ese secretismo absoluto es donde está el punto fuerte del Refugio. Si nadie sabe dónde está, nadie puede revelar dónde está. Afuera he de estar en continua alerta, pero aquí puedo sentarme a leer una novela mientras el Sol se pone, disfrutando de la comodidad de un sillón.

»Esa necesidad de tranquilidad, de sosiego, es sin duda lo que nos ha hecho crear este lugar: un rincón en el que podemos sentir realmente cómodos, sin miedos ni preocupaciones.

Cuánto me gustaban los casi monólogos de Krirant: eran tremendamente reveladores.

—Pero, realmente, ¿qué hacemos aquí?

La pregunta sonó algo torpe, pero, una vez más, era la más sensata.

—Aquí en el Refugio reside el Gran Consejo de Sabios, más conocido como el Consejo del Velenai. Está formado por once Escondidos, que posiblemente son las personas más inteligentes que hayan pisado jamás Yunnia. Venimos a pedirles ayuda, a que nos aconsejen qué hacer.

»Las cosas se están volviendo muy confusas. No tenemos plan de actuación que no sea frustrado inmediatamente por la gente ordinaria. Confío en el criterio del Consejo para que nos guíe.

Despiertos ya todos y enterados del encuentro que tendrían más tarde con el Velenai, se dispusieron a aprovechar las tres horas y media que quedaban.

Krirant desapareció para hacer quién sabe qué, Ian y Euni fueron directos a la Biblioteca —que aún siendo más pequeña que la de Alindr prometía ser más impresionante, o al menos eso les dieron a entender—, y Mak simplemente quiso aprovechar el tiempo paseando aquí y allá, y si surgía algo, pues genial. Desde luego el edificio era enorme y, qué duda cabe, tendría muchos rincones por recorrer. Decidí acompañarle.

Cuando íbamos a bajar en el ascensor, apareció un chico de no más de ocho años, Escondido, por supuesto, de pelo largo y rubio e inocente mirada. Se quedó mirando a Mak extrañado, y cuando cayó en la cuenta, empezó a hablarle apresuradamente.

—Tú eres... Tú eres... ¡Tú eres un "normal"! ¡Nunca había conocido a un normal! ¡Qué emoción! ¡Qué emoción!

—y repitió una vez más dando saltos de alegría— ¡Qué emoción! No conoces mucho esto, ¿verdad?

—No —confesó Mak sorprendido y sonriendo—...

—¡Pues yo seré tu guía! ¿Vale? ¿De acuerdo? ¿Quieres? ¿Me dejas?

—¡Vale, vale! —suplicó soltando una carcajada—, pero antes relájate.

Sentí una mezcla de simpatía y ternura hacia ese pequeñajo tan ilusionado. Era una situación curiosa y cómica, cuanto menos.

El niño sonrió de nuevo con cara de satisfacción. Dijo llamarse Lika, y empezó entusiasmado a hablarnos del singular edificio en el que habíamos aparecido.

Había sido construido cuatro siglos atrás, no se sabía ni cómo ni por quién. Originariamente tenía tan solo cinco plantas, pero cada dos o tres décadas se acababa de construir una más. En ese momento había veinticuatro plantas —nosotros estábamos alojados en la penúltima—, aunque ya estaba en construcción la siguiente, entre las plantas 7 y 8 —en el Gran Refugio se construía por el medio, y Lika nos dijo que tampoco tenía ni idea de cómo.

Mientras bajábamos por el ascensor nos habló un poco de sí mismo. Tenía, como había deducido, ocho años. Había nacido allí, en el Refugio, y nunca había salido de él, al igual que la gran mayoría de la gente que vivía en aquel lugar. Tal vez por eso se había emocionado tanto al ver a un “normal”, ya que el hermetismo que había entre Refugio y exterior era mucho, y más incluso si había “convencionales” de por medio. Nos contó también que solo había dos niños más —dos chicas— en toda la comunidad, y que si no fuese por lo que nos iba a enseñar se aburrirían mucho.

La vida allí dentro debía de ser harto monótona. Comentó que le gustaba hacer figuras de papel, a las que hacía volar o funcionar. Lo de funcionar me dejó un poco desconcertado, pero al parecer tales figuras llegaban a ser ligeras y sofisticadas máquinas. Tendría que enseñárnoslas, apunté. También le gustaban las novelas de aventuras y dar largos paseos por la parte más cercana del eterno bosque que se extendía al frente.

—Voy todos los días por la tarde, sobre las siete, con ellas. A veces descubrimos cosas curiosas. Pero —dijo en cuanto llegamos a la planta que había indicado, la tercera— deo de hablarte de mí, que hay mucho que enseñar.

La verdad es que tanto a Mak como a mí nos fascinaba todo lo que nos estaba contando el chico, pero no replicó.

Allí estaba lo único divertido que habían hecho para los pequeños.

—Nosotros la llamamos Sorpresa. Es una sala muy curiosa, ya verás —dijo mientras nos guiaba por un pasillo a la izquierda, donde casi me tropiezo por seguir el paso ágil de ambos.

Lika abrió una puerta situada al fondo, blanca y con extraños pero graciosos dibujos grabados en todos los colores.

Accedimos a una sala enorme, cuyas paredes estaban pintadas de azul claro —azul cielo—, y repleta de pequeñas nubes dispersas desde el techo, situado a gran altura, hasta el suelo, el cual estaba cubierto por miles de coloridos cojines, y situado a los mismos metros bajo nosotros que los que había hasta el techo. Es decir, la puerta se abría en medio de la pared, tanto a lo ancho como a lo alto. La única manera que parecía haber para desplazarse era saltando de nube en nube.

Asimismo había otros pequeños salientes en las cuatro paredes, en cada uno de los cuales parecía haber algún artilugio curioso.

—Cambia cada día. Y con cambiar me refiero a color, tamaño, forma, luz, ambiente, contenido e incluso olor. Eso sí, podemos confiar en que sea de nuestro agrado, aunque desconozcamos con qué nos sorprenderá —dijo divertido.

—¿Todos los días? ¡Eso es mucho! —exclamó Mak asombrado— ¿Y no os da pena el saber que no se repetirán?

—El día treinta de cada mes podemos escoger la que más nos haya gustado para disfrutarla de nuevo, pero a partir de ahí podemos estar seguros de que no volveremos a tenerlas. Aunque, por otro lado, a mí me gusta contar con que tendrá algo nuevo. Por algo la llamamos Sorpresa.

Dicho esto saltó a la nube más cercana y, poco a poco, descendió hasta el suelo, donde se tiró aparatosamente sobre los cojines. Mak le siguió.

—Aunque cambie mucho, hay algunas cosas que casi nunca lo hacen. Por ejemplo, allí arriba a la izquierda —dijo señalando una esquina del techo— está hoy la pequeña biblioteca. Tenemos unos cuantos libros, algunos de ellos muy curiosos. Y ahí en medio —continuó, señalando al centro de la pared de la derecha— está el Recreativo.

—¿Recreativo? Me suena de algo...

—Es el mismo de la novela *Maravilla*, de Jakina Sirésvaya. Aunque lo representa como algo imaginario, ella misma fabricó cinco, uno de los cuales lo consiguieron los Escondidos de Ovia. Aún no se explican cómo lo hizo siendo “normal”.

Lika rebuscó entre los cojines, y entre uno verde y otro amarillo encontró lo que buscaba: un pequeño libro llamado, cómo no, *Maravilla*. Inmediatamente después subió con rapidez hasta el Recreativo, ayudado por las nubes que se movían facilitándole el ascenso.

Una vez más Mak fue tras él, y vio cómo depositaba el libro sobre una especie de tapete bordado que cubría el pequeño espacio del saliente. El niño se acomodó sobre una nube, y Mak le imitó.

La luz se hizo más tenue, y pudo ver cómo aparecían de la nada los personajes de la obra, que se pusieron a

interpretar la escena que correspondía a la página por la cual Lika había abierto el libro, y que no era sino la escena más famosa de la célebre novela, en la cual el protagonista se despidió de su familia al marcharse de donde vivió por muchos años, diciendo la conocida frase “Me voy de casa para volver a mi hogar”. Lika cambió de página, y así pudieron ver el momento en el que aparecía el Recreativo en la obra, lo cual no dejaba de ser curioso.

El realismo era increíble. Mak se había quedado boquiabierto, aunque yo no tanto. Al fin y al cabo era una película en hologramas, una representación teatral a la carta, donde en vez de usar una cinta o un disco, se usaba un libro. Eso sí, era francamente divertido.

—Hay dos modos, incluso. El modo fiel, que representa con fidelidad lo que el autor del libro quería comunicar, y el manipulado, en el cual puedes cambiar el tono de la obra: en clave de humor, triste, intrigante, enternecedora, científica, filosófica, superficial... Parece extraño (de hecho lo es), pero es mejor el Recreativo de la realidad que el de la novela. Es muy divertido ver una obra dramática versión cómica. Una graciosa contradicción —concluyó el chaval.

9

Una hora después, Lika le enseñó a Mak la Biblioteca del Refugio, aunque sin mucha profundidad: a ninguno de los dos le interesaba demasiado. No obstante aproveché para quedarme allí con Ian y Euni, que estaban buscando algún libro interesante para pasar el rato. En ese par de horas que quedaban no podían enfrascarse en una profunda lectura.

La Biblioteca del Refugio era de techo muy alto, varias plantas, relucientes suelos de mármol y estanterías de intenso color pardo, todo ello bañado por una cálida luz. Diseminadas por todos lados había mesas de todos los tamaños.

Mientras Euni miraba libros de la sección de Ciencias Experimentales Escondidas, Ian decidió ir a la segunda planta de la Biblioteca, por si así encontraba algo mejor. No me gustan las Ciencias, por lo que le seguí.

Subimos las escaleras de caracol, y arriba todo era igual: mismas estanterías, mismas mesas, mismo suelo, misma luz. Estábamos en una pequeña sala —repleta de libros, como no podía ser de otro modo—, apartada de las demás y comunicada con ellas por dos puertas que había, a izquierda y derecha. Unos pasos más allá se podía ver la primera planta, en la que Euni seguía leyendo aquel pesado y aburrido libro de química.

No tardamos en darnos cuenta de que también allí todos los libros eran científicos. Botánica, sobre todo. Ian cogió sin demasiado entusiasmo uno de lomo grueso, en el cual traía escrito con letras muy elegantes algo así como *Compendio de plantas exóticas yúnnicas*. Aun así, comprendí que lo hubiera escogido, pues era mucho más atractivo que otros que había cerca, como *Todos los porqués de las setas* o *Cómo hacer crecer una amordalia en tan solo dos años*. Reconozco que no sabía qué era una amordalia, pero no sonaba tentador.

Así pues, con el libro en las manos, Ian se sentó en una cómoda butaca que había en la esquina. Allí lo abrió, y le echó un vistazo. Las imágenes eran impresionantes. Había plantas de todo tipo: una frondosa enredadera con flores venenosas pero tremendamente bonitas; un árbol capaz de vivir en el desierto sin agua, pero pese a todo lleno de colorido, y otras tantas plantaciones de lo más pintoresco. También vi alguna que me resultaba conocida, como una flor que flotaba sobre el agua y cuyo nombre tenía en la punta de la lengua.

El chico se detuvo para leer la información que había en la letra diminuta al lado de un bello dibujo de un árbol, que daba frutos distintos y que no tenía flores.

Durante casi media hora estuvimos viendo fascinados increíbles plantas de Yunnia, imaginando cuán hermosas serían en la realidad. Tal vez incluso más que en las miniaturas.

Ian decidió entonces volver a colocar el libro en su sitio. Ya estaba a punto de hacerlo cuando un pequeño trozo de papel cayó al suelo. Agachándose, lo recogió, y por curiosidad leyó lo que traía.

Estaba escrito a máquina, por lo que sin duda era un fragmento de una página de algún libro. Decía lo siguiente.

Deicos es, según las leyendas, un portal por el cual se puede acceder a otro mundo, el Mundo de los Dioses, de donde vienen todos los humanos de Yunnia. Algunos documentos lo llaman Morada Divina, Deicia e incluso Dierre. Por fantástico que parezca un viaje entre mundos, es factible. La explicación sería...

Ahí acababa. Morada Divina, Dierre. Y era posible. Claro, el texto finalizaba precisamente donde estaría la explicación. Pero al fin tenía una prueba más o menos real de que Deicos podría existir... Tendría que averiguar más.

Los dos coincidimos en que lo que tenía que hacer era buscar de dónde provenía el texto. No obstante pensé que ya de por sí había millones de libros en la Biblioteca del Refugio, pero incluso había oído que se estaban integrando —ordenada y silenciosamente, eso sí— los libros de la otra gran biblioteca, la del Centro Escondido de Alindr. Por lo tanto encontrarlo sería poco menos que imposible.

Ian, en cambio, tenía otra opinión. Localizar tal libro sería imposible en una biblioteca normal. Pero

evidentemente la que ahora era la mayor biblioteca Escondida del mundo no era una biblioteca normal y corriente. Tal vez hubiera un modo... Podría preguntarle a alguien cómo encontrar un libro del que solo conocía unas pocas palabras. Era algo absurdo, pero ¿por qué no probar?

Bajó a preguntar al bibliotecario. Euni estaba concentrada leyendo un pequeño libro de tapas color azul marino, por lo que no se percató de que Ian pasaba delante suyo.

El joven encargado le dijo, antes incluso de que intentara preguntarle, que la solución estaba a la izquierda al fondo. Ian, sorprendido, le agradeció su ayuda.

Allí, pegada a la pared de un rincón oculto, había una mesa de roble con dos o tres bandas de cuadritos con números y letras —como esos de las antiguas cajas registradoras. Delante de nosotros una chica de larga melena morena colocó un libro sobre ella, y apareció en cada cuadrito un símbolo. Traía pues “Planta 3, sala 15, estantería oeste, B-7-15”.

Una vez se marchó, Ian puso el pequeño papel. Los cuadraditos cambiaron. Y se podía leer: “El libro que buscas no existe”.

El trozo de papel, no cabía duda, era de un libro. Estaba escrito en Yúnnico Avanzado. Y era imposible que en esa biblioteca faltara un solo libro, un solo documento escrito recientemente. Por lo tanto solo cabía una respuesta: había sido destruido.

Durante el poco tiempo que quedaba hasta que fuesen a ver al Velenai, Ian no pudo pensar en otra cosa. Mientras Euni lo aprovechaba al máximo, rodeada de millones de libros interesantísimos, Ian se limitó a pasear entre ellos, deteniéndose cada cierto tiempo a leer una página o dos de cualquiera de ellos, pero sin mucho interés. Alguien ha destruido el libro, se dijo una vez más. Yo no lo veía tan claro como él, pero supuse que habría llegado a alguna conclusión que desconocía. Él quería saber cuál era el motivo de que Deicos fuera tan importante.

Decidió buscar algunos términos en la gran enciclopedia de la cuarta planta. Una vez localizó el tomo adecuado —DEF-DEM—, fue pasando las páginas hasta dar con el término. Estaba entre dos extensísimas entradas: *deiacos*, una especie animal del Desierto Lenaico, y Deímonas, un conocido historiador léstico. Sin embargo, *Deicos* podría pasar desapercibida, pues tenía tan solo un pequeño párrafo, con poca información y —lo más frustrante— poco reveladora. Se limitaba a decir “según las leyendas, puerta que comunica Yunnia con el Mundo de los Dioses, de la que vendrían todos los seres humanos”. Ni siquiera indicaba otros artículos —a diferencia que el de los deiacos, que refería a una veintena de ellos.

Parecía que incluso entre los Escondidos el tema de Deicos estaba muy oculto. Sería, pues, complicadísimo encontrar datos sobre ello.

Ya no buscó más. Se limitó a seguir reflexionando —y conjeturando— sobre todo ello. El día prometía ser completito.

Ya era la hora. Euni e Ian bajaron puntuales a la planta baja, donde habían quedado. Mak y Krirant ya los estaban esperando, mientras compartían opiniones sobre el extraordinario Refugio. Mak contaba entusiasmado lo fantásticos que eran el bosque y los demás lugares que Lika le había enseñado.

Pocos minutos después una chica les avisó de que ya estaba todo listo. Dirigió a los cuatro a un ascensor apartado de los demás, al final de un largo pasillo en el que solo había ventanas, con preciosas vistas a paisajes naturales —de pega, claro. No subió con ellos.

Mientras ascendían, Krirant explicó brevemente algunos puntos importantes. Podrían preguntar cuanto quisieran durante el tiempo estipulado, media hora. Por lo tanto, Krirant haría unas preguntas importantes al principio, y después cada uno podría formular las suyas propias. Pero había un detalle básico: no preguntar antes de que los Sabios acabasen de contestar la anterior. El resto de normas eran un poco absurdas: mantener la reverencia hasta que los Sabios tomaran asiento, o esperar a que estos hablaran antes de hacerlo nosotros.

Una vez llegamos arriba y se abrieron las puertas, pudimos ver otro largo pasillo idéntico al que el que habíamos recorrido justo antes.

Noté entonces que todos estaban nerviosos, incluido el Escondido. Tenían el privilegio de poder hablar con las personas más inteligentes con las que jamás se reunirían. Pero yo lo iba a ver, por lo que también estaba algo excitado.

Cruzaron la puerta del fondo. La impresión fue mayúscula. Había una habitación pentagonal, con una puerta en cada lado, y el techo era de cristal. Entendieron pronto lo que ello significaba: sería una entrevista individual, y tras medio minuto de reflexión, cada uno se puso ante una de ellas en silencio, y procedió a abrirla: Mak, la de la izquierda; Krirant, la de la derecha; Euni, la de enfrente a la izquierda, e Ian, la restante, al frente a la derecha.

El chico cerró la puerta tras sí. Una vez más, otro pasillo. Sin embargo, tenía la certeza de que era el último. Una vez llegó a su fin, cogió aire, lo exhaló tratando de serenarse y giró el pomo de la puerta.

Lo primero que percibió al entrar fue un intenso y dulzón olor un tanto mareante, que no supo reconocer. Vio que

estaba en una sala cuadrada muy pequeña. El suelo, de moqueta, y las paredes eran de color granate. La habitación estaba pobremente iluminada: tan solo la llama de dos velas, una a cada lado, permitían vislumbrar el interior.

Ian cerró la puerta y se dispuso a sentarse en uno de los dos cojines que había allí, a esperar a que el Sabio apareciera. Recordó entonces que sería mejor quedarse en pie para hacer la reverencia.

Se fijó una vez más en lo que le rodeaba. No encontraba una puerta por la que pudiera entrar más que la que él mismo había usado, pero se dijo que uno podría esperarse cualquier cosa de un Escondido, y más si era de tal calibre.

En ese momento, una figura apareció de la sombra de una de las esquinas. Impresionado, observé que se trataba de una mujer anciana, bajita y regordeta, de agradables facciones, pero cuyos ojos reflejaban valentía, inteligencia y, ¿por qué no?, poder. Su canoso pelo estaba trenzado, aunque no lo tenía muy largo. Habló.

—Incienso, es incienso. Y ni se te ocurra reverenciarme, porque lo odio —le advirtió con una sonrisa amable.

Ian, sorprendido, se limitó a quedarse como estaba. Le había impresionado el detalle de que hubiera dado respuesta a su nimia curiosidad por saber a qué olía el ambiente. Pero estaba reconfortado. No parecía que la cosa fuera a ser tan difícil.

La Sabia tomó asiento, e Ian hizo después lo mismo.

—Me irritan esas costumbres que tienen *los de abajo* de mantener el protocolo para hablar con nosotros. ¡Si yo te contara las trastadas que hacía cuando era pequeña me perderías el respeto! Me caes bien, eres buen chaval. Ahora, puedes preguntarme.

Dudó. No había preparado demasiado todo aquello. Pensó entonces que lo mejor sería aprovechar la oportunidad y preguntar las dos dudas que le asaltaban.

—Mi madre —preguntó llanamente.

—Se encuentra bien. Dedujiste acertadamente que los Escondidos no tienen intención alguna de hacer daño. Jamás sufrirá más dolor que el de verse apartado de su familia. Soy consciente de que eso es mucho, pero puedes estar tranquilo de que, al menos, no irá a más. Estará bien hasta que os la devuelvan, te lo aseguro.

—Y Deicos. Qué es —formuló lacónico.

—¡Gran pregunta! ¿Y sabes qué? Mejor será que te limites a creer en lo que sabes. Tan fácil como eso —dijo con otra sonrisa.

Ian se paró a pensar, pero entonces la Sabia siguió hablando.

—No podéis escapar de ello, Ian. Euni y tú estáis metidos en un lio de enormes dimensiones. Os están utilizando por ambos bandos.

»A ella ya se le ha ocurrido la solución. Huir. Huir y ponerlos en un aprieto... Y para ello deberíais obtener la primera mitad de la Llave, que ahora, como bien sabes, tiene Krirant. El problema es... ¿cómo? ¿Cómo hacerse con algo custodiado por una persona que os supera en todos los ámbitos prácticos?

»En el Velenai, que seamos Escondidos no implica que estemos de su (nuestro) lado. Vemos los errores de todos, y últimamente son muchos. La guerra encubierta es terrible. Mientras tú y yo hablábamos de tu madre, las barreras de la ciudad Escondida de Kunael, Ernae, han sido derribadas. Es un combate continuo y terrible.

»El problema es que nadie sabe por qué se pelea. ¿Hay necesidad alguna de todo este sufrimiento? A un Escondido no se le puede matar, pero sí se puede hacerle sufrir. Los inocentes del bando convencional peor aún lo tienen. Y no olvides que en teoría somos solo leyendas. Para la población civil la guerra (si se conociera realmente) sería una batalla contra seres imaginarios. Ni tan siquiera la envidia es el motor.

»Solo nosotros, los experimentados ancianos del Velenai, sabemos un poco por dónde van los tiros. Y para evitarlo, precisamos de vuestra ayuda. La tuya y la de Euni.

»Ahora otro sabio le está contando lo mismo, más o menos. Tenemos un plan trazado, y para que se cumpla deberéis seguirlo a rajatabla. Solo así podréis salvar mucho más de lo que pensáis.

El chico se dispuso entonces a escuchar hasta el más mínimo detalle que la Sabia contara sobre el plan. Parecía que, sin haberlo deseado, había mucho en sus manos.

—Gracias y suerte —dijo la Sabia cuando acabó, de forma sincera.

—Haremos lo que se pueda. Muchas gracias a usted también por haberme atendido.

Ian se levantó y salió por la puerta. Observé por última vez a la anciana, que miraba hacia donde estaba yo. Entonces, me guiñó un ojo.

Se encontraron todos a la vez en la sala pentagonal. Habían estado la media hora, aún sin haber controlado el tiempo.

Todos parecían asombrados. No dijeron ni palabra. Se limitaron a volver por donde habían llegado, sumergidos en sus pensamientos. Sin más, se dirigieron todos a la cama. Ni tan siquiera cenaron; tenían demasiadas cosas en la cabeza.

Ya acostado, Ian estuvo pensando mucho tiempo en todo. Era simple, fácil incluso. El plan podría salir bien, si no surgía ningún imprevisto. ¿Pero acaso se le podría haber escapado algo al Consejo del Velenai?

Se sentía feliz de que su madre estuviera bien. La volvería a ver, había dicho. Aun así, la echaba mucho de menos. Pero la duda surgía con Deicos. Que me limite a creer en lo que sé, se dijo. Eso es que Deicos es de donde vienen los humanos de Yunnia.
Y la Morada de los Dioses.

10

Estuve pensando en todo lo que estaba sucediendo. Era francamente excitante, y pensé que debía de serlo también para los jóvenes. Habían visitado ya muchos lugares, y lo mejor era que la Misión, al menos en apariencia, acababa de empezar. Quedaba mucho por delante.

Sin embargo no envidiaba ni a Ian ni a Euni. Tenían una grandísima responsabilidad, pues si algo fallaba, si algo hacían mal, las consecuencias podrían ser terribles. Pobre, dije para mí mientras miraba a Ian.

Pero si algo me había llamado la atención de verdad en esas últimas horas era el guiño de la Sabia. Por primera vez alguien de mi mundo imaginario me percibía. Era, sin duda, enigmático. Los Sabios conocían mucho más aún de lo que parecía.

Eran ya las seis y media. Tardarán en despertarse, me dije mientras miraba a Ian. No obstante...

Ian abrió los ojos lentamente. Una vez se dio cuenta, se levantó sobresaltado.

Habían abandonado el Refugio.

Vio que estaba en un gran dormitorio. Tenía a izquierda y derecha otras dos camas, en las que aún descansaban Euni y Mak.

Miró por la ventana. Era temprano, pues apenas había salido el Sol, pero no tenía sueño. Había dormido plácidamente, pese a todo.

Como era evidente, no sabía dónde estaba. Tal y como había hecho el día anterior, salió de la habitación para averiguar algo más del lugar.

La puerta dio a un salón bastante grande, con un gran ventanal a la izquierda, una bonita estantería al frente y dos sofás de color verde en el centro, en ángulo. Asimismo había una puerta al fondo que comunicaba con el exterior y otras tres a su derecha.

Salió afuera, al porche. Solo vio árboles. Hacía mucho frío. Así pues, volvió a entrar, y se sentó en el sofá, desde el cual podía verse el precioso paisaje tras el ventanal.

Pudo contemplar una bonita estampa, comparable a todas aquellas que estaba viendo desde que había comenzado el viaje. Mucho verde. La casa se encontraba en una zona de pastos. Podría decirse que estaba enclavada en un valle, puesto que la rodeaban montañas, afiladas, estaban ya blancas por las primeras nieves. También había algo de bosque, a la derecha. El paisaje carecía de lo mágico del Refugio, pero aun así era muy agradable.

—Lest. Un lugar fantástico —dijo Krirant tras él. Había salido sigilosamente de su habitación—. Este es mi hogar, al que me escapo cuando puedo. Es pequeño, pero ideal para evadirse un poco —explicó mientras se sentaba en el sofá.

—No lo dudo. Pero hace mucho frío por aquí.

—También llueve con frecuencia, pero no todo puede ser perfecto. Aunque por otro lado, si no fuera por eso, Lest no sería tan verde. Y no te creas: incluso una tormenta puede tener encanto.

Tienes razón, me dije. Me gustan las tormentas, siempre y cuando me encuentre bajo techo.

—Pero nos han dejado muy lejos del Refugio —dijo Ian.

—O no. Tal vez estuviéramos más lejos de Renui que de Lest. No olvides que desconocemos su paradero, aunque digamos que está en la isla.

—Me gustaría haberme quedado más tiempo allí.

—Yo podría haberlo hecho, pero vosotros no. Los convencionales —no me gustaba que hubiesen adoptado ya esa palabra...— no podéis permanecer más de veinticuatro horas en el Refugio a lo largo de vuestra vida. Por lo tanto, consideré oportuno irnos lo antes posible, por si tuvierais que volver en algún momento por necesidad. Aún os quedan dieciséis horas de estancia.

—El Refugio es fantástico. Y la Biblioteca me impresionó mucho.

—Pues no viste nada. Mak lo pudo conocer mucho mejor gracias a ese chiquillo del que nos habló. Ya te contaré con mayor detalle.

Se quedaron un buen rato en silencio mirando el paisaje. Al fondo había un par de pequeñas aldeas.

—¿Cuál es nuestro próximo destino?

—Es extraño, tal y como están las cosas, pero no tenemos aún ninguno en concreto. Faltan pistas. Así que, mientras los demás se devanan los sesos pensando qué hacer, voy a permitirme llevaros a conocer una ciudad muy bonita. Ya va siendo hora de que disfrutéis con un mínimo de tranquilidad.

—Y esa ciudad es...

—Ovia. No es grande, pero tal vez esa sea su mayor ventaja. Ya verás que tranquilidad, que elegancia. He de reconocer que estoy enamorado de ese lugar.

Si es que después de todo Krirant no dejaba de ser un hombre como cualquier otro. Cercano, con ganas de agradar y de que los que le rodeen estén felices. Y si así disfruta él, pues mejor que mejor.

Un par de horas más tarde los cuatro llegaban a la ciudad léstica.

Ovia era, como había descrito el Escondido, una población no demasiado grande. Se encontraba también entre montañas, y tenía algo de relieve: nos encontrábamos con cuevas a cada paso que dábamos.

Los edificios parecían antiguos, pero estaban muy bien cuidados. Pasear por la pequeña urbe era una maravilla, más aún si se hacía observando con tranquilidad cada detalle.

Visitaron el antiguo Palacio del Príncipe. Tenía una sola torre, a la derecha, en vez de las dos que solían tener los palacios reales en toda Yunnia. Decían las malas lenguas que era debido a la falta de presupuesto durante su construcción, pero precisamente por eso era peculiar. La sala del Congreso, la mayor de todas, tenía el techo muy alto y grandes cristaleras. Era, en definitiva, un edificio majestuoso.

Pasaron también por delante de la Universidad, que les sorprendió justo por lo contrario. Era muy pequeña y sobria en comparación con el Liceo de Yark.

Almorzaron en un restaurante del casco antiguo. El menú era delicioso, pero demasiado succulento: con uno solo de los platos cualquiera podría darse por satisfecho. A Ian le gustó en especial el postre: una especialidad que consistía en hojaldre relleno de nuez, de dulce y delicioso sabor, secundado por unos deliciosos crêpes servidos simplemente con azúcar.

Estaban llenos: tenían que sentarse un poco para bajar toda esa comida. Y lo hicieron en un sencillo y bonito parque, a las afueras, donde estuvieron charlando sin preocupación alguna. El Escondido aprovechó entonces para ir a ver a un amigo de la infancia, un tal Gilard, que daba clases en el colegio que estaba en frente de dicho parque, dejándoles así un rato solos.

Cuando volvió, regresaron al centro. Allí incluso compraron algo de ropa: había una larga calle repleta de tiendas de moda, y no desaprovecharon la oportunidad. Euni e Ian compraron cada uno una camiseta, y Mak una chaqueta. Krirant... se limitó a observar. Había ropa bonita, sí. Una pena que no tuviera dinero, porque había una gorra que me había llamado mucho la atención.

Más tarde, cansados de caminar, se sentaron en un banco de otro parque, esta vez más grande y frondoso, situado en esa misma calle, y por extensión en el centro exacto de Ovia. Krirant les invitó allí a unas deliciosas galletas de barquillo con miel que, según les contó, siempre le habían gustado.

Ya en casa, Ian recordó que no le había mandado aún ninguna carta a su padre, y eso que había prometido tenerlo informado. Por lo tanto los hermanos, tan pronto como les fue posible, describieron en un poco más de dos caras todo lo que les había ocurrido desde el día de la partida. También le decían de que su esposa estaba bien, con el fin de que pudiera afrontar la espera con algo más de tranquilidad.

Ian estaba arrepentido de haberse olvidado de su padre. En apenas cuatro días se había quedado sin mujer ni hijos. Ahora estaba solo, sin poder hacer nada, y a la espera de que todos volviesen. Sentí mucha lástima por aquel hombre.

Nada más meter el manuscrito en el sobre y cerrarlo bien, le preguntó a Krirant qué hacer para enviarla.

—Ya me encargo yo, tranquilo —le respondió.

Ian se la entregó. Confiaba en Krirant, y sabía que jamás leería el contenido de una carta ajena.

Inmediatamente después, mientras leía un poco para distraerse, Hush, el padre de Ian, recibía la carta de sus hijos, que había aparecido sobre el libro. Tras leerla desde la primera letra hasta la posdata con suma atención, no pudo evitar derramar un par de lágrimas.

Aquella noche todos durmieron tranquilos. El viaje a Ovia era lo que todos ellos necesitaban. Por fin habían podido disfrutar de un día relajado.

Pero había acabado. Ian se despertó bruscamente. O mejor dicho, fue despertado.

—¡Venga, Ian, apúrate! —escuchó que le decía Euni— ¡Nos vamos en una hora, no hay tiempo que perder! Venga, no te hagas el remolón...

—Vale... Por un día que quiero dormir un poco más... —refunfuñó entre dientes.

—A Ine-in, la ciudad-templo del Monte Ineae. Y no, no tenemos nada mejor que el carro —dijo Krirant un tanto malhumorado—. Trece horas de viaje que nos quedan por delante.

Y eso que hacía ya dos horas que habían salido de Merei —un pueblo cercano a la casa de Krirant.

En efecto, iban a la pequeña ciudad que había en la cumbre del Ineae. Allí estaba la Fuente de los Tres Ríos, en medio del ancestral templo. Si no ocurría nada extraño —como había sucedido en el Monte Trav—, al fin podrían ver uno de los tres grandes templos yúnnicos.

El viaje se antojaba incómodo. Primero se atoparían con el obstáculo de los Montes Lésticos, que debían superar por un lentísimo puerto de montaña, y después tenían que atravesar una zona —las Comarcas Libres Meriánicas— tan secas como aburridas, y que para más inri no tenían fama de ser precisamente seguras.

Con el fin de hacer la travesía un poco más amena, Ian había cogido prestados un par de libros de la pequeña biblioteca privada de Krirant: uno era de leyendas y mitología yúnnicas, y el otro de anécdotas y curiosidades históricas. Dos libros repletos de pequeños relatos que parecían interesantes.

No obstante, Krirant también estaba dispuesto a contarles algún que otro hecho fantástico que, de una u otra manera, acababa por sorprender a todos. Por lo tanto, y aunque hubiera que soportar el molesto traqueteo y esperar el largo tiempo que tardarían en llegar, el viaje no parecía que fuera a ser tan aburrido.

Y así fueron pasando las horas. Con momentos de silencio, en los que se limitaban a mirar el paisaje —el cual tampoco era muy emocionante que digamos— o a leer un poco, momentos de charla y demás.

Seguían el cauce del Sunen, río arriba. Era curioso: pese a tener el agua al lado, el terreno de los alrededores era seco: trigo y más trigo o, en su defecto, páramo. Ian, cansado de leer y de hablar, o mejor dicho, cansado del viaje, miraba por la ventanilla sin interés alguno. Todo era igual. Extensas llanuras de un color amarillo grisáceo, ensombrecidas por el cielo cubierto. Nada que sobresaliese.

Percibió entonces lo que no habían visto desde que salieron de Lest: personas. Apenas duró un instante, pero pudo ver entre las espigas una figura vestida con ropas oscuras, y supo instintivamente que algo iba a ocurrir.

Fue capaz de ocultar bien su excitación. Miró a los demás con fingida tranquilidad. Euni leía, Krirant miraba por la otra ventanilla con la mirada perdida y Mak dormía un poco. Nadie se había dado cuenta.

“En el segundo viaje os atacarán. No os asustéis, sed astutos cual zorro y haced lo que haríais si no supieseis todo esto”, había explicado la Sabia. “Será rápido y no os tocarán tan siquiera, así que podéis estar tranquilos”.

Ian dio un suave puntapié a Euni. Esta alzó disimuladamente la cabeza. Le miró a los ojos, e Ian no pudo evitar abrirlos un poco más de lo normal intentando expresar en silencio lo ocurrido. La chica esbozó una suave sonrisa: Había deducido con rapidez. Bajó entonces la vista y siguió leyendo. Buena actitud, me dije: estos chicos saben bien lo que tienen que hacer.

Ian sintió que el silencio se hacía incómodo, pero no era más que una sensación. Al fin y al cabo era el mismo silencio de antes.

Mak abrió suavemente los ojos, y puso cara de disgusto cuando Euni —muy hábil, una vez más— le dijo con total naturalidad que aún quedaban unas cuatro horas de trayecto. Cinco minutos después sucedió lo inevitable.

Lo primero que ocurrió fue la parada del carruaje. Krirant, como no podía ser de otra manera, se puso en guardia. Salió del carro, y vio que nada había pasado. Sin embargo sentía que algo sucedía, pero no podía acertar qué era.

Vi —y creo que fui el único— que el conductor no estaba. Me asusté. Estaban en medio de la nada, pero el carretero había desaparecido. Tal vez lo que ocurría era más complejo de lo que parecía.

Poco después, rápidamente, sucedió algo que descolocó a todos. Oyeron un fugaz movimiento que pasó al lado de cada uno de los cuatro viajeros. Aquello que se había movido de esa manera tan sumamente rápida les había rozado a los cuatro. Sin embargo, y salvo la tensísima situación que vivían en esos instantes, no notaron ningún cambio a su alrededor.

Había un sentimiento común de desconcierto. Ni tan siquiera Ian y Euni, conocedores de que iba a suceder, habían pensado en que la actuación fuera a ser tan misteriosa o, incluso, curiosa. No habían visto más que aquel casi supersónico movimiento.

Y Krirant volvía a tener esa expresión de sorpresa y temor que tan poco le gustaba a Ian ver en su cara, la cara del que para él había sido un hombre conocedor de todo, capaz de todo. El Escondido se sentía impotente, en sentido literal: sus poderes apenas servían ya de nada, si iban a ser burlados con tal facilidad, o peor aún, imitados.

Pero si algo preocupaba verdaderamente a Krirant en ese momento, sobre cualquier otra cosa, era el hecho de que lo único que se habían llevado era...

—La parte de la Llave. Ha sido “sustraída” —dijo telepáticamente al Consejo, minutos después—. Afirmar que las cosas van de mal en peor es ya poco decir. Burla y emulación de nuestras habilidades. Ya sin contar con que supieron quién era yo, aún con el aspecto cambiado —en efecto, Krirant seguía cambiando sus rasgos todos los días que viajaba con los chicos—. Han conseguido arrebatarme a un Escondido un objeto protegido por tecnología más que avanzada. Es increíble.

—Hay un silencio absoluto. El miedo empieza a correr como la pólvora entre los ciudadanos —refiriéndose a los Escondidos—, y no así, no sé si por gracia o por desgracia, las noticias. Ya han caído, además de Alindr y Kunael, Ushtin, Pirin y Amirt. Seguimos sin saber cómo conocen la situación de las ciudades y centros Escondidos. Filtraciones, seguramente. Pero... ¿quién? —concluyó exasperada Pakli.

11

Fue extraño, pero siguieron el camino como si nada hubiera pasado. Me fijé en que el conductor había reaparecido. El ambiente seguía siendo tenso: Mak, el único que no entendía nada o casi nada de lo ocurrido, estaba desconcertado. Estaba extraño de que, pese al suceso, al parecer de gran magnitud, continuasen sin decir una palabra, sin comentar ni una cuestión, en un silencio absoluto que acentuaba aún más su ignorancia.

Atravesaron un sequísimo y profundo cañón, en cuyo fondo escarbaba el Sunen. Sentí un poco de vértigo al mirar al vacío, pero era curioso ver el sinuoso curso del río justo allí. Aunque mucho me temo que fui el único que lo disfrutó.

Llegaron dos horas después, al fin, a Ine-In. Tardaron en subir a la cumbre del Ineae, ya que tuvieron que hacerlo siguiendo el irregular camino que rodeaba la montaña, pero una vez llegaron arriba, reconfortados por haber concluido el viaje, quedaron maravillados al ver la pequeña ciudad.

La cumbre era circular y bastante extensa. Las calles tenían una disposición radial, que conducía al Templo Ancestral, situado en el centro de la cumbre y de la población. Tenían a cada tramo curiosos arcos que no sujetaban nada y que le daban un toque espiritual —aún mayor si cabe— al lugar. Los edificios eran de una planta, a lo sumo dos; los bellos y puntiagudos tejados de madera eran de color rojo y dorado, y estaban repletos de detalles tallados. Las fachadas eran de un blanco inmaculado.

Allí los dejó el carretero, que se marchó inmediatamente tras recibir el pago de Krirant. El Escondido les guió hasta la posada, amplia y de dos plantas, donde dormirían hasta que se fuesen de la ciudad sagrada.

El estilo arquitectónico de la zona era bonito. Me gustaba su misticismo, al que el paisaje, como no podía ser de otro modo, en una cumbre sobre infinitos y yermos parajes, influía notablemente. Era un buen lugar de retiro. Gran silencio, poca gente, ambiente de espiritualidad... Condiciones idóneas para reflexionar un poco.

Ian, ya en su habitáculo individual, posó su maleta sobre la cama. Miró por el gran ventanal, que ocupaba toda la pared. Pudo observar desde allí el templo, y más allá, además de ver la ciudad al completo, pudo contemplar la extensión de tierra vacía, abajo, del pie de la montaña en adelante.

El chico pensó en que jamás había imaginado que Yunnia fuera tan grande y, sobre todo, tan bella. Había visto ya media docena de paisajes que le habían dejado sin palabras. La grandeza de Yunnia era indiscutible.

Se sentó y recordó todos los momentos y lugares que había recorrido en apenas siete días. Tan solo hacía una semana que se habían marchado de Yark y ya, prácticamente, había dado la vuelta al mundo —aunque me dije que no tiene tanto mérito, pues, al fin y al cabo Yunnia es pequeño.

Pensó en su padre. ¿Cuándo contestaría? No hacía ni 24 horas que le había mandado la carta, pero quería la respuesta cuanto antes. Ya que no podía saber nada de su madre —salvo que estaba bien—, al menos quería enterarse de la situación de su progenitor.

Así pasó bastante tiempo: mirando al horizonte, reposando en tierra firme tras el agotador viaje y aprovechando para seguir asimilando de forma “lenta pero segura” tanto ajeteo.

Durante la cena —sencilla, aunque exquisita— Krirant les informó de que no harían nada especial hasta la mañana siguiente, por lo que tenían el tiempo libre. A decir verdad todos lo agradecieron, pues nadie tenía el cuerpo para muchos trotes después del maldito viaje.

Krirant no tardó en desaparecer, para variar, y Euni y Mak se acostaron muy pronto. Aún no se había puesto el Sol e Ian era ya el único que estaba en pie —y en paradero conocido. Decidió dar un paseo por la ciudad.

Era muy agradable, e incluso relajante, caminar a esas horas bajo los arcos, al lado de armónicos edificios y cruzándose tan solo con uno o dos monjes. Lo único que se oía era un constante murmullo lejano de voces que repetían una y otra vez la misma composición.

No tardó en llegar al Templo. Eran básicamente una decena de arcos bastante grandes, de unos dos metros de largo por cuatro de alto, muy distintos a los de la ciudad. Ni tan siquiera tenía un altar. Pese a sus ruinosas condiciones, era majestuoso, y estaba rodeado nuevamente por místico halo que le otorgaba un toque aún más grandioso. Era de mármol sin más, sin adornos ni pinturas, pero aun así era bello. Además, los tres o cuatro metros que la colina sobresalía sobre el resto de la ciudad eran suficientes para que destacase sobre ella, quitándole importancia a los alrededores para llamar toda la atención.

Unos metros más allá había otro elemento igual de relevante: un pequeño montículo emanaba con suavidad tres chorros de fresca y cristalina agua. Allí mismo ya se separaban, para formar el inicio de los ríos Sunen, Dulen e Infinito:

se prolongaban en tres direcciones equidistantes, formando tres radios en la ciudad del Templo y siguiendo hasta sus desembocaduras en el mar, a cientos de kilómetros.

Pensé que quedaría mucho más estético que aquel montículo estuviese en medio del Templo, más allá no había nada. Solo suelo.

Y un monje. Supuse a primera vista que estaba orando. Sin embargo, cuando Ian se acercó un poco, abrió los ojos y se levantó, tendiéndole la mano al chico.

Era joven, y tenía el pelo corto y moreno. Dijo llamarse Goda, y parecía un chaval sereno y alegre. El monje dio conversación.

—Aún eres un adolescente. ¿Qué te trae por aquí?

—Ganas de conocer mundo, simplemente —dijo mintiendo piadosamente, ágil.

Supe sin embargo que se le había visto el plumero. La mirada y sonrisa de Goda mostraban entendimiento, complicidad, con un infinito respeto al secreto. Ian dedujo acertadamente que había detectado la mentira, pero no era adivino. Tan solo empático.

—Ine-in es el lugar idóneo para pensar en uno mismo. Es un lugar especial.

—Sí, grandioso a la par que sobrio.

—Así es. Olvidando el templo y las pocas edificaciones, todo es simple, extenso y gris. Es...

—Precioso —continuó Ian.

En verdad lo era. Me fijé en que estábamos en un buen sitio para contemplar las llanuras, lo cual colaboraba una vez más a agrandar el cúmulo de circunstancias que hacían del Templo un lugar tan especial.

Eran ya las nueve de la noche, pero las nubes dejaban pasar aún algo de luz, creando una curiosa penumbra que iluminaba toda la extensión hasta el horizonte.

—Aquí es todo tan bonito, tan sencillo, tan armonioso... Vendría a vivir a este paraíso de buen grado, al menos por una temporada.

—Mucha gente lo hace: acude un par de meses para meditar sobre su vida y aprender a disfrutar con lo que le rodea. Pero los veteranos nos recuerdan continuamente que esto ya no es lo que era. Antes era un privilegio y una suerte poder estar aquí entre los monjes. Hoy, apenas hay interesados. Viven demasiado deprisa como para “perder el tiempo” reflexionando.

—Pues a más de uno le vendría bien. En ocasiones es necesario poner en orden las ideas, ¿no crees?

—Sí, lo es. Aunque no creas que nos dedicamos solo a pensar y pensar. En ocasiones es necesario hacer justo lo contrario: dejar fluir los problemas y despejar la mente, disfrutando de la quietud espiritual, pudiendo así escuchar a la Esencia.

Ian permaneció en silencio unos segundos.

—La Esencia, sí. No es magia ni nada por el estilo: es la lógica que todos conocemos. El alma de todo, del individuo y de la colectividad, de lo enorme y lo ínfimo, de lo bueno y lo malo. Lo omnipresente. Acallando nuestro interior por unos minutos podemos descubrir la Esencia, capaz de enseñarnos el porqué de todo. Es la razón, la respuesta. Es parte de nosotros mismos.

Goda se sentó en el suelo cruzando las piernas, e invitó a Ian a hacer lo propio sin necesidad de palabras ni gestos. Imitó la postura del monje y cerró los ojos, como aquel había hecho.

Cerró las puertas de todos los sentidos. Buscó su centro, su corazón espiritual. Dejó de sentir. Apareció en lo alto de una muy alta montaña. No sentía molestia alguna, ni vértigo. Estaba exactamente en la misma postura, y aun sin ver, oír, gustar, sentir ni oler, era consciente de todo su cuerpo, desde el talón hasta la coronilla.

Perdió la noción del tiempo, pero no se preocupó por ello. Se dejó llevar. Percibió el viento en la cara. Una leve brisa le rozaba suavemente las mejillas. Poco a poco, esa corriente fue aumentando su intensidad, convirtiéndose en un poderoso vendaval que giraba en torno a él. Sin embargo, no se inmutó. Solo notaba que el viento le rodeaba, pero no sentía ni frío ni presión.

La acre extensión que le rodeaba permanecía inalterable. El marrón grisáceo indicaba que el lugar era inerte. Roca, piedra, nada más. No más vida que la suya, y no más movimiento que el del aire.

El vendaval seguía girando y girando. Seguía sin sentir nada, y nada le molestaba ni agradaba. Permaneció así tal vez segundos, tal vez horas, pero, bruscamente, rompiendo la armonía lograda consigo mismo, una poderosa tormenta se desencadenó. Poderosos relámpagos le amenazaban, la lluvia le empapó y, por primera vez, sintió un frío terrible, una incomodidad absoluta. Todo se volvió negro, y perdió la consciencia.

Despertó bruscamente. Intentó erguirse, pero tuvo que recostarse porque se mareaba. Goda estaba allí, a su lado, sujetándole, tratando de tranquilizarle. Aunque tenía la cabeza inflada, se sentía reconfortado por haber “regresado”.

Goda y yo estábamos preocupados. La cara del chico estaba demacrada, pálida y sudorosa, y eso sin contar con las lágrimas que la surcaban. Habría sido muy duro.

Pero aún había más. Segundos antes de que el chico volviese, había ocurrido algo que ninguno de los dos había

percibido. Era increíble, me dije. Era un bombazo. El Templo, el mítico y ancestral Templo de Ineae, había desaparecido en nuestra presencia.

12

Krirant aparecía instantes después. Goda le informó, de forma muy objetiva, de lo que había sucedido: había animado al chico a que meditase junto a él, con el fin de que pudiera desestresarse un poco, y a mitad del ejercicio espiritual había oído cómo emitía unos pequeños gemidos. Cuando abrió los ojos, lo había visto en el suelo, retorciéndose. Había apoyado su espalda sobre su regazo, mientras le abrazaba, para así relajarle y transmitirle lo máximo posible de energía. Entonces, desconcertado, había abierto los ojos. Un rato después el monje se daba cuenta de la desaparición del templo.

Pese a la claridad de la expresión de Goda, era evidente que estaba extrañado. Todo lo ocurrido había sido muy raro. Aparece un joven con algo que ocultar, al que le dan unos extraños espasmos y, a la vez, un templo milenario de duro mármol desaparece en la nada.

Ian, al asimilar lentamente lo que Goda estaba diciendo, advirtió ese último detalle.

—¿El Templo ha desaparecido? ¿Otro más?

—Relájate, chico, habrá tiempo para todo. Lo mejor será que descanses —dijo Krirant con sinceridad—. Estoy seguro de que los monjes serán capaces de cuidarte esta noche para que te restablezcas. ¿Verdad?

—Desde luego —dijo Goda con moderado entusiasmo—. Nuestras técnicas de relajación y curación te vendrán de perlas, ¡ya verás!

—Gracias por todo. Apenas nos conocemos y ya vais, tú y los demás monjes, a haceros responsables de mí.

—Para nosotros es una satisfacción —dijo con una agradable sonrisa.

Decidieron no avisar ni a Euni ni a Mak: al día siguiente se enterarían, y así podrían dormir con tranquilidad.

Goda lo llevó a las dependencias de los monjes. Ambos pensaban en lo surrealista de los acontecimientos. A mí también me había sorprendido: así porque sí Krirant le había dejado, tras los extraños sucesos, con un recién conocido. Y no era que no se fiase de él, ni mucho menos. De hecho, Goda ya se había ganado su confianza, con la respeto, cautela y bien hacer del que hacía gala. Se dijo que el monje era alguien a quien admirar.

Sin embargo, ¿qué necesidad había de que tuviera que estar con él? ¿Qué le había llevado a darle la responsabilidad de cuidarle a una persona anónima cuando era absolutamente innecesario?

Yo, por mi parte, estaba extrañado por la facilidad que había tenido Ian para evadirse y alcanzar esa situación de serena tranquilidad. Había sido muy rápido, a la primera, y era un ejercicio que se antojaba difícil. Yo no lo hubiera conseguido ni con años de experiencia, me dije. Ian no me decepcionaba: parecía una caja de sorpresas. Todas ellas buenas.

Una vez se acomodaron en la habitación donde dormiría el chico, Goda le enseñó un curioso ejercicio de relajación, mucho más suave y sencillo que el que le había provocado la evasión. Consistía en repetir una y otra vez una corta frase en un extraño idioma, y lo curioso es que causaba efecto. De hecho, y junto a la dulzona pero deliciosa infusión que le dieron, se durmió muy pronto, pese a estar aún con las piernas cruzadas.

Unas ocho horas más tarde despertaba descansado, con buen ánimo. Estaba acostado, y también le habían puesto una manta para que no cogiera frío. Permaneció allí en la cama un buen rato reflexionando, recordando y buscando respuestas.

Miré por la ventana. El cielo seguían nublado, y amenazaba lluvia.

Ya por fin, cuando se levantó, se dirigió a la posada.

Cuando llegó, Mak y Euni estaban en la entrada. Parecían nerviosos.

—¡Ian! ¡Por fin! ¡No teníamos idea de por dónde te habías metido! Se ha marchado —dijo Euni alterada—. Krirant ha dejado la habitación vacía, nadie le ha visto. Es muy extraño. ¡Y encima no sabíamos nada de ti!

—¡Tranquila, tranquila! ¡Qué raro lo de Krirant!... Estamos solos por primera vez, entonces. ¿Verdad?

—No sé, Ian, pero esto es muy...

—¡Excitante! —dijeron los tres al unísono.

Era la primera ocasión en la que estaban fuera de la atenta mirada del Escondido: esa libertad era excepcional...

—¡Ey, ey! Parad el carro... —cortó Ian— ¿Cómo sabéis que nos ha dejado solos?

—... Bueno, la verdad es que no tenemos la certeza. Tan solo suposiciones.

—Si se hubiera querido marchar, salvo causa mayor, nos hubiera avisado, o al menos nos habría dejado algún mensaje. Además no podemos vivir del aire, tendría que habernos dado dinero, o haber dejado instrucciones a alguien

para con nosotros.

—La situación no es tan negra. Recordad que yo soy mayor de edad y podría hacerme responsable de vosotros; además tengo mis ahorros, que nos darían para avanzar durante un tiempo. Aunque no niego que es extraño el hecho de que se haya marchado voluntariamente sin habernos dado ningún aviso.

¿Qué harán entonces?, me pregunté.

—Mak, hemos de decirte algo —saltó Ian.

—Así es —confirmó ella.

—Sorprendedme —dijo Mak con ironía.

—Hace tres días el Velenai nos informó de muchas cosas. Nos advirtió del robo de la Llave en el camino entre Lest y aquí, y nos avisó también de la desaparición de Krirant.

—No sé si esto último es una profecía o una consecuencia de las acciones del Velenai, pero lo cierto es que aún no se han equivocado.

—Y, yo al menos, dudo que vayan a cometer un error.

—... —Mak estaba un tanto confuso, pero fue capaz de organizar bien la información—... Y os dijeron también lo que va a suceder, ¿verdad?

—En efecto. Nos dieron unas pocas instrucciones muy concretas, sin demasiada explicación por su parte. Y una de ellas es quedarnos aquí un día más. Hasta medianoche. Entonces nos recogerá alguien que aún no conocemos para llevarnos a un lugar que tampoco sabemos cuál es.

—Qué fuerte me parece todo esto. Menuda aventura. ¡Quién me iba a decir a mí cuando desapareció mamá que días después íbamos a conocer tantos lugares, presenciar tantas situaciones extrañas y conocer a tanta gente!

Me puse en su situación, y me dije que era de verdad excitante. Yo, que siempre llevé una vida tranquila, no era capaz de imaginarme que todo lo que les había sucedido a ellos me ocurriera a mí.

—¿Hasta medianoche? —concluyó Mak— Pues entonces tenemos que hacer algo todo el día, ¿no? ¿O nos quedamos de brazos cruzados?

—Empecemos por que Ian nos cuente qué hacía fuera de la Posada —dijo Euni con un leve tono recriminatorio.

Ian aprovechó para contarles cómo se había desmayado mientras desaparecía el Templo. Y lo hizo de forma muy detallada, ya que tenían mucho tiempo por delante...

Mak estaba muy charlatán. No se movieron de la montaña —aunque tampoco es que tuvieran más sitios a donde ir—, pero recorrieron cada rincón de la ciudad. Todo era del mismo estilo, pero no por ello era menos interesante. Volvieron a ver a Goda —Ian se lo presentó—, y este los acompañó en un pequeño “tour” por los lugares más importantes.

El Templo, claro, ya no podía visitarse. Los monjes no estaban asustados: más bien sorprendidos. Goda les explicó que les había maravillado la noticia, y no por que se hubiesen quedado sin el Templo, sino porque había roto la rutina. Consideraban que si un hecho tan grandioso había ocurrido era porque una fuerza mayor lo había considerado oportuno, y por ello no estaban tristes en absoluto. Era un razonamiento curioso que, inevitablemente, nos llamó la atención a todos.

Les llevó por tanto al Otro Templo, uno mucho más acorde con la arquitectura de la ciudad. Era algo más alto que la posada y destacaba casi tanto como el desaparecido. Dentro había una única sala, muy grande y con el techo alto —las dos plantas equivalentes que tenía—, con un diminuto habitáculo al este. Allí guardaban ciertas reliquias: un pequeño libro, una estatua que cabía en la palma de la mano y un grabado en el que aparecía una flor de...

—Loto, la planta que simboliza el descubrimiento de la Esencia. Sus raíces están en la tierra, en lo mundano, pero su belleza, sus pétalos sobresalen y son iluminados por la luz del exterior. El cielo.

—Vuestras costumbres me recuerdan a las antiguas religiones. Sin lo arcaico de esos extraños dioses, pero aún con el toque espiritual y sobrenatural, sobrehumano, que tan llamativo es —comentó Euni—. Y también me gusta vuestra simbología, es muy interesante.

—Oh, sí, tenemos muchos símbolos característicos. Y aunque suene “arcaico” como dices, lo consideramos una religión. Sin dioses, cierto, pero con nuestros dogmas. Aun así, son discutibles —¡Menuda contradicción!—, y de hecho estamos en constante observación, estudiando y buscando una verdad física más correcta. Porque la espiritual es irrefutable.

—¿Y esas frases que repetís tantas veces? ¿Qué son? —preguntó Mak— ¿Tienen alguna finalidad?

—Son los altrás. Hay quien dice que vinieron del mundo de origen, hace siglos, cuando aún eran plegarias, oraciones, pero ahora simplemente se usan para mejorar la meditación. Ian pudo comprobar ayer mismo que, pese a lo simple que es el método, funciona.

—*Om mami padme lum*. Quién sabe qué significará eso —sentenció el chico con una carcajada.

Le dijeron a Goda que Krirant se había marchado, y que esa noche ellos harían lo mismo, pues tenían

instrucciones. Aunque le dieron a entender algo distinto de la realidad, no habían mentido, y eso les daba la suficiente seguridad como para no ser “pillados” por la astucia del monje.

De hecho, se lo creyó todo sin reparos. Era fácilmente detectable, pues se expresaba gestualmente de manera excepcional, y sus movimientos no dieron lugar a dudas. Servidor, que es muy observador.

Ya era bastante tarde, e Ian ya tenía hecha la maleta. Estaba sentado en su cama, en la cual, a fin de cuentas, no había dormido. Tenía la mirada perdida en el horizonte, el cual ya no tenía ese delicioso obstáculo que suponía el Templo.

Como de costumbre pensaba en el vertiginoso avance de los hechos, y buscaba motivos, razones, si es que los había.

Entonces se le encendió la bombillita.

¿Y la Llave? ¿Por qué no se les había ocurrido que, tal vez, al igual que en el templo del Monte Trav, estuviera otra pieza de la Llave en Ine-in tras la desaparición del Templo Ancestral? Era una conclusión estúpida, más que evidente, pero pese a ello se les había pasado por alto.

Se levantó y, rápidamente, sin avisar a nadie, corrió hacia el centro de la ciudad.

Allí se movió fugazmente por los restos de piedra, fijándose aun así en cada rincón sin dejar centímetro por revisar. Finalmente dio con ella. Un perfecto semicírculo de mármol, bien disimulado en la roca, de color similar. Lo extrajo con relativo cuidado y pudo comprobar que era ligero. Tenía en el anverso lo que parecía una “A” mayúscula, y por su tamaño dedujo que cabría a la perfección en el aro de la Llave.

Cada uno de nosotros llegó a una conclusión.

Yo, por mi parte, deduje que el hecho de que el fragmento de la Llave pudiera estar allí era bastante simple de deducir. Por lo tanto Krirant debería haberse dado cuenta de ello. Si hubiera ido a buscarla no se le habría escapado, pues nadie podría percatarse de hasta el más mínimo detalle mejor que él. Y todo esto implicaba que Krirant había elegido deliberadamente no ir a recogerlo o... algo se lo había impedido.

Mientras, Ian pensaba en que si bien la leyenda decía que la Llave estaba fragmentada en dos, la lógica indicaba que habría otro trozo semicircular que completaría el interior del aro, formando así la Llave completa. En otras palabras, una tercera parte de la Llave. Y no era complicado saber dónde estaría.

Es más. Incluso llegaba a alcanzar a dónde se irían esa misma noche.

12+1

Cuando faltaba un minuto para la medianoche, Ian, Euni y Mak ya esperaban en donde en su momento estuvo el Templo Ancestral. Aun sin sus imponentes arcos de mármol blanco, el lugar seguía siendo mágico.

La noche era clara, y las estrellas brillaban con intensidad. La Luna, llena, iluminaba la llanura, tan simple y sobria como siempre.

Las maletas estaban hechas una vez más, y todo estaba ya hablado. No dejaban ningún cabo suelto en la ciudad. Por supuesto, la Llave, la sorpresa de última hora, la tenían bien guardada: Euni se encargaba de custodiarla.

Dieron las doce de la noche silenciosamente, sin que ninguno lo supiera. E instantes después, apareció.

Unos metros más adelante, fuera del recinto del templo, apareció una débil esfera luminosa, muy tenue en principio, que se hizo cada vez más definida. Aunque la luz no era mucho más intensa, pudieron percatarse de que era como una burbuja de un material que parecía vidrio. Mientras se acercaban, deduciendo que era eso lo que esperaban, la figura —ahora sí, femenina— salió. Pero ni puertas ni nada: atravesó el cristal ante el pasmo de los chicos. Parecía que estuviésemos viendo a un alienígena salir de su platillo volante.

—¡Ya os lo explicaré, tranquilos! —dijo al ver sus muecas— Irovia, para servirlos. Mak, Euni, Ian: encantada de conocerlos. Entrad rápido, por favor. Meted las maletas, claro —dijo guiñándoles un ojo.

Lo hicieron. Ian sintió, mientras atravesaba ese cristal, como si le tiraran un cubo de agua helada a la cabeza, pero la sensación se fue tan pronto como apareció, y, efectivamente, ya dentro del habitáculo, relajado, estaba completamente seco.

—¡Qué graciosas las caras que habéis puesto! —dijo Irovia con una sonrisa burlona, cuando no quedaba nadie afuera— Bueno, podéis sentaros, ¿eh?

Tomaron asiento en un confortable sofá hecho de un material gelatinoso, pequeño pero en el que fueron capaces de acomodarse los tres sin demasiado problema. La luz era blanca, y su intensidad era sin duda la más adecuada: una especie de penumbra con la que eran capaces de verlo todo sin que les molestase el cambio.

—¿Qué pasa si nos ven?

—Nada. Al fin y al cabo puede que jamás volváis aquí, y no son capaces de alcanzarnos —dijo con otra sonrisa.

Ella tomó asiento también, delante. Se agarró a un aro de cristal que tenía al frente —y que identifiqué, sorprendido, como un volante— y la esfera comenzó a girar.

Pero solo la exterior. La cápsula, por llamarla de alguna manera, estaba formada por dos esferas de aquello que parecía cristal: una interna y la otra, evidentemente, externa. Era esta última la que se movía, a una velocidad ya sorprendente, sin transmitir la más mínima vibración a la primera.

La esfera se despegó unos centímetros del suelo, y siguió aumentando su velocidad. Vieron a toda prisa como atravesaban una de las calles radiales de la ciudad, y observaron por última vez en mucho tiempo aquel maravilloso lugar...

Ian se prometió, sin embargo, que volvería algún día.

—Hace ya tiempo que no pueden vernos —informó cuando estaban ya al pie de la montaña—. Decidme, chicos, ¿quién creéis que soy?

La pregunta les pilló por sorpresa, aunque, a decir verdad, no era muy alejada de las cuestiones que se planteaban.

Me fijé en sus rasgos por primera vez. Tenía el pelo castaño, largo pero recogido en un bonito moño. Su tez era clara. Me llamaron la atención sus ojos rasgados. Era bastante delgada, y de estatura media; no alcanzaba los veinticinco. Sin duda era una mujer atractiva

¿Podría ser una Escondida? Creo que no, me dije. Vale, tenía el pelo largo, el único rasgo característico de los Escondidos, pero carecía de ese toque especial, casi mágico, que estos sí tenían.

Tal vez fuese una persona normal, convencional, metida en alguna asociación secreta —al estilo de la del padre de Euni—, pero lo más extraño era pensar qué tenían que ver los Sabios en todo eso.

Dejé de fantasear y me limité a esperar obtener algún dato más sobre aquella mujer.

—¿Escondida? —preguntó Euni sin más.

—¡Uy, no! Quién pudiera tener sus poderes y todo eso... —respondió, de nuevo con la sonrisa en la boca— Pero ya os hablaré luego de *aquello en lo que ellos tienen que ver*.

—¿Una “convencional” que trabaja para los Sabios?

—¿Los Sabios? ¿Qué Sabios? —por primera vez, se puso seria.

—No he dicho nada... —dijo Mak retractándose. Pese a todo, su idea no era descabellada en absoluto.

Irovia giró el volante a la izquierda, y el vehículo torció bruscamente. Estaban ya en la vasta llanura meriánica.

—¿Alguna organización? —habíamos llegado a la misma conclusión.

—Ajá. ¿Pero cuál?

—Una organización secreta —dijo Mak con cierta ironía y un toque de exasperación, viéndolo venir.

—En cierto modo.

—Bueno, ¿puedes decírnos ya de una vez quién eres? —dijo Euni, cansada del jueguito.

—Veamos... Claro que soy “convencional” (aunque odie esa palabra), tengo 24 años y un día y nací en la encantadora ciudad de Ushtin. Me gustan mucho los helados de turrón, y empecé a escribir un libro a los 14 años... que nunca acabé.

Me quedé con cara de “qué nos está diciendo esta tipa”, pero comprendí instantes más tarde que simplemente estábamos ante una mujer detallista, original, creativa; aquel tipo de personas que te responden con algo inesperado. Eso me gustó, pese a que no me interesara lo más mínimo que hubiese nacido en Ushtin.

—De acuerdo. Ahora dinos: ¿por qué has venido a recogernos?

—Pues porque me lo han ordenado. ¿Y quiénes? Pues eso ya lo sabréis. Ahora nos dirigimos a un centro oculto cercano a Rai.

—Oculto, secreto, escondido... Llevamos oyendo eso todos los días desde que partimos...

—Así están las cosas. Sabéis lo de la guerra, ¿verdad? Bueno, pues nosotros somos, en teoría, el bando contrario. En cierto modo como tu padre, ¿no?

Euni se quedó bloqueada. Hubo un extenso e incómodo silencio. Esta mujer sabía aún más de lo que parecía.

—Pero no sois de los Ínclitos... ¿me equivoco? —dijo ya convencida de que lo sabría.

—No. Somos Esféricos.

—¿Eres Esférica? Nunca antes había estado con uno, pero he oído hablar mucho de vosotros...

Y ale, una vez más nos quedamos con cara de tontos.

—Ínclitos y Esféricos, junto a los Hudanos y Ubérrimos, son los cuatro grupos proigualdad social que surgieron a la llegada de los humanos a Yunnia —explicó Irovia a los hermanos—, y luchaban por la igualdad entre convencionales y Escondidos. Pese a todo, hubo diálogo, y ya es cosa del pasado. Salvo por los...

—... ínclitos. Hoy día es el único grupo en el que persiste esa ansia de igualdad. El único que aún envidia sus cualidades, el único dispuesto a usar la fuerza para conseguirla. Y yo soy su herramienta —expresó Euni, triste—. Siento vergüenza, lo reconozco. Pero no es fácil desligarse de algo así, cuando toda tu familia está metida en ello.

»Pero, ¿qué pensarán los Ínclitos que traman los Escondidos? —se preguntó a sí misma, dirigiéndose en cierto

modo a Irovia— Es decir, ¿cómo saben que les incumbe? ¿Y cómo han descubierto un plan Escondido que la inmensa mayoría de los propios Escondidos desconoce?

—Demasiado complejo —dijo Irovia—. Tú deberías saberlo mejor que yo, pero veo que estás muy poco informada. Últimamente estamos dándonos cuenta de la cantidad de cosas que están sucediendo sin que nos demos cuenta —ese dato ya les resultaba conocido.

»Veréis... por un lado están Íncritos; por otro, Escondidos, y en medio, mediando, pero también enfrentándose, nosotros, los tres restantes grupos proigualdad. Que sí, hemos dejado nuestras ideas de igualdad hace siglos, pero seguimos buscando la convivencia y la tolerancia, y tal vez ese plan misterioso atente contra esos dos principios, provocando una guerra. Pero ya veis que para eso no hace falta plan alguno, pues Íncritos y Escondidos saltan a la mínima.

»Porque claro, no solo atentan los primeros. Aunque son pocos, algunos Escondidos están atacando sin piedad bases íncritas. Las medianamente públicas, eso sí, las que pueden encontrar.

—¿Y las secretas? Porque se supone que toda esa tecnología que estamos viendo continuamente que refrena a la Escondida ha de ser desarrollado en un lugar oculto. ¿O no? —preguntó Mak.

—Es curioso que, pese a no haber dispuesto de ella desde siempre, han sido capaces de resguardarse mejor aún que los propios Escondidos, porque, así como asaltaron ya Alindr, Kunael y demás ciudades, ninguna base oculta de los Íncritos ha sido tocada aún (salvo que medios e Íncritos lo hayan ocultado, cosa que me parece harto improbable).

Irovia giró a la derecha ligeramente.

—Todo eso es muy importante. Pero no sabemos aún por qué estamos aquí.

—Lo único que hago es seguir órdenes —repitió con dureza.

Los chicos, sorprendidos, no hablaron más en una media hora.

Hasta que, en cierto punto, algo sorprendente ocurrió.

Mientras que dentro de la cabina la deliciosa luz blanca les alumbraba a todos, afuera no había más iluminación que la de la Luna, que permitía ver vagamente las pocas irregularidades del terreno: una pequeña colina o un árbol en medio de la nada, a lo sumo.

Mas, de repente, las luces del vehículo se apagaron. La máquina, sin embargo, prosiguió sin ni tan siquiera aminorar la marcha. Irovia, un tanto sorprendida, trató de buscar con rapidez una respuesta, mientras que los chicos se limitaron a asustarse. Era normal, ya que habían pasado cosas muy raras últimamente.

Pero lo verdaderamente sorprendente lo empezaron a descubrir instantes después.

Miré el reloj. Era la una menos veinte de la madrugada.

Irovia se dio cuenta al fin de qué estaba ocurriendo, de por qué se había apagado la luz.

Y es que estaba amaneciendo.

Los cinco tripulantes del vehículo pusimos cara de sorpresa y de pánico. Algo muy pero que muy extraño estaba ocurriendo, algo lo suficientemente raro como para adelantar el amanecer ¡casi siete horas!

En diez minutos el Sol ya estaba en su cenit, regándonos con sus intensos rayos y asándonos con su calor. Pese a todo, Irovia no tardó en activar una especie de toldo interno, que frenó la luz, e incluso empezamos a notar rápidamente que la temperatura volvía a estabilizarse por el invento que ella llamó “aire acondicionado” —mira tú que novedad.

No nos explicábamos en absoluto lo sucedido. No había razón alguna para que se diese semejante cambio en la naturaleza, y menos de forma tan radical e incluso... macabra. Todos tuvimos esa sensación, la sensación de que había detrás algún motivo oscuro, tenebroso, y me dije que posiblemente fuese mejor ni tan siquiera conocer. Sin duda un mal presagio.

Siguieron avanzando, comentando teorías e hipótesis, sus porqués, pero no lograron llegar a ninguna conclusión. Y tal vez por eso parecía que el miedo crecía por momentos.

El paisaje no era ya tan yermo, y aunque seguía pareciendo desértico, vieron incluso algún bosquecillo con una decena de árboles, en el que pequeños animales miraban al cielo con temor.

Poco después atravesamos una aldea. Irovia deceleró la marcha, y pudimos observar entonces decenas de personas que estaban ya fuera de su lecho. Los niños lloraban; las madres, confusas, trataban de relajarles, mientras que los hombres discutían con desesperación.

Fueron tan solo unos segundos, tal vez medio minuto, pero todos se estremecieron, pensando que eso mismo estaría ocurriendo no solo allí, sino también en las demás aldeas perdidas de Yunnia y, por supuesto, en las grandes ciudades. Millones de yúnnicos mirarían al cielo con pánico.

El termómetro marcaba 45 grados de agua. No tardé en recordar que había una escala marcada por los puntos de congelación y fusión del agua... Por lo tanto podían ser equivalentes... Y eso significaría que afuera hacía nada menos que 45 grados centígrados. Siendo de noche.

Aunque no acabó ahí la cosa: el cielo se encapotó de repente.

Primero, un fuerte chaparrón. Una tromba de agua cayó en la tierra seca y muerta de las llanuras meriánicas.

Más tarde, la lluvia se convirtió en nieve. Copos terriblemente grandes no tardaron en cubrir, ante nuestro asombro, el suelo encharcado. Y antes de que todo ello se derritiera y se filtrase...

El símbolo de la destrucción: granizo. Pedruscos helados del tamaño de una bola de billar golpearon con fuerza el techo del vehículo. Y aunque no oían ni el más leve golpeteo, no pudieron evitar sufrir un violento respingo.

Mientras pensaba que el infierno estaba llegando a aquel mundo, oí un murmullo que, aunque pasó desapercibido para los demás, pude entender perfectamente.

—Parece como si Yunnia estuviera gritando, avisándonos de algo... algo terrible —sentenció Mak.

14

Seguimos avanzando, y seguía granizando. No hubo ningún problema adentro: la cabina resistía la bolas de hielo sin una sola rajita, y supuse que el material debía ser duro cual diamante para soportarlas.

Por desgracia, afuera el panorama era infinitamente más trágico. Vimos árboles sin tan siquiera una hoja, otros que se quedaron con un tronco sin ramas, e incluso encontramos varios cadáveres de animales y hombres sepultados.

Sentí por enésima vez un estremecimiento al pensar que todo eso estaría ocurriendo en toda Yunnia, que ni dos ni tres personas habrían perdido la vida por esa repentina granizada.

Pero seguíamos avanzando.

Tras cruzar media docena de poblaciones en las que ya nadie estaba afuera vimos que el termómetro ascendía un poco más, deteniéndose cerca de los 50 grados. Granizó más fuerte si cabe durante unos cinco minutos, y dentro del vehículo, aunque viésemos que resistía, empezamos a asustarnos de verdad. No teníamos mucha fe en que pudiera aguantar todo lo que se le venía encima.

Para nuestra tranquilidad, un rato después dejaba de granizar. El mercurio bajó a ritmo de dos grados por segundo y vimos cómo se oscurecía de nuevo. En cuestión de medio minuto el termómetro marcaba cinco grados de agua, volvió a ser de noche y lo único que cayó del cielo fue una intensa lluvia.

Al fin Yunnia había dado tregua.

Cuando el reloj marcó las dos y media de la noche, vimos el mar: estábamos llegando a Limus, el “Mar de la Frontera”, el límite físico entre los dos continentes yúnnicos.

Advertí que estaba helado. No era extraño, tras el increíble acontecimiento, pero no me había imaginado que, por ejemplo, la corriente se hubiera detenido en el aire.

Irovia viró a la izquierda, y en cuestión de minutos llegábamos a Rai, la única ciudad marítima de Limus —a excepción, claro, de Yark. No parecía muy grande, y se encontraba en un estado deplorable.

Vimos más de una vivienda destruida por las pedradas heladas, y deduje que lo peor habría sido en los tejados, que en su mayoría habrían cedido al martilleo o se habrían derrumbado por el peso.

No había un alma por las calles.

—Estarán en el edificio público más cercano —dijo Irovia—. Son resistentes, pueden ser una buena alternativa. Pero solo habrán huido los que no hayan tenido otra opción: apuesto a que la mayoría se han quedado en sus casas.

—Normal: yo también me quedaría, suponiendo lo que causaría uno solo de esos pedruscos en mi cabeza.

Irovia giró entre los callejones y avenidas, y no tardó en atravesar la ciudad entera, la cual no pudimos apreciar bien debido a los destrozos y lo blanco que estaba todo, principalmente por el granizo.

—El Centro Kistandurg está a las afueras. Allí nos hospedaremos unas horas, y podremos sentirnos cómodos y seguros tras este terrible trayecto.

—¿Centro Kistandurg?

—Iedrech Kistandurg fue un importante Esférico del siglo XXXII —¿había oído siglo treinta y dos?—, prácticamente un héroe. Abogó por el pacifismo de todos los grupos proigualdad (y no solo de tres), pero murió asesinado a los cuarenta. Ya sabéis: uno que trata de ir por las buenas, uno al que se cargan. En su honor se construyó hace un par de décadas este centro, una de las cinco zonas secretas esféricas que hay por toda Yunnia.

—Tanta red y tanto refugio me recuerda inevitablemente a los Escondidos —dijo Ian—. Nunca hubiese imaginado que este tipo de organizaciones secretas existiese de verdad.

—Pues ya ves, tal vez uno más de los tesoros de Yunnia.

—Irovia... —dijo un minuto después Mak—. ¿Cómo se supone que esos grupos pretendían conseguir la igualdad?

—Mediante algo tan simple como la aniquilación absoluta de la sociedad Escondida. Una auténtica aberración con la que, sin embargo, estaba de acuerdo la mayoría de la población convencional. De hecho podríamos considerar

ese dato como uno de los hechos más terribles de la Historia: la violencia contra Escondidos era aceptada por la sociedad en general, algo intolerable e inimaginable hoy día.

»En aquel tiempo las organizaciones proigualdad eran conocidas y apoyadas por el pueblo. Había verdaderas persecuciones, y cuando algo salía mal los medios lo ocultaban con facilidad. La gente no oía lo que no le convenía, cerraba los ojos ante la masacre. Además hay que tener en cuenta que la sociedad Escondida no es, por así decirlo, “asesinable”, y, en vez de morir, sufrían más y más. Hubo acontecimientos en los que, francamente, más les valdría haber muerto.

»Aunque no nos engañemos: sigue habiendo de vez en cuando peleas con Ínclitos y Escondidos de por medio, y sigue sin trascender a los medios. Recordad, por supuesto, que jamás os han enseñado en el colegio (a ti, Ian, en el Liceo) nada sobre todo esto... E incluso que hoy día los Escondidos han vuelto a ser un sector oculto, hasta tal punto de ser una leyenda. Tú, Ian, tenías a uno como profesor, sin que hubieses sospechado lo más mínimo.

Ian, Mak, Euni y yo tuvimos con esto último la misma sensación. Irovia no sólo sabía mucho de sus vidas; más bien sabía demasiado. Por primera vez desde que estaban con ella sintieron desconfianza. Se limitaron a mantenerse en silencio.

Repentinamente, empezó a tronar. Ya habíamos salido hace un par de minutos de la ciudad, bien iluminada pese a todo, y ahora solo podíamos aprovechar la luz de los relámpagos y la iluminación casi mágica que ofrecía el vehículo. El seco y llano suelo dio paso a un terreno muy pedregoso. El lugar estaba ocupado por pedruscos extraordinariamente grandes, del tamaño de un edificio, los cuales parecía imposible que hubiesen sido llevados más que por obra de magia. Esquivándolos, el vehículo logró hacerse paso, y tras descender por uno de ellos —era un pequeño valle—, vimos una entrada alargada a lo ancho, resultado de una enorme losa que reposaba sobre más rocas a izquierda y derecha. Lo relacioné con la entrada de un centro comercial, o un aeropuerto.

—Pues ya llegamos —dijo Irovia finalmente, cuando atravesamos el cristal que cubría la entrada, mientras dejábamos atrás la lluvia torrencial.

Al salir a su vez del vehículo no notamos ningún cambio en la temperatura. Fue como cambiar de una habitación a otra. La burbuja se dirigió sola hacia la izquierda, y desapareció por la pared. No nos preocupamos más por ella.

El vestíbulo del Centro Kistandurg era muy extenso. Gracias a la penumbra que ofrecían una docena de lámparas de luz blanca, pudimos ver a nuestro alrededor a unas, contando a bulto, cincuenta personas que discutían nerviosas, y una veintena de mesas repartidas heterogéneamente por todo el espacio, en las que se dedicaban a mirar papeles y a atender a —¡oh, sorpresa!— teléfonos. El alboroto que formaban las múltiples conversaciones simultáneas y el timbre de los aparatos no me impidieron echar un vistazo a todo lo demás.

Pude vislumbrar que predominaba un estilo, por así decirlo, moderno: color blanco, líneas rectas, formas para nada voluptuosas y sobriedad daban sensación de frescura y pulcritud. En definitiva: decoración contemporánea.

La única nota discordante en ese espacio armónico era una fuente, al fondo, situada debajo de un patio, en la que reposaba una estatua. Irovia nos dijo, tras atravesar la sala y haber saludado a un par de personas, que se trataba del propio Iedrech Kistandurg.

Y si había un patio era que, increíblemente, había pisos hacia arriba. Sorprendente, digo, porque si mi memoria no me fallaba, sobre la losa que ahora hacía las veces de techo apenas había un par de rocas que no alcanzaban los tres o cuatro metros de alto, y sin embargo se intuían tres plantas de techo alto al alzar la vista.

Volví al mundanal ruido, y vi que Irovia también estaba un tanto alterada. Metió una mano en su chaqueta y sacó una tarjeta. Se la tendió a Mak.

—Planta dos, habitación 105. Tratad de dormir. No hagáis ruido.

Los chicos, sorprendidos, se dispusieron a obedecer, mientras Irovia desaparecía entre la gente.

—Ya veo el revuelo que han causado los hechos... —dijo Euni.

—Chicos —respondió Ian—, ¿verdad que esto, por terrible que parezca, sigue siendo muy excitante? No sé, tantas cosas inexplicables... Además, incluso parece que la propia Yunnia quiere darles un buen azote a todos por las estupideces que están haciendo.

—Pero no olvidemos que es horripilante, Ian —dijo Mak cuando se sentó en su cama tras cerrar la puerta con pestillo—. Pensad tan solo en lo que habrá causado una granizada momentánea. Es estremecedor.

—¿Sabéis?, yo todo esto lo veo como una espectadora, como si fuera una obra de teatro. No nos ha ocurrido nada directamente (salvo tu desmayo, Ian, en Ine-in); estamos intactos, y presenciando hechos que jamás habríamos ni imaginado. Y no olvidéis que aunque hayamos recorrido tantísimos lugares, en realidad llevamos semana y un día de viaje. Parece increíble.

Lo reconozco, no los estaba escuchando. Estaba pensando en un aspecto que me había sorprendido. Teléfonos, vehículos, iluminación que no es de llama, periódicos, colegios, parlamentos, ciudades. Incluso una lengua que tenía ciertos rasgos entendibles. Yunnia no era demasiado distinta a la Tierra. Parecía haber similitudes en todos los campos.

Pero dejé de divagar y presté atención, al fin, a lo que decía Mak.

—... Insisto: tenemos que tener en cuenta lo que está sucediendo. ¡Es una guerra! ¡Una guerra civil, podríamos considerar! Es terrible, terrible, terrible, no me cansaré de decirlo —dijo con firmeza y una fuerza inusitada en él.

—Lo que sí que creo (no lo malinterpretes, Mak), es que debemos descansar un poco. No dormiremos bien, para qué vamos a engañarnos. Sin embargo, sí podemos recostarnos un poco en silencio, un par de horas, y así tratar de despejar un poco la mente.

Los hermanos convinieron en hacerle caso, y se acostaron en las mullidas camas, que pese a ser igual de sobrias que el resto de la decoración del edificio eran francamente cómodas.

En unos instantes el único sonido que había era el de la respiración de los chavales.

Ian estuvo meditando unos cuantos minutos sobre los acontecimientos, poniendo las cosas en su sitio como ya se estaba acostumbrando a hacer.

Pero tampoco pudo, tras sentirse demasiado cansado como para reflexionar, evitar recordar lo de siempre. Sus padres, solos, separados, con la incógnita siempre en mente de cómo estarían los demás miembros de la familia, dispersos por toda la geografía yúnica.

En el fondo, sentía la misma lástima por ambos. Ineia había sido “robada” de su familia, pero Hush había visto ante sus narices como le robaban a mujer e hijos, quedándose rotundamente solo.

Ian se olvidó de súbito de lo emocionante del viaje. Solo quedó en su mente un pensamiento: el de encontrar a su madre, llevarla a Yark junto a papá, y, siempre con Mak, volver a reunir a la familia completa.

Con el dulce deseo de verles a todos juntos, sus ojos se fueron cerrando. Fue al fin, contra todo pronóstico, cuando se quedó dulcemente dormido.

Y soñó. Volvió a repetir la experiencia de algo más de veinticuatro horas antes: se encontraba en el páramo meriánico, en el infinito vacío de sus llanuras, en lo alto de una única pero enorme montaña. El vendaval, el vendaval que giraba violentamente en torno a él estaba también ahí. Sin embargo, esta vez Ian estaba atemorizado, porque sabía que acabaría mal, como la otra vez.

Y volvió a ocurrir. La oscuridad. Seguía girando el vendaval. Y aún en la oscuridad, Ian notó que todo empezaba a dar vueltas, en un psicodélico remolino, abstracto, que se tragó la realidad. Hubo una explosión de imágenes.

Psicodelia. Las formas eran grotescas; los colores, agresivos; los movimientos, bruscos y frágiles. Era confusión, caos, desorden absoluto, terrible.

Se vio entonces atraído por un punto de un intensísimo negro, que destacaba entre lo demás, pese a su diminuto tamaño. Sintió agobio, agobio y más agobio, una angustiosa opresión, mientras le succionaba hacia quién sabe dónde. Sintió, más allá de morir, que se estaba borrando del mundo, que no quedaría ni rastro de él...

Segunda parte

15

Euni despertó repentinamente, alterada. No recordaba haber soñado nada, pero se sentía agobiada.

No había ninguna ventana, por lo que la oscuridad era absoluta. Pero, tras estar un minuto recostada, notó un extraño y acre olor. Su intensidad era tal que se le erizaron los pelos, y, tratando de encontrar una explicación, se levantó y encendió la luz.

Sintió que perdía el conocimiento, y el golpe despertó a Mak.

El joven se levantó bruscamente, en guardia por el grito. Esperando encontrarse con algún desconocido, vio a Euni derrumbada en el suelo. Y, tras mover la cabeza, pudo ver como un hilillo de sangre se deslizaba hacia adelante: no era de la chica. Temiendo lo peor, lo siguió con la mirada, lentamente, hasta que pudo ver cómo, encima de la cama, él tenía la mirada perdida, y notó la ausencia de su respiración.

Ian tenía un cuchillo clavado en el pecho, atravesando su ahora inerte corazón.

El shock fue tal que no pudo articular una palabra, no pudo emitir ni el más leve grito: tan solo las lágrimas pudieron brotar. Trató, desesperado, de despertar a Euni, pues sí que había percibido cómo aún sus pulmones funcionaban.

Le dio la vuelta, sin demasiada delicadeza. No tenía ninguna herida, gracias a Dios. Poco después, ella abrió lentamente los ojos, y muda, le abrazó. Con todas sus fuerzas, fue capaz de decir entre lágrimas:

—Cógelo: nos vamos.

Mak, como si de fantasía se tratase, no vaciló. Se levantó, le quitó a su hermano el puñal —lo cual provocó que saliera algo más de sangre—, lo depositó en otra cama y lo cogió en brazos.

—No puedo —adivinó Euni que decía entre el llanto.

—Solo dame una mano.

Euni le tendió la suya, y el chico se la cogió. Sintió una pequeña bolita, más pequeña que una canica, que estaba francamente fría. Inmediatamente, la triste y desconocida estancia en la que aquel acontecimiento había ocurrido se quedaba atrás. Una luz intensísima les cegó por un instante, y aparecieron en un verde bosque, bajo la característica penumbra de la Luna.

Estaban en el suelo, sobre el tapiz verde que la hierba formaba en un claro del mismo.

Mak posó el cadáver de su hermano a su derecha, y Euni, a su izquierda, le cogió del brazo. Olvidándose de cualquier pregunta que pudiera acosar sus mentes en cualquier otra situación, los dos rompieron a llorar, y a gritar, y a chillar, y a hacer todo aquello que deseaban al ver, impotentes, como un hermano y amigo se había muerto repentina e injustamente.

Qué conmovedor cómo, sin dudar lo más mínimo, supieron qué hacer, cómo querían a su compañero, cómo sufrían. Terrible. Pero bueno, no me disgustó más de lo normal: estoy acostumbrado a matar personajes. Aunque, si bien son solo letras e ideas, no puedo evitar sentirme un poco asesino.

Unión, necesitarían.

Fue sorprendente la rapidez con la que se durmieron. Abrazados, tratando de consolarse mutuamente, llegaron a un punto de dolor y cansancio que, exhaustos, no pudieron evitar que sus ojos se cerrasen. Mejor: la noche pasaría más rápido. Porque eran aún las tres de la mañana.

Y cuatro horas estuvieron así, hasta que el Sol surgió por el este. Despertaron simultáneamente, con la sensación de que había sido todo un sueño. Pero sabían que no.

Decidieron enterrarle. Era lo mejor que podían hacer, al menos darle un lugar donde reposar. No obstante, sin hacer ruido alguno, un pequeño hombrecillo de un metro y cuarto de altura aproximadamente apareció de quién sabe dónde.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Mis condolencias —dijo serio, educadamente—. No pude llegar antes, lo siento —y entonces vieron, atónitos, como el entrañable desconocido lagrimeaba.

Los chicos mostraron su agradecimiento con una triste mirada que, eso sí, supo entender a la perfección.

—Tranquilos, lo llevarán a un sitio mejor. Por el momento, traeremos a vuestro padre. Necesita saber de esta trágica noticia.

No rechistaron. El hombre les inspiró confianza, y le dejaron hacer lo que estimase oportuno, limitándose a no protestar. Otros tres hombrecillos y una mujer, algo más alta, aparecieron y se llevaron a Ian.

—Seguidme.

Se pusieron en pie y siguieron los breves pero rápidos pasos del pequeño hombre.

Caminaron durante una media hora, atravesando pasos ocultos entre los árboles y sus enlazadas ramas y otros escondidos lugares.

Llegaron entonces a otro claro, bastante mayor, en el que dos docenas de pequeños hombres y mujeres correteaban de un lado a otro. Parecía que ocurría algo: estaban recogiendo las tiendas que tenían allí montadas sin demasiado orden. Uno de ellos tropezó y cayó de bruces en la tienda más cercana a nosotros. Estaban nerviosos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —preguntó nuestro compañero a ese mismo en cuanto se incorporó.

—¡Langostas! Matit las vio de lejos cuando fue a recoger agua. Vienen lento, pero estarán aquí en un cuarto de hora.

—No entiendo aún porque les seguís teniendo pánico después de tantas plagas más que hemos padecido. No pasa nada, haced lo de siempre.

—¡Oh, no! No es como siempre: obviando el hecho de que vienen junto a unas asquerosas ranas azules y rojas, las langostas forman una nube que nubla la luz. Me temo que es la peor que hemos padecido jamás.

Seguimos adelante. El hombrecillo, a la cabeza, pensaba y hablaba en voz baja.

—Rojas y azules, rojas y azules. Eso es que son venenosas. Venenosas.

Se paró en seco.

—¡¡Rápido, rápido!! —dijo alzando la voz hasta un punto que no solo era exagerado para lo que cabría esperar teniendo en cuenta su estatura, sino que incluso nos hizo dar un brinco— ¡El que tenga sus cosas preparadas que vaya ya bosque adentro! ¡Hacia la Bóveda! ¡Rápido, rápido!

Me dije que lo único que les faltaba a semejante grupo de individuos era que les metiesen más prisa, pues el caos sería aún mayor. Aun así, se mantuvo igual. Siguieron tropezando de vez en cuando.

Un par de minutos después incluso los más rezagados habían recogido ya todo, y con algún moratón y alguna

magulladura llegaron a la Bóveda, en la que ya estábamos nosotros.

La Bóveda estaba formada por la unión de los árboles, curvados en lo alto, formando una semiesfera. Sin embargo no estaba cerrada: las ramas eran como los radios de una rueda, dejando huecos entre ellas. Por ahí entraba la gente y, claro está, entrarían las langostas y las ranas venenosas.

—Enhorabuena. Hemos logrado llegar todos a tiempo —exclamó nuestro hombre a la pequeña multitud—. Ahora, ya sabéis: a esperar.

He de reconocer que, debido al movimiento que se había generado, me había olvidado de Ian: no así Euni y Mak, que estaban ciertamente preocupados por el cadáver del chico, al que ya solo le faltaría que fuese alimento de esos horripilantes y no menos repugnantes bichejos. Pero no: reposaba entre un montón de hojas en el otro lado de la cúpula natural. Era sorprendente la enmascarada eficacia de aquella gente, y me compadecí una vez más de los chicos. Los sucesos se estaban sucediendo demasiado rápido, y trataban de asimilarlos lo más rápido posible. Admirable, teniendo en cuenta el estado de humor que debían tener.

Recordé entonces que no era mi labor lamentarme por las desgracias de los personajes, así que traté de prestarle atención al hombrecillo.

—Como siempre, esperaremos aquí el tiempo que haga falta; mas me han informado de que la plaga de hoy no es como las de siempre, por lo que tenéis que contar con algún imprevisto. Pese a todo, tengo la certeza de que la Bóveda nos protegerá sin problema. Como tantas veces antes, tan solo os pido paciencia. Muchas gracias por la rápida actuación y vuestra atenta mirada.

Aunque no tenían demasiado ánimo, Euni preguntó sin demasiada curiosidad como era eso de que la Bóveda les protegería. Desde luego no lo iba a hacer físicamente, porque por los huecos que había entre los troncos de los árboles que la conformaban no cabría solo una langosta, sino incluso podría pasar un elefante.

—La ley natural. Aquí en el Bosque Yúnnico es la Naturaleza quien tiene el dominio absoluto. Permanece virgen no por respeto de los humanos, sino porque sencillamente no podemos atacarlo. Uno de los pocos reductos que el ejército natural defiende a capa y espada. Y en este territorio imperan sus normas. La Bóveda es territorio neutral según la Ley.

Creí entenderlo, aunque la información fuera tan abstracta.

—¡Tem, Tem! ¡Falta Tem! —dijo una mujer repentinamente, a unos cinco metros de distancia.

Hubo un murmullo entre la multitud.

—¡A por él! —gritaron media docena de personas.

—¡Qué no se mueva nadie! —exclamó el hombre— ¡La plaga ya está ahí, se ha adelantado! —y vimos como aparecía un par de langostas de tamaño de conejos entre uno de los huecos, para posteriormente rodear la Bóveda.

La gente contuvo la respiración. Tenían miedo. Siempre lo tenían, aunque el líder tratase de tranquilizarles. Y además, temían por el tal Tem.

—Roguemos por él —dijo en voz baja.

Llegaron una decena de ranas muy coloridas, y alguna langosta más, que al igual que las primeras, rodearon la cúpula. No parecía que fuese a haber problemas.

Tal vez medio minuto después empezamos a oír un intenso y vibrante zumbido que fue haciéndose más fuerte, haciendo que se volviese un tanto molesto. Una auténtica desbandada de langostas lo cubrió todo afuera, no pudiendo ver más que la esquelética estructura de la cúpula. En definitiva: una realmente increíble cantidad de bichejos lo pobló todo e impregnó de repugnancia a los resguardados espectadores.

Un espectáculo asqueroso que duró demasiado. Media hora. Llegaron a relajarse, y desapareció la tensión hasta cierto punto —aunque deberían haberse preocupado por la “extensión de la plaga”. Estaba atento a Mak y Euni, que tenían la mirada alarmanamente perdida, cuando noté que el zumbido disminuía y que las langostas y las ranas se iban retirando.

Nos quedamos todos boquiabiertos. Habían arrasado. Tan solo quedaba el tronco de los verdísimos y no menos frondosos árboles que rodeaban la Bóveda. Otro mal presagio tras la granizada y el anochecer repentino.

Estaba tan agobiado por todo que no reparaba en detalle alguno desde hacía horas. La granizada, la salida prematura del Sol, la lluvia torrencial y, para acabar, la destructivísima plaga, obviando el hecho de que teníamos un cadáver a pocos metros, hicieron que la situación de ensoñación se acentuara en mí mismo. Tenía muchas contradicciones en la cabeza, demasiados cabos sueltos, muy revueltos, pero sobre todo ese agobio.

Además, ¿para qué narices estábamos en el Bosque Yúnnico?

Pero lo que pasó después fue demasiado, y es que tras un instante volvieron a desaparecer y se transportaron sabe Dios por qué y sabe Dios a dónde. Mak y Euni, asustados, no fueron capaces de articular palabra.

Estaban en un rincón oscuro, pero no olvidaban que ya hacía una hora y media que había amanecido. Habían dejado atrás a Ian, pero no estaba la situación para demasiados sentimentalismos, así que caminaron hacia adelante, pues veían un leve resplandor allí al fondo.

Salieron a una calle vacía pero muy clara, y la luminosidad les cegó por un instante. Habían aparecido en un estrecho y oculto callejón.

Caminaron por el lugar para tratar de reconocer dónde estaban. La calle desembocó a la izquierda en una pequeña plaza, en la que estaban tendidas decenas de sábanas del mismo blanco inmaculado de los edificios, que acentuaron la sensación de frescura. La arquitectura de las viviendas recordaba a la de Pirin, Lae o la misma Yark, siempre típicamente marineru. Dedujeron por ello —y también por el inconfundible olor a salitre— que estaban muy cerca de la costa. Cruzaron la blanquecina plaza, y tras perderse en un laberinto se encontraron vislumbrando el emplazamiento desde un pequeño pero maravilloso mirador.

Al fondo se extendía el ancho mar, que continuaba a izquierda y derecha. Estaban en una ancha pero no demasiado alta montaña, y la villa entera se encontraba allí, escalonada en la ladera. Asimismo pudieron vislumbrar al este unos coloridos cultivos, además de pequeñas huertas entre los bastante apretados edificios.

Euni no fue capaz de deducir dónde se encontraban, pero Mak había leído cierto artículo sobre el lugar y lo sabía a ciencia cierta. Por tercera vez desde que habían partido llegaban una isla. Primero la de Lenai, después Renui, y ahora, la deliciosa, calurosa y amable isla de Cretios. Habían llegado a la República de Ur-Cret, al norte de Yark.

Tanto salto espacial por Yunnia acabaría por desorientarles, pero se sintieron a gusto estando al fin solos, libres de gente desconocida y sus asquerosas artimañas. Sin Ian, sí, pero su cadáver no iba a resucitar, y ellos sí que vivían.

Aventurando que faltaría mucho tiempo para que aquella vorágine de sucesos llegase a su fin, siguieron caminando. A la izquierda vieron una empinada cuesta que descendía. Tratarían de llegar al puerto. Mientras se acercaban poco a poco hacia allí, se encontraron con media docena de esas huertas, y no pudieron resistir la tentación de coger alguna hortaliza o fruto que llevarse a la boca, porque además de que tenía una pinta deliciosa —y que resultó ser buen aviso del delicioso sabor—, llevaban casi medio día sin comer nada. Esperaban no les importase a los villanos que desapareciesen un par de piezas de sus cultivos.

La ciudad seguía estando vacía, lo cual les extrañó notablemente. La claridad del día contrastaba con la quietud de las calles: ni tan siquiera una mísera gaviota se atrevía a quebrarla. Mak recordó otro detalle: en Ur-Cret el día de descanso era el sábado. Pero Euni se dijo que si tantos y tan terribles acontecimientos habían tenido lugar, más bien estarían en sus casas escuchando la radio y atentos a cualquier novedad.

Estaban absolutamente desinformados. No sabían que ocurría en su propio entorno, como para saber qué ocurría en el mundo entero. Pero, aún sin saber dato alguno de la situación mundial, se respiraba un ambiente de cierta tensión e incluso quietud bélica. En definitiva: parecía que había toque de queda.

Tras una larga caminata llegaron por fin al puerto. Pero tampoco: siendo ya las nueve de la mañana, seguía sin aparecer nadie. El amplio espacio, ya a plena luz del día, parecía ciertamente paranoico. Ese mareante e impoluto blanco agobió a Euni, hasta el punto de hacerla sentir mal.

Mientras, Mak detectaba que empezaba a hacer demasiado calor. Temiendo otro repentino cambio del tiempo, se puso también nervioso.

En definitiva: ambos acabaron histéricos. No soltaron ni una palabra, pero sus miradas lo decían todo. Parecían estar padeciendo una pequeña locura. Me dije que los pobres chavales acabarían por reventar si no cesaba tanto movimiento, pero es que la muerte —y pérdida literal— de Ian había sido demasiado.

Acabaron por volver a llorar. Me estaba empezando a hartar de tanta emotividad. Acabarían contagiándome la tristeza, y no quería pasar por eso, no a esas alturas.

La temperatura seguía subiendo. Empezaron a deslizarse las primeras gotas de sudor por sus frentes. Gracias a Dios, una persona cubierta por una especie de manta marrón apareció de alguno de los edificios. Era voluminosa, pero caminaba con sorprendente soltura. Los chicos dejaron de sollozar y se quedaron mirando atontados cómo se acercaba. Cuando lo hizo les susurró, con voz fina pero masculina:

—¡Rápido! Poneos esta manta y seguidme cerquísima. ¡Presto, presto!

Les tendió otras dos mantas que tenía dentro de la suya. Se las pusieron rápidamente, y vieron aliviados cómo disminuía la temperatura. Parecía que las mantas quitaban el calor, y, además, tenían cierta transparencia que les permitía al menos ver por dónde iban.

Para no desobedecerle le siguieron tan deprisa como pudieron. El desconocido les dirigió por un pequeño callejón oculto entre dos grandes edificios, y entraron en una pequeña puerta.

16

—Ante todo, siento la pérdida de vuestro hermano. Habíamos oído hablar todos muy bien de él.

—¿Tan conocido era? —dijo Mak sorprendido.

—Así es. Es un héroe hecho mártir. Un chico capaz de desafiar a los Escondidos para su destrucción.

“¿He oído bien?”, se dijo Euni, “¿destrucción? Me temo que no tienen una imagen real de Ian. A saber todo lo

que habrá estado ocurriendo en torno a nosotros mismos durante estos días”.

—¡Tres hurras por Ian!

“Cómo odio esas sonoras muestras de compañerismo masculino. ¿No podían callarse la boca?”.

—¿Se puede saber dónde estamos? ¿Y por qué?

—Veamos, jovencuelo. Estáis en la maravillosa y cálida isla, la única donde podréis...

—Sí, sí, Cretios. No estamos para detalles.

—Más concretamente en Ushtin, ciudad de pescadores, de extensas y...

—¿Cómo demonios le hemos de decir que no nos interesa lo más mínimo lo bello o increíble que sea este lugar?

¡Por favor, vaya al grano! —Mak ya se había alterado, y había elevado demasiado la voz.

—De acuerdo, de acuerdo: estáis en un modesto pub crético, y hemos recibido la orden de cuidarles.

—Eso ya está mejor —dijo Euni al fin, exasperada—. Como comprenderá no tenemos mucho ánimo, así que agradeceríamos que no nos agobiasen —pidió sin la menor delicadeza.

—Ya, chicos, ya sabemos que lleváis todo el día sin parar. Situación de emergencia en el Bosque Yúnnico, por eso desaparecisteis.

—¿Emergencia? ¡Si no pasó nada!

—Cuando os encontrabais allí. Pero justo después reapareció esa plaga y los engulló a todos —expresó el tabernero con demasiado detalle pero sin saña alguna.

—Personalmente agradecería que accediera a explicarnos qué está pasando en el mundo, porque aunque estemos absolutamente desinformados de noticias precisas y reales, sabemos que las cosas no pintan nada bien.

—Supongo que ayer os pilló la terrible granizada. Ciento noventa y cinco fallecidos por los golpes, y otros tantos desaparecidos. La curiosidad mató al gato, que dice el refrán, y es que, pese a ser de noche, nadie pudo evitar salir a ver el Sol amanecido a las pocas horas de la madrugada.

—Más. Sea conciso, háganos ese favor.

—Inundaciones en Eveull, tormentas de arena en Misrae, olas increíbles en Pugnus —el Mar Joven, al noroeste— y Ossiskel —el Océano Oeste—, incendios en los Bosques del Este, plaga destructiva en el Bosque Yúnnico y, en estos momentos, disturbios por toda Yunnia, en especial en las capitales, que están siendo sofocados con rapidez.

—La situación es, por lo que veo, terrorífica. Por suerte aquí no ocurre nada.

—Qué más quisiéramos. Ni tan siquiera en la isla de Min estarán tranquilos. Resulta que en Lain —ciudad donde se encontraba el más importante centro meteorológico del mundo— han pronosticado la llegada de rayos solares nocivos. Hablan de úlceras y cánceres en quien esté en contacto con ellos. Por eso fui con las mantas marrones, porque, según habían dicho, poco después esos rayos hubiesen ya empezado a dañarlos.

“Eso explica que las pocas ventanas que tiene el pub estén cerradas. La amenaza es incluso invisible”.

—¿Y quiénes se supone que son ustedes? —preguntó Mak con cortesía, tratando de contrarrestar los gritos de antes.

—Solo ciudadanos de a pie enterados de más cosas de lo común.

“Si eran en verdad simples ciudadanos, ¿cómo hablan con tanta naturalidad de los Escondidos? ¿Qué ha ocurrido para que ese tema haya pasado al ámbito público?”.

—“Radio General Yúnnica, Solo noticias. Son la nueve y media de la mañana” —soltó el enorme transistor que había sobre la barra, acallando el murmullo de los clientes— “Es nuestro deber recordarles de nuevo que no deben salir de sus casas hasta aproximadamente las dos de la tarde, evitando cualquier exposición a la luz solar, que como les informamos, causará efectos nocivos sobre la piel”.

»“La situación actual es crítica. Mientras medios oficiales hablan ya de doscientos cuarenta muertos por la granizada, agencias privadas aseguran que la cifra se eleva hasta el millar de fallecidos; sea como sea, más de ocho mil heridos están siendo atendidos por los servicios sanitarios de todos los países, que se encuentran colapsados. Al caos natural que se está viviendo en toda Yunnia hay que sumarle otra nueva catástrofe: una plaga de colosales dimensiones ha arrasado, según las primeras informaciones, las dos terceras partes del pulmón mundial, el Bosque Yúnnico, causando la desaparición de varias tribus indígenas de la zona. Pese a todo, las labores de rescate se han paralizado por el problema solar”.

»“En efecto, nuestro deber es informarles, pero los servicios informativos se están viendo afectados por el mismo motivo, y no podrán ofrecer todos los datos a la velocidad que quisiéramos. Ni tan siquiera los Escondidos dan tregua cuando la situación es crítica y tanta gente perece. Una prueba más de que debemos eliminar semejante lacra de la sociedad.”

»“Las autoridades siguen al pie del cañón, buscando cualquier Escondido capaz de mostrarse en público. El mensaje oficial lo ha transmitido la Presidenta del Comité de Naciones”

»“Instamos a los ciudadanos a que se queden en sus hogares, dejando actuar a las Fuerzas de Seguridad del Estado de sus respectivos países. Mientras se cumpla esta condición, garantizamos el bienestar de todos los habitantes de Yunnia. Recomendamos también prestar atención a las emisoras de radio que retransmitirán cualquier novedad. Se

declara, además, el Estado de Excepción, por consenso de los representantes de los nueve países Yúnnicos y las dos federaciones libres yúnnicas. Repito: deben permanecer en sus hogares, y no ocurrirá nada. Tranquilidad”.

»“Esas han sido las palabras de la Presidenta del Comité de Naciones, Eraïma Yáinz, a la que todos los Jefes de Estado y de Gobierno han decidido ceder la voz. Mensajes de tranquilidad para los ciudadanos que tratarán de calmar los humos de las revueltas que están teniendo lugar en Pirin, Gis y Renai, que ya han sido disueltas por la Guardia Local de cada población ante el peligro que supone la exposición solar”.

»“Sale ya y llega ahora. Viter Ferrys interoceánicos”...

“Hay que fastidiarse: en situación de caos y siguen emitiendo la publicidad de rigor...”

—¿Desde cuándo son los Escondidos noticia?

—¡Veo que estáis muy desinformados! Hace una cuatro días salieron a la voz pública de mano de la misma Yáinz, con el apoyo también del resto de representantes, informando de la amenaza. Todos los pueblos de Yunnia están en contra de los Escondidos, al menos oficialmente. El anuncio causó conmoción, claro, y aún hay gente escéptica que no se cree que aquellos personajes de cuentos de su infancia sean reales, pero así es...

—Vamos, mójese. ¿A qué se debe mantener una posición tan neutral?

—Entre nosotros: no puedo decirlo en alto porque echaría el negocio a perder, pero no estoy de acuerdo con estos borregos. Yo sé realmente que la actuación de los Gobiernos está siendo una chiquillada, porque jamás los Escondidos nos han hecho daño. Además, vete a saber, puede que incluso haya alguno que otro metido en el propio Comité de Naciones.

—Es francamente sorprendente todo lo que está ocurriendo. Una sociedad que jamás había creído en magias ni demás supercherías ve como cosas inexplicables científicamente acontecen ante sus narices. Por no hablar del caos que ha surgido.

—La situación es francamente inestable. La política es débil, la gente tiene miedo y los jóvenes se rebelan. Mientras, los cuerpos de seguridad se dedican a cazar Escondidos (sin éxito, por cierto).

—Me siento como si estuviese presenciando el fin del mundo —sentenció Mak.

—Francamente, Mak, no sé ya en quién confiar. No sé si estos hombres son de buena fe, o si estamos metidos aún en esa red de acontecimientos catastróficos. Hemos perdido a Ian, y no tenemos a nadie que nos ayude. Aunque por lo menos nosotros dos estamos aún a salvo.

—Eso es lo extraño: aún vamos logrando hacernos camino en cualquier lugar. Siempre aparece alguien, alguien que desconocemos absolutamente. Pero resulta que nos conocen. Hemos recorrido media Yunnia para llegar a un punto en el que ya ni nos acordamos de a qué veníamos.

—Pese a todo, tenemos el trozo de la Llave. Y otro está robado. Sea como sea, está descentralizada, y sin nosotros no podrán tenerla en su integridad, aunque creo que no les costaría demasiado hacerse con la nuestra.

—Muertes, robos, objetos y lugares legendarios, caos, rebeliones, intriga y misterio. Me parece que a nuestra historia le falta una pizquita de humor.

—Me da miedo pensar en lo que nos queda. Hace menos de medio día estábamos en Ineae. Luego Rai. Y Bosque Yúnnico. Finalmente estamos aquí en Ushtin, tan ignorantes como siempre. Francamente: maldita la gracia que tengo de seguir con esta mierda de aventura. Al principio podría ser interesante, pero ahora me parece horrible. Y no sé si terminará.

—Euni... Acabo de recordar una cosa. ¿Los Sabios no te advirtieron de nada?

—¡Vaya! Me he olvidado por completo de ellos... Bueno, me temo que se callaron lo de Ian. Pero me dijeron que hiciese lo que me pedían.

—¿Y qué te pidieron exactamente?

—Muy sencillo: dejarme llevar.

“¡No me esperaba esa respuesta!”

—¿Te apetece que nos demos una vuelta más por Yunnia? Sé un sitio donde tal vez nos reciban bien. Ya va siendo hora de que haga empleo de mis ahorros.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media ya.

—Menos mal que el tabernero nos deja pasear por aquí. Me da a mí que si no fuese por eso nos quedaríamos en Cretios un buen tiempo.

—Hemos tenido suerte. Maletas no tenemos —habían desaparecido con lo puesto—, pero contemos con que él nos deje ropa. Así que con lo puesto, cambiamos de lugar por tercera vez en un solo día.

—Esperemos que no haya algún problema ahora...

—Allá vamos.

—Lo acordado ¿no?: 50 céntimos de ertabio hasta Inaes.

—Por supuesto, chicos. Espero que vayáis cómodos en mi humilde barco.
—Descuide. Gracias por todo.

17

Aproximadamente a las ocho de la tarde, cuando ya el cielo se teñía de escarlata, Mak y Euni llegaban a Inaes, capital de la modesta República Húmeda de Kiad, vecina de Reish, que, no olvide el lector, era el país de nuestro difunto protagonista. Lugar tranquilo, la discreta ciudad era sencilla y silenciosa aun siendo tan pronto.

La travesía en barco les había sido incluso agradable. El marinero, que podríamos definir como taxista, era un simpático hombre de unos cuarenta años que no dudó en darles conversación. La pequeña embarcación era cómoda, y lo suficiente grande —y estable— como para levantarse y estirar las piernas en la cubierta.

Ahora debían coger un carro que les llevase allí. Habiéndole pagado al buen hombre, corrieron para coger el primero, pues pretendían llegar a casa antes de que fuese noche cerrada. Asegurándose de que el barquero no les había visto montar en el carruaje, el conductor siguió las indicaciones dadas por Mak.

Tras una hora en la que los caballos pudieron ir casi al trote llegaban ya allí. Tras despedirle y esperar una vez más hasta que se perdiese de vista, se metieron en el bosque y caminaron unos veinte minutos, en los que, pese a que ya había anochecido casi por completo, pudieron ver bien por dónde ir. Euni pasó cierto miedo al estar en la foresta, pero aun así se mantuvo en silencio y siguió al chico con paso firme.

Cuando iban a dar ya las diez en punto de la noche, llegaron al claro. En él había una bonita y grande cabaña de dos plantas, hecha tan solo de madera, tan típica de los Bosques del Este. Al parecer el habitante aún no se había acostado, pues en la estancia cercana a la entrada estaba todavía la luz encendida. Mak se adelantó y picó a la puerta.

Tras escuchar pasos, vimos como se abría y aparecía un hombre voluminoso con cara de buena persona, que nada más ver a su sobrino le abrazó con tantísima fuerza que incluso el chaval se resintió. Ysir, el tío de Mak —e Ian— les recibió con mucha cortesía y no menos cariño. Tras indicarles que entrasen y se sentasen en el sofá, desapareció unos segundos.

Habían decidido ir con este familiar suyo tratando de escapar —tal vez inútilmente— de los Escondidos y demás tramas secretas en torno a la Misión. Los planes habían salido francamente bien, y con suerte se librarían de tanto movimiento para siempre.

Mak estaba llorando, y Euni, al verlo, no pudo evitar soltar alguna lágrima. Volver con su familia ni tan siquiera veinticuatro horas más tarde de que Ian hubiese muerto debió de ser duro. Pero si algo fue triste de verdad, ese momento fue cuando Ysir volvió acompañado por Hush, el padre que había perdido a su hijo y que aún no lo sabía.

Ese sí que fue un abrazo intenso. Hush corrió para aferrarle entre sus brazos, cerciorándose de que estaba bien y allí, pero sabiendo que algo había ido francamente mal al notar de inmediato la ausencia de Ian. Cuando el hermano mayor susurró al oído de su padre la muerte del chico, Hush le abrazó con aún más fuerza, y rompió a llorar también —lo cual, sumado a los sollozos del tío, hacía que todos estuvieran en la misma situación.

Sin madre, sin hijo. Pero le quedaba uno. Rogaba a los ancestrales dioses que no les pasase nada a los que aún quedaban a su lado. A Hush se le estaba partiendo el corazón, y se sentía débil ante aquellos titanes que, sin motivo aparente, manejaban lo más importante de su vida.

—Ysir, muchas gracias por acogernos y ayudarles de este modo —dijo Euni de corazón mientras tomaba la taza de leche caliente.

—Es lo mínimo que podía hacer. Hush me ha contado todo lo sucedido, y en lo único que puedo ayudaros es en daros una cama y comida. Aquí tendréis siempre sitio.

—Lo están pasando mal. Yo me he llevado un shock tremendo, pero es que era su hermano. Verlo con el puñal ha sido... terrible.

—No lo dudo. Es una pérdida muy grave. Siempre quisimos con locura a Ian. Tan atento, tan educado, tan inteligente. Tan cariñoso. Todos le echaremos de menos.

—Ya sabes, yo le conozco de apenas una semana, pero he de reconocer que ya me había ganado. Es un chico al que admirar. Envidiaba su integridad, su entereza. Aprovecho a pedirte disculpas por haber perdido su cuerpo. Desaparecimos sin más, y no pudimos hacer nada por evitarlo.

—Hija, un cadáver es sólo un cadáver. Ian está muerto, e hicisteis lo que debíais hacer. Erais vosotros los que estabais en peligro. Hubiese querido que su cuerpo estuviese aquí, para darle sepultura, pero más me alegro de que al menos vosotros dos os encontréis a salvo. Anda, acábate la leche y acuéstate ya, que también tú necesitas un poco de descanso.

—Solo me preocupa que ellos estén bien. Espero que duerman y que puedan afrontar un nuevo día con algo más de energía.

—Tienes un gran corazón. Ojalá mi pequeño hogar sea suficiente para acogeros por el tiempo necesario. Para mí es una satisfacción ofrecérselo. Gran idea la que tuvo Mak de venir aquí.

—No sabes lo agradecida que estoy. Aquí me siento segura, y eso no tiene precio viendo los tiempos que corren.

—¿Qué tal pasaste la noche? —preguntó Euni con interés.

—No muy bien, ya te lo puedes imaginar. Me estoy acostumbrando a tener demasiadas cosas en la cabeza, pero lo de Ian ha sido demasiado. Verle así me ha hecho mucho daño.

Me pareció muy afortunado que Mak no optase por reprimir sus sentimientos. Seguro que hablarlo le serviría de liberación, y le ayudaría a asumir la muerte del hermanísimo.

—Sé que no sirve de mucho, pero si quieres algo no dudes que aquí me tienes para lo que quieras.

—Muchas gracias, pero no necesito más. ¿Sabes? Todo esto que ha ocurrido me ha fortalecido, y podré superarlo. Ian me hubiese dicho que lamentarlo no sería nada productivo. Más vale que nos preocupemos de lo preocupable, y no de algo que ya no va a volver. Debemos seguir adelante, y confío en que mi tío ayude a papá.

—Un gran hombre. Nos abre sus puertas aún sabiendo el riesgo que corre.

—Siempre lo ha sido. Le tengo mucho aprecio. No le he visto a lo largo de estos años todo lo que quisiera (por la distancia, y eso), pero tengo grandes recuerdos con él.

—Estoy segura de que durante el tiempo que permanezcamos aquí podremos relajarnos y vivir a gusto. En guardia, por si las moscas, pero sin demasiadas preocupaciones.

—El lugar es idóneo. Parece que Yunnia nos muestra sus encantos allá adonde vamos.

Tenía razón. El Refugio, Ine-in, las múltiples ciudades —embaucadoras y hechizantes—, y ahora aquel paraje en el corazón del bosque, silencioso, apartado de todo, donde la Naturaleza tejía sus ramas —y nunca mejor dicho— con total libertad, respetando tan solo la casa de madera.

—Por cierto, parece que nuestro mundo nos ha dado tregua, ¿eh? Ni granizos, ni amaneceres demasiado madrugadores...

—... ni plagas ni calor asfixiante. No me lo recuerdes, anda, que estamos ya bien así.

Ella tenía la mirada fija en los ojos del chico. Ese intenso color azul mostraba ansia de seguir adelante, de no rendirse. Se sintió atraída por su fuerza interior, pero parpadeó, y le abrazó como lo que era: una amiga dispuesta siempre a ayudarlo. Mak no pudo evitar sollozar mientras la agarraba con fuerza. Necesitaba alguien en quien apoyarse.

—Eres admirable. Sacas fuerza de debajo de las piedras, y aún mantienes ese tonillo burlón del primer día. Eres un chico fuerte, ¿lo sabes?

—Comprendes que es mucho ¿no? Del día a la mañana aparezco con mi familia absolutamente separada. Mi madre, secuestrada; mi hermano, muerto; mi padre, solo. No sé hacia dónde he de caminar, cuál va a ser la próxima prueba que me pondrá la vida. Me gustaría quedarme aquí por la eternidad, olvidándome de lo exterior, manteniéndome resguardado para no perder nada más.

—No llores —le dijo con una sonrisa, mientras le quitaba las lágrimas con los dedos, con suma delicadeza—. Tú mismo lo has dicho: no sirve de nada. Vive, que es lo que él querría.

Euni se levantó de la mecedora. El porche era uno de los mejores lugares de la vivienda, y también uno de los más cómodos. Silenciosamente, dejó allí al chico con sus pensamientos. Estaba convencida de que se había ganado su confianza como para pedirle todo aquello que precisara.

Ya dentro, sentada en un sillón del grande y vacío salón, se paró a pensar en sí misma.

Se habían separado por completo de cualquier misión. Ni la original —la de los Ínclitos—, ni la de la Llave, ni la que supondría rebelarse con ambas. Ni tan siquiera la marcada por los Sabios parecía que tuviese ya sentido después de la muerte de Ian.

La verdad es que ya nada tenía sentido. ¿Quién había sido el asesino de Ian? ¿Qué motivos tenía para matarle a él y no a ella? No era una cuestión de poca modestia: realmente ella era técnicamente igual de importante que él, y en teoría él no poseía nada de valor —en cuanto a información o algún objeto valioso— que ella no tuviese. De hecho, el trozo de Llave que tenían estaba custodiado por ella.

Recordó a sus padres. Su madre estaría, como siempre, bajo las autoritarias órdenes de su padre, encerrada en casa. Era otra mujer sufridora. A veces no podía evitar sentir auténtico odio hacia su progenitor por cómo la trataba. Además de los golpes, tenía que soportar cómo se metían en temas escabrosos, o lo que es peor, cómo metían a su única hija en el ajo.

Gran mujer. Sinceramente, Euni no guardaría rencor alguno a su madre si les hubiese abandonado —a ella misma, incluso— por huir de semejante tirano. Aun así, prefería quedarse al lado de la persona a la que más quería, a su hija, resistiendo lo que hubiera que resistir.

No sentía pena alguna de haberle chafado los planes a su padre. Es más, se alegraba. Confiando en que no tomase represalias con su esposa, Euni siguió divagando durante largo tiempo. Mak no era el único que necesitaba

poner en orden sus pensamientos.

Los días pasaron sorprendentemente sin problema alguno. Tuvieron tiempo para reflexionar, para relajarse después del anterior ajetreo. Más de una vez Euni se sentó en una butaca afuera, en medio del claro, para leer algún libro prestado de Ysir mientras escuchaba la agradable banda sonora que componían los sonidos del bosque y los suaves cantos de las golondrinas.

Nadie más se había acercado al lugar. Nadie. Los cuatro habían podido disfrutar de la más absoluta intimidad —y seguridad. Aun a sabiendas de que no estaban lejos de la civilización, se sentían a miles de kilómetros de ella.

Pero eso no implicaba que dejaran de preocuparse por la situación de Yunnia. Ysir tenía también una radio, y escuchaban atentamente las noticias todos los días a las tres y las ocho de la tarde. Por el momento, no había ocurrido ninguna catástrofe natural, pero se había agravado el ánimo social. Miles —millones, me atrevería a decir— de yúnnicos estaban saliendo a las calles a protestar por la desinformación y el caos. Al fin habían abierto los ojos: ni los Escondidos eran los buenos ni eran los malos. No tenían a nadie en quién creer. Los políticos se preocupaban tan solo de reforzar relaciones diplomáticas, y los ciudadanos veían que cuatro firmas no iban a impedir que se siguiesen violando sus derechos.

Y es que, por si fuera poco la encubierta censura que se estaba llevando a cabo, las fuerzas de seguridad se encargaban también de violar el derecho a manifestarse, reprimiendo por la fuerza toda congregación inconforme con la situación política internacional.

Por suerte, y dando muestra de que los humanos acaban llegando siempre a las mismas conclusiones, cierto grupo de disidentes se había organizado por toda Yunnia y había conseguido los medios suficientes como para emitir su propio canal de radio, lanzando al aire la verdad sobre los acontecimientos. Todos los días, Mak, Euni, Hush y Ysir se juntaban para escuchar las últimas noticias. Fue este último el que lo descubrió, tras alguna de sus incursiones al bosque —o mejor dicho, afuera del mismo—, que llevaba a cabo cada dos días para comprar comida y todo lo que se necesitase en el hogar.

Pero, por mucho que oyesen, era imposible no sentirse en paz en aquel escondrijo. Podría decirse que disfrutaron de aquello que habían temido perder. ¿La vida? No sé. Tal vez.

18

Por desgracia, las cosas buenas tienden a ser efímeras, y así lo fue también la estancia en aquel hogar prestado. La tranquilidad se vio interrumpida la noche del jueves, cinco días después.

En realidad era ya viernes, pues el reloj de pulsera de Euni indicaba que pasaban ya de las doce y cuarto. Los días anteriores había ocupado su mente en asuntos lo más livianos posibles, con el fin de, en cierto modo, recuperarse del estrés que había supuesto el movimiento de los últimos tiempos, en especial en cuanto a todo lo ocurrido el mismo día en el que habían llegado allí.

La muerte de Ian era ya un acontecimiento lejano, pero —se veía a la legua— seguía vivo. De vez en cuando me atopaba con cualquiera de la familia en la cabaña mirando al infinito, quieto, deteniendo inconscientemente cualquier acción que estuviese llevando a cabo. Por otra parte, y aunque fuese desagradable, no podía sino comprender la situación. Nunca había perdido a alguien querido —al menos no a nadie real—, pero no me costaba intuir qué supondría para mí.

Euni estaba en uno de esos momentos. Había querido salir al sillón del claro tan solo para mirar la Luna y las estrellas, y permitir a los pensamientos fluir con total libertad. Se sintió inocentemente feliz de poder disfrutar la bonita escena y, como aquella, tantas otras que no hacía falta buscar en lugares recónditos. Puede que estuviese disfrutando de vivir, de aprovechar cualquier detalle consciente de que podrían desaparecer para siempre sin apenas darse cuenta.

Krirant observaba respetuosamente entre los árboles cómo Euni bebía del cielo. Sintió de veras interrumpirla, pero se vio obligado. Salió de entre un par de castaños con paso suave, pero sin intención de ser sigiloso.

La chica bajó la vista, y observó atónita —y no sabía decir bien si asustada o contenta— cómo el Escondido se acercaba, con los ojos brillantes en su ya bastante arrugada cara.

—Lo siento —dijo simplemente.

—Qué quieres —exclamó suavemente, pero con actitud dura y seca.

—Ante todo, mis disculpas. Y te las doy a ti como me gustaría dárselas a Mak y a Hush. No puedes imaginarte lo decepcionado y confuso que estoy. Aprecio (o apreciaba) a Ian más de lo que piensas. Para mí era... el hijo que nunca tuve.

Euni, sorprendida, se sintió conmovida. No habría esperado un sentimiento tan intenso del impermeable hombre que había conocido en un principio. Se le veía compungido.

—¿Por qué nos dejaste? —preguntó como si de una súplica se tratara.

—No me vas a creer, pero desaparecí sin más —susurró. Se tomó su tiempo y prosiguió—. Eran las tres de la mañana, estaba leyendo un poco y, así, de repente, desaparecí en la nada. Cuatro días después me encontraba en los Bosques del Este, en los dominios de Ernae. No recuerdo nada de qué pasó en ese tiempo. Ha sido lo más desconcertante que me ha ocurrido jamás.

Desde luego, Euni no contaba con aquello. Sorprendente. Me empezó a mosquear tanta desaparición repentina.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí?

—Instinto. Ya te contaré mi pequeña historia.

—Tras aparecer allí, en el bosque, me sobrevino un torrente de datos a la cabeza. Sabes que tengo el poder de la adivinación para intuir lo que me afecta directamente... Pues bien, digamos que todo lo que había ocurrido en esos cuatro días me vino de repente. Fue ciertamente duro, porque era demasiada información, pero no me costó asimilarla.

»Me enteré, por ejemplo, de los increíbles acontecimientos ocurridos aquella noche, la siguiente. El granizo, la temperatura... y la muerte de Ian.

»Llegué a desconfiar de mi poder, pero al salir del bosque (un tanto desorientado, no te lo voy a negar) llegué a un pequeño pueblo, y la gente hablaba de extraños sucesos que, sin duda alguna, encajaban con los datos que tenía. Me sentí atemorizado al enterarme de todo lo que había ocurrido en mis tan solo cuatro días de ausencia. Me atrevería a decir que incluso Yunnia había cambiado. No lo digo en broma: siento que Yunnia ya no es nuestra amiga, que ha soportado demasiado como para seguir sin hacer nada.

»Reflexioné, y me dije que no es este, desde luego, el modo de solucionar el problema. Me refiero a la lucha tan sumamente destructiva que está habiendo entre fanáticos convencionales y Escondidos (no menos radicales), en la cual yo mismo estoy participando de forma activa. No sé adónde pretendemos llegar. O, mejor dicho, no sé adónde pretende llegar Pakli, el cerebro de esta guerra.

»Hay quien habla de un arma contra los Escondidos. Quieren destruirnos. Nos odian, tal vez nos envidian. Y comprendo que envidien ciertos aspectos, pero desconocen la responsabilidad que conlleva tener tanto poder.

»A decir verdad, daría mis poderes ahora mismo. No los necesito. Me gustaría vivir como un humano. Soy un humano. ¿No sería justo?

La barca se tambaleó un poco debido a un pequeño salto. El río seguía su curso con relativa tranquilidad: era perfectamente navegable, pero se debía tener cierta maña para controlar la embarcación.

Sí, ya estaban de nuevo en ruta. Hacía tan solo dos horas que se habían reencontrado, y Euni ya volvía a la aventura. No se había imaginado que fuese a ser aquella noche el momento de volver de la tranquilidad de la cabaña al mundo real. Pero ahí estaba, de madrugada, junto a su pequeña bolsa con sus escasas pertenencias —ofrecidas por Ysir—, y acompañada del hombre que durante un corto tiempo incluso había odiado.

Atrás se quedaba una nota encima de la cama de aquella habitación ahora vacía en la que había llorado a Ian.

Siento de veras marcharme de forma tan repentina, sin tan siquiera despedirme, pero he de volver. Volver con Krirant. Las cosas han cambiado, y es necesario que abandone este mágico rincón.

Mak, espero que me perdones que te deje ahí. Considero que lo mejor es que te quedes con tu padre: lo de Ian ha sido excesivo. Lo necesitáis ambos.

Ysir, de corazón, muchas gracias. Jamás olvidaré el cariño y apoyo que le diste a una desconocida.

Lo siento y gracias, a los tres. Nos volveremos a ver.

Bastante escueta, pero completa y emotiva. Aquella carta era lo único que quedaba de Euni en aquel lugar. No podía evitar sentirse triste por haberles dejado así, repentinamente, pero ya contaba con la llegada de ese momento. Sabía que tendría que seguir con aquella pesadilla.

Sin embargo, y por otra parte, se sentía feliz. El viaje, aunque hubiese sido una pesadilla, había sido excitante y con giros inesperados. Ahora que Ian había muerto tenía que seguir el camino hacia el desenlace, saber cuál fue el motivo de su asesinato. Avanzar, investigar, era el siguiente paso.

—Aún no me has explicado como llegaste a la cabaña.

—Dije intuición. Ni adivinación ni otro poder. Intuición pura y dura. Sé lo de los microaparatos que tenéis incrustados: los Escondidos descubrieron una fábrica de ellos en la primera de las incursiones a centros secretos convencionales. No hemos logrado invalidarlos, y esa es una muestra de que esa intuición es algo interno, algo más espiritual y profundo.

»No me lo explico, pero me moví siguiendo ese impulso y llegué allí, a esa casa perdida en ninguna parte. Y te vi, claro. De eso no hace nada de tiempo —concluyó con una sonrisa.

Según lo iba contando todo me parecía que Krirant se volvía más humano.

—Y ahora vamos río abajo hacia Enea.... pero, ¿por qué?

—A alguien tenemos que acudir. Estoy en paradero desconocido para los Escondidos, así que tiene que ser alguien (o algo) de confianza. Ya va siendo hora de que vayamos a una agrupación más secreta de lo que los Escondidos han sido jamás. Porque ellos ni tan siquiera son leyenda —dijo misteriosamente mientras le guiñaba el ojo.

—¿Sabes? En el fondo me siento afortunada de poder viajar por toda Yunnia. Más de uno mataría por visitar todos esos lugares que estoy visitando. También lo soy por poder estar conversando con un Escondido en este silencio.

Una enorme Luna en un cielo sin estrellas formaba el techo de aquella escena pseudoteatral. Los dos individuos iban sobre un pequeño bote de madera, a las tantas de la noche, y entre la naturaleza de un mundo amenazante, que tal vez desapareciese en un par de semanas de la faz del Universo. Ningún animal se veía, ningún pez saltaba ni ningún ave emitía sonido alguno. Los árboles no dejaban que ninguna de sus hojas mustias se cayese pese a estar en pleno otoño.

Solo el agua seguía su camino en ese entorno frondosamente muerto. Pero era bonito. Espectacular. Era la imagen de un mundo agonizante, atemorizado ante los duros golpes que le daban sus propios moradores. Y Yunnia lloró.

Empezó a llover. Euni no tardó en identificar ese chaparrón repentino con el acontecido aquella fatídica noche, y, aunque no hiciese falta alguna, advirtió a Krirant, que ya se las había ingeniado para que no les lloviese encima, con algo o bien invisible o bien fruto de los aún poderes del Escondido. La chica se sintió de nuevo protegida por el escudo que suponía aquel hombre en todo momento. Deseó no separarse de él hasta que todos los peligros de la Misión hubiesen cesado.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó esperando que no fuese demasiado tiempo.

—No lo sé, pero contando con que el caudal del río aumentará y, por tanto, bajará con más fuerza, tardaremos menos de lo que pensaba. Quién sabe, en una hora y media tal vez estemos ya allí.

Euni se dio cuenta entonces de que las gotas que corrían por su frente no eran de lluvia, sino de sudor. La temperatura volvía a ascender. Una muestra más de que tal vez volviese a repetirse el episodio.

Y volvió a granizar. Al igual que en la otra ocasión, estaba en un lugar seguro: aquello que había hecho Krirant para repeler la lluvia también funcionaba para los pedruscos.

Aterrorizada de nuevo, apreció cómo, allá donde el cauce se perdía, había una parpadeante luz naranja: fuego. El bosque estaba ardiendo. Además, alzando la vista, descubrió que la dama de la noche había desaparecido. No había Luna.

—No esperé que fuesen a repetirse tan pronto los acontecimientos que había oído, pero creo que nos tocará hacerles frente.

—Cada vez estoy más segura de que algo realmente gordo se acerca.

La barca se desplazó hacia adelante de forma brusca, haciendo que Euni soltase un gemido, pero Krirant logró volver a estabilizarla.

—Dudo que estemos haciendo bien permaneciendo aquí en el río.

—Pues claro que no estamos haciendo bien, pero... ¿a dónde vamos entonces?

Habían llegado ya a la zona que ardía en llamas. El fuego avanzaba con rapidez, mientras el granizo pelaba los árboles y aplastaba sus ramas débiles —y las que no lo eran tanto.

—Pero al igual que esto nos protege de la lluvia y del granizo, podrá defendernos del fuego, ¿no?

—¡Pues no! El granizo lo está debilitando rapidísimamente, y el fuego es una fuerza aún mayor. Dudo que resista mucho tiempo más. En cuanto desaparezca me veré obligado a teletransportarnos a ciegas a cualquier lugar, lo más lejano posible de esto. Pero temo que esté ocurriendo lo mismo en un campo demasiado grande como para huir con facilidad.

Siguieron avanzando durante unos veinte segundos hasta que...

—¡Ya! Agárrate a mí, corre. No queda nada para que se desvanezca. Contaré hasta tres. Aférrate, no te sueltes en absoluto, cierra los ojos.

Euni le hizo caso.

—¡Uno!

Contuvo la respiración, ojalá tuviesen suerte...

—¡Dos y...!

¡Plop!

—Puedes... Puedes abrirlos, puedes abrirlos ya.

Abrió los ojos lentamente.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —susurró con el cejo fruncido, pero con una sonrisa en la boca.

—¿Por? —exclamó Euni mientras se soltaba y se acomodaba.

El Escondido reflexionó por un instante. Era noche cerrada, pero la Luna, en su tamaño normal, volvía a ofrecer la penumbra a los edificios de la ciudad. Hacía bastante frío, y, claro está, no granizaba.

—Estaba lejos. No fui yo. Pero lo mejor de todo es que estamos en nuestro destino. Algo o alguien nos ha traído hasta Enea.

19

Dada la hora que era no había ni un alma por las calles. Estrechas, con extraordinarios edificios pintorescos, grotescos, agudos, de un estilo que identificaría incluso como gótico, tenían un hálito color sepia que les daba cierto tono rancio y misterioso. El silencio era sepulcral, pero parecía contaminado. Tal vez sería mejor definirlo como ruido mudo. Los muros gritaban secretos, pero nadie era capaz de escucharlos. Los zigzagueantes caminos pretendían confundir al caminante con sus últimas fuerzas, pues su intrincada geometría estaba ya agonizante. Incluso el suelo empedrado trataba de hacer daño al pie del peregrino, pero demasiadas suelas había incordiado ya como para que su desgastada superficie transmitiese más que el gélido y polvoriento frío que dominaba las callejuelas.

—No me gustan nada todas estas desapariciones... —musitó Euni, susurrando inconscientemente en un intento de escapar de los oídos de la ciudad.

—Hacen que todo parezca inestable. Puedes planear llevar a cabo cualquier acción, pero siempre tienes en mente que puede ser rota por esa fuerza tan aleatoria que nos domina.

—Pero...

—Sí, tienes razón. Es aleatoria para nosotros. Pero sin embargo, en su esencia, no lo es en absoluto. Desde luego que hay una conciencia detrás moviendo los hilos, calculando cuál es el mejor sitio a donde mover sus piezas.

—A su antojo. Para su fin. Somos meras marionetas.

—Tal vez esté demasiado viejo para contestar estas preguntas, así que te la haré a ti. ¿Crees que actuando en su contra estaríamos precisamente haciendo lo que pretende? ¿O es mejor dejarnos llevar, aún a riesgo de posibles y fatales consecuencias?

Euni se quedó callada. Se pararon en un cruce de dos calles. Pensativa, se planteó cumplir con los antojos de aquella conciencia. Sería mucho más cómodo sentarse y esperar a que las cosas ocurriesen. Mas...

—Sigamos. Hagamos lo que quieras hacer. Y si nos interrumpen, superaremos el bache.

—Frescura juvenil: eso es lo que me hace falta —exclamó satisfecho.

Siguieron avanzando, subiendo y bajando cuestas, sin poder evitar reparar en los fantasmagóricos edificios. No se encontraron con nadie, pero se sentían vigilados, ingratamente acompañados. Me di cuenta, por la expresión de ambos, que estaban en guardia, aunque en Euni pude ver también el miedo.

Edificio tras otro, no encontraron elemento alguno de naturaleza. Ni un sólo árbol. Ni una piedra fuera de su sitio. Ni tan siquiera vieron al fondo de alguna calle el puerto, pues Enea era ciudad costera. Sin embargo yo ya había visto en el tríptico que guardaba en mi bolsillo izquierdo que no había rutas marítimas hacia allí, aun intuyendo una corriente cercana. Hacía tiempo había escuchado que el acceso a ciertas zonas por corriente estaba prohibido: podría asegurar que Enea era una de ellas.

A la vuelta de la siguiente esquina a la izquierda, Euni vio, al fin, el mar. Lo veía al horizonte dejado por un sobrio y muy pequeño mirador. Se acercó unos pasos —veinte, no más— y vio, sorprendida, que a sus pies había un acantilado de unos cuarenta metros de altura, en cuyo fondo rugía el negro océano, con unas increíbles olas que, aun estando a tanta altura, salpicaban su cara de diminutas gotas de agua salada.

Sintió vértigo, pero también se sintió intimidada ante la dureza de aquel lugar. Todo era brusco, sin más miramientos que los que habían recibido semejantes tallas en las paredes de los edificios, en las que había representadas criaturas de toda índole pero, fuera esa cual fuese, tremendamente aterradoras todas ellas.

—Krirant, haz el favor, encuéntralo ya.

—Si te soy sincero, estoy totalmente perdido. Nunca había estado aquí, pero jamás me había perdido en lugar alguno. Estoy atemorizado. Me siento incómodo.

Evidentemente, Euni no pudo sino tener aún más miedo. Yo tampoco estaba a gusto, qué duda cabe: aquella tétrica urbe y mis dotes sugestivas formaban un cóctel explosivo. Los fantasmas, imaginarios tal vez —y solo tal vez—, que intuía me rodeaban lograban ponerme muy tenso. Nada ayudaba para que el paisaje fuese menos ácido.

Siguieron caminando sin rumbo durante un cuarto de hora, hasta que Krirant se detuvo de súbito ante una puerta de tan sólo un edificio más de aquella infernal ciudad.

—Ya estamos, ¿verdad?

Krirant se limitó a asentir, mientras la empujaba ligeramente. Cedió: estaba abierta. El lento y profundo chirrido nos heló la sangre —al menos a Euni y a mí.

Una vez estuvo abierta del todo, el Escondido cedió el paso a la joven, no sé yo si por gentileza, que aceptó sin

rechistar.

El portal era bastante amplio y tenía el suelo de baldosa. Estaba iluminado por la misma penumbra desteñida del exterior. Krirant se volvió a poner a la cabeza, y subió la escalera, recta, que estaba pegada a la pared de la derecha, despacio, con el mayor sigilo posible. Euni trató de hacer lo mismo, pero no lo consiguió, haciendo que más de una balda crujiera. Aun con esas, mantuvo el paso firme.

Ya en la primera planta, el Escondido empujó, al modo en que lo había hecho instantes antes, la puerta del piso que había a la izquierda, que, una vez más, se abrió.

Estaba totalmente a oscuras, pero pudieron ver lo que había gracias a la poca luz que llegaba del exterior. Era un largo pasillo con numerosas puertas a la izquierda. Las paredes eran de papel pintado, y se veía todo muy deteriorado. Se encontraron a un lado una barra metálica oxidada, al igual que otros restos y desechos olvidados allí tal vez por abandono. Sentí otro escalofrío.

Caminaron con paso lento. Oyeron entonces un sonido muy lejano. A Euni se le encogió el corazón cuando identificó el ruido como el llanto de un bebé.

La primera puerta, comprobaron, estaba cerrada. La siguiente también. Vieron un retrato colgado en la pared de una mujer sonriente, que tenía los ojos entornados hacia ellos. Euni, sin dejar de caminar, giró la cabeza para seguir admirándolo, y dados ciertos pasos vio que, aún en otra posición, la seguía mirando, pero con una mueca de tristeza en la cara. Los llantos de bebé aún sonaban a lo lejos.

—Vayámonos de aquí *ya* —no pudo evitar decir mientras le caían lágrimas por las mejillas.

Krirant no respondió. La tercera y última puerta estaba también cerrada, por lo que siguieron hacia el salón que había al fondo. El lamento no cesaba, y los sollozos de Euni iban en aumento.

Allí no había más que un sillón de orejas muy descuidado, una estantería llena de polvo, unas mantas antiguas amontonadas en un rincón y unas roídas cortinas. Viendo que no había nada interesante, se dieron la vuelta, y vieron que, bajo el marco que daba paso al pasillo desde aquel salón, había un hombre con capucha y con una lámpara de alcohol en las manos, iluminándole la cara de forma fantasmagórica. Euni pegó un grito aterrada, y... ¡Plop!

Se estaban riendo. Los muy estúpidos se estaban riendo de ella.

Habían aparecido en una sala inundada por una agradable —y abundante— luz amarilla, donde una veintena de hombres y mujeres se reían mientras bebían algo. Parecían inofensivos.

Euni miró hacia Krirant, y vio que le sonreía.

—Ya estamos.

Una mujer se acercó con cara de enfado.

—¡Oh, Jiff, haz que se callen! ¡Esas bromas pesadas van a traernos un susto algún día. Me presento: soy Mihnir, la única con un poco de sentido común aquí. ¡Oh, Cielos, callaos ya!

Pero siguieron riéndose a carcajadas.

—¿Estás bien, chiquilla? ¿Estás mejor? Oh, un día van a enfurecerme de verdad. ¡Callad!

Y ahora sí, se callaron la boca.

—Eso está mejor. Desde luego, hija, que vergüenza que os recibamos así.

Pero Euni ya estaba sonriendo. Desde luego la habían engañado bien.

—Visto lo visto, voy a tener que daros yo la bienvenida a...

—¡La casa de los Mensajeros! —gritó el grupo al unísono.

Uno de los hombres se levantó al fondo a la izquierda.

—Perdona nuestro recibimiento, pero es que es tan divertido que no podemos dejar de hacerlo. ¡Bienvenidos!

—¡Bienvenidos! —gritaron alzando la jarra de lo que parecía cerveza.

—Oh, Dios, panda de tarados... Qué poca educación. ¿Queréis habitación? ¿Algo de comer? ¡Cielo Santo, estás helada! —exclamó Mihnir tocándole la cara a Euni— ¡Jiff, hazme el favor de traerme dos tazones de caldo bien caliente!

—No se preocupe, no se tome tantas molestias, estoy bien —dijo Euni con sinceridad.

—Tranquílcese, mujer, no necesitamos nada, de verdad —reiteró Krirant cortésmente.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me voy —dijo rendida—, pero no duden en avisarme para lo que deseen.

—Descuide —terminó el Escondido con una sonrisa. Después le indicó que tomase asiento, mientras él hacía lo propio.

La gente que les rodeaba estaba a lo suyo, lo cual resultaba chocante viendo la expectación que había causado su llegada. Krirant siguió hablando.

—Siento el mal trago que has pasado. Yo tampoco sabía que estos hombres fuesen así de retorcidos.

—No suelo atemorizarme, pero lo consiguieron.

—Reconozco que el lugar no es para menos. Todo tan quieto, tan tenso y tan oscuro no puede dar lugar a otra cosa que a la imaginación desbordada.

—Ahora toca lo de siempre: que me expliques quién es esta gente, qué hacemos aquí y todo eso.

—Yo tampoco ando muy enterado de todo lo que se cuece en aquestos lares, pero supongo que es el mejor sitio a donde acudir ahora. Ya te hablé de esto antes: podemos sentirnos tan seguros o más aquí que en el Refugio. Deja simplemente que ocurran las cosas.

Mihnr apareció entre sus cabezas.

—¡Aquí tenéis vuestro caldito caliente! Será bueno para vuestra garganta. Escondido, me parece muy imprudente por su parte que permita que esta muchacha vaya sin una misera bufanda a estas alturas del año. Las noches de otoño son muy frías en esta ciudad, parece que se le haya olvidado.

Krillant dio la razón a la mujer, porque la tenía. No le regañaba con saña: de hecho le pareció como una madre que se preocupaba por su hija.

—Desde luego, craso error el que cometí. Tomo nota. Ahora siéntese un poco con nosotros.

—¡Por supuesto! Dice mi hijo que hablo como una cotorra, y no le voy a engañar: nunca ha dicho nada más acertado. A ver, preséntense, que aún no tengo ni idea de quiénes son.

—Yo soy Krillant, miembro del Consejo de los Escondidos y humilde profesor en el Liceo de Yark.

—¡Encantada! Siempre quise conocer a algún yarkiano.

Me hizo gracia ver como Krillant se contenía para corregirle. Era “yarkiano”, claro.

—Y yo me llamo Euni. Soy una pequeña aventurera, y estudiante en mi tiempo libre.

—¡Mira qué salada! —dijo soltando una carcajada—. Piel dura, tez clara... Tú eres eveúlica, seguro —dedujo Mihnr, satisfecha.

—Ajá, soy de las húmedas tierras del Imperio. No sabía yo que fuese tan fácil identificarnos.

—Una, que conoce mundo —presumió, siguiendo el comentario con un guiño—. Aun así, sigo sin saber qué hacéis aquí.

Krillant tomó la palabra. Euni lo agradeció: no se le ocurría invención alguna para camuflar el tema de la Misión.

—Somos la parte activa de la actual búsqueda de los Escondidos. Misión secreta, ya te puedes imaginar. Llevamos solo veinte días de viaje, pero ya hemos recorrido toda Yunnia. Buscamos, para ser más concretos, la Llave.

Euni puso los ojos como platos. ¡Le acababa de explicar el plan ultrasecreto de la (segunda) sociedad más secreta del mundo a una persona a la que se acababa de presentar! Sintió que sus oídos se bloqueaban. Pero no. Funcionaban perfectamente. El barullo había desaparecido. Todo el mundo miraba interesado hacia la mesa central de la sala. Sí, esa en la que estaban sentados.

—La Llave... —murmulló aquella mujer sorprendida, pero con la sonrisa en la cara.

—Tenemos ya dos partes.

Euni reflexionó a la velocidad del rayo. ¿Cómo que dos? ¿Cómo había recuperado Krillant el fragmento robado? ¿Y cómo no le había contado nada aún?

Cayó entonces en la cuenta. Ella misma se había olvidado de la conclusión a la que Ian había llegado horas antes de su muerte. “Dos piezas, una por cada templo visitado. Falta la tercera y última, y por deducción debería estar en el tercer y último templo, el del monte Kragdan”. Una pieza que deberían haber ido a recoger inmediatamente.

Se sintió estúpida por no haber recordado tan crucial detalle días antes, por no habérselo hecho saber a Krillant, y por haber perdido seguramente la oportunidad de reunir la Llave entera. Deberían irse sin perder un segundo, antes de soltarle más información de la pertinente a esos desconocidos. Ya. Antes de que fuera tarde.

El silencio más absoluto pareció hacerse eterno. Las miradas brillantes de tantos pares de ojos estaban fijadas en la boca de aquel visitante. Euni, aterrada al no saber qué demonios iba a ocurrir —o estaba ocurriendo—, contuvo la respiración. Y tras aquella hora que en realidad había sido un segundo, la gente empezó a gritar, a saltar, a moverse y reírse a carcajada limpia.

Los viajeros se miraron entre sí, asombrados por semejante estruendo repentino. Solo cuatro palabras susurradas al oído de ambos sirvieron para que también se sintieran igual de afortunados.

—Nosotros tenemos la tercera —musitó Mihnr, llena de alegría.

20

Una vez el entregado público se calmó, la conversación entre los visitantes y Mihnr siguió su curso.

—Debo deducir —expresó Krillant no sin cierta ironía— que vosotros conocáis la existencia de la Llave. Sin duda, esta desmedida celebración es un mínimo indicio de ello.

—Ay, Krillant (¿así te llamabas?), este es un día memorable para los Mensajeros: miles de años llevábamos esperando este momento. Pero me niego a decir más si no nos dejáis contemplar vuestros fragmentos.

Euni, dudosa, miró a Krillant. Este asintió. Así, la chica extrajo de su enorme bolsillo aquel semicírculo recogido por el difunto Ian, mientras el Escondido sacaba el aro encontrado en el monte Trav.

La luz amarilla de aquella estancia no logró que aquellos trozos brillasen más allá de su sobria naturaleza pétrea. Dudo que cualquier persona que se los encontrase por la calle creyese que tuviera más magia que cualquier otro pedrusco.

No obstante, los Mensajeros —título que, por cierto, aún no sabíamos de dónde venía— los observaban con una infinita curiosidad e incluso adoración. Tal vez fuese cierto aquello de que los ansiaban desde hacía milenios.

—Oh, Dios mío. Son de verdad —concluyó la mujer.

Vimos que más de uno no podía aguantar las lágrimas. Resultaba curioso ver cómo habían pasado de la euforia a la emoción. Los que antes estaban dando brincos, ahora sollozaban.

—Nuestros antepasados soñaron con ello. Soñaban con la Llave.

“No entiendo nada”, se dijo Euni. Tenía muchas dudas, pero era consciente de que no podía romper aquel momento tan emotivo.

“Ni yo, para qué te voy a engañar”, escuchó en su mente. Sorprendida, hizo memoria. Krirant le había hablado de la telepatía, pero nunca la había usado con ella. Le miró, y vio que sonreía. “Pero habrá tiempo de preguntas, no tengas prisa”.

Llegó a la conclusión, entonces, de que lo correcto sería dejarles hablar, para no atosigarles. Pero sorprendentemente...

—Creo que ha sido ya suficiente por hoy. Estamos todos agotados, así que, tras esta increíble noticia, creo que lo más adecuado será echarnos a la cama y descansar un poco. Jiff, ayúdame a recogerlo todo. Señores, tengan buenas noches. Y ustedes dos: mañana ya hablaremos largo y tendido, descuiden. Duerman bien, que seguramente también les hace falta.

Qué actitud más extraña. Les acababan de dar la que posiblemente sería la noticia de sus vidas, y se iban a dormir tranquilamente. Un modo raro de tomarse las ocasiones excepcionales.

—Recojan sus fragmentos, seguramente les gustará tenerlos bajo su cuidado. Les indicaré dónde están sus aposentos. Si no me equivoco, afuera se van a la cama unas horas antes, pero nosotros acostumbramos a hacerlo ya de madrugada. Espero de todos modos que les sea agradable la estancia y el reposo.

Nada más posarse sobre el edredón, Euni se quedó dormida. Krirant miró entonces el reloj, sentado en la cama contigua. Eran ya las tres y media de la noche.

Euni se despertó nada más y nada menos que once horas después, y de no ser por el desagradable bochorno que sentía en la habitación hubiese podido incluso dormir más.

Una vez se levantó, vio en la silla que había a la izquierda de la cama un bonito y sencillo vestido blanco, así como un par de alpargatas. Intuyendo que la ropa era para ella, la cogió agradecida.

Krirant no estaba. No se extrañaba, ni yo tampoco: dudábamos mucho que aquel hombre durmiese ni tan siquiera, pues nunca le habíamos visto entregado a los brazos de Morfeo. Estaría afuera, tal vez desayunando con aquella gente, o dando un paseo —si era posible— por una Enea vespertina.

Acostumbrada a la tenue iluminación de la habitación, la luz le sintió como una bofetada al abrir la puerta, pero agradeció la bocanada de frescor. Al otro lado se atopó con Mihnir. Casualidad.

—¿Qué tal has descansado?

—Bien, bien, gracias. Me encontré con esta ropa al lado de mi cama. ¿Es para mí?

—¡Sí, chiquilla, sí! Me dije que te sería útil, viendo que venías con las manos vacías. He comprado ese vestido. Es de lino, bien ligerito. Espero haber acertado con la talla.

—Muchas gracias. No tenías que haberlo hecho, ya me las habría apañado.

—No es nada, mujer. ¿Ves esa puerta del fondo? —dijo, cambiando de tema, mientras señalaba la última puerta del pasillo— Allí está mi habitación. Puedes usar mi bañera, ¿de acuerdo? ¡Ah! Y échale al agua una gota de la botellita roja. Eso es suficiente.

—¡Oh, muchas gracias! ¡Me siento mal al ver que se toma tantas molestias por mí!

—Mira que estás pesadita, ¿eh? ¡Por una vez que tenemos una visita tan agradable qué menos que atenderle lo mejor posible!

Mientras Mihnir se escurría definitivamente, sin darle oportunidad de replicar, Euni, sorprendida, siguió su indicación. Miró hacia arriba, y pudo ver que el techo era de cristal, y dejaba pasar en todo su esplendor los rayos de Sol de aquel magnífico día que hacía.

Al llegar al fondo, tomó el pomo de la puerta, y lo pudo girar sin problemas, como había esperado. Una vez estuvo dentro lo cerró con cuidado.

En el aposento de aquella mujer había una gran cama, con pinta de ser muy cómoda; una mesilla de noche con una lámpara y un par de libros, y un gran armario, todo ello de estilo rústico. A la derecha estaba la puerta que, supuso, daba al baño. Y así era.

El techo era del mismo tipo que el del pasillo: las pocas y algodonosas nubes destacaban sobre el intenso cielo

azul, y la luz inundaba aquella enorme bañera que había en medio.

Abrió los grifos, calculando cuál sería la temperatura ideal del agua, y dejó que se llenase. Una vez sobrepasaba la mitad, se desnudó y se metió, dispuesta a tomarse un extenso y relajante baño. Más chorros de agua salieron no sabía muy bien de dónde, dándole un estupendo masaje, y la bañera no tardó en estar llena. Cerró los grifos y se limitó a disfrutarlo. Se acordó entonces de la botella roja que le había comentado.

La encontró sin demasiada dificultad a su espalda. Era bastante pequeña, e indicaba “Elixir de baño, da vida al agua. Original de latia”. ¡Qué exótico!, me dije. Seguro que era un buen recuerdo de aquel lugar.

En cuanto soltó la única gota indicada por Mihnir de aquel rojo pasión, la transparente agua se vio atacada por diminutos flujos de todos los colores del arco iris, y una infinidad de aromas con inmensos matices absolutamente deliciosos se adueñaron del olfato de la chica. Menudo tesoro líquido albergaba aquel botecito.

Media hora después salió de la bañera, sintiéndose renovada —y limpia. Cogió una de las toallas dobladas que había encima de un mueble al lado.

Tenía hambre, así que fue al salón al que habían llegado el día antes, intuyendo que era aquel el lugar adecuado para lo que buscaba. Una vez allí, al ver a unos cuantos individuos, los menos madrugadores, disfrutando de sendos menús matinales, supo que estaba en lo cierto.

Mihnir le esperaba ahí, y con su desayuno ya preparado —dando muestra una vez más de una atención notable. En cuanto vi el plato, además de sentir que se me hacía la boca agua, tuve la certeza de que sería del agrado de Euni. De ella y de cualquier otra persona.

—Agua, harina, sal y mucho azúcar por encima. La receta es poco conocida, pero te aseguro que es delicioso. Espero que te guste. Bueno, y eso de al lado es chocolate. Lo conoces, ¿verdad?

—¡Nunca lo había probado! Pero sí, todo tiene buena pinta.

Cogió la bandeja y la llevó a una mesa, para estar más cómoda. Tomó un churro, lo probó con curiosidad y la cautela que ofrecemos ante una comida desconocida, y le encantó, como no podía ser de otro modo. Incluso se atrevió a mojarlo en el chocolate, haciendo que estuviese aún más rico.

Con el estómago lleno y debidamente satisfecho, le acercó de vuelta la bandeja, agradeciéndole por enésima vez las atenciones. Krirant aparecía poco después.

—¡Buenos días! —dijo, aunque más bien eran tardes— ¡Mihnir, no te escapes, que creo que ya va siendo hora de que nos expliques todo esto.

—¡Viejo diablo! ¡Imposible huir de ti! —dijo de buen humor, olvidando el trato de usted que le había otorgado desde su llegada— Pese a que debemos contároslo todo, me da reparo hacerlo. Creo que debemos esperar a que se reúna todo el mundo. Aquí la gente se levanta cuando quiere, en función, eso sí, de los recados que deba hacer. En torno a las seis de la tarde ya está todo el mundo disponible. Siento de veras dejaros con la curiosidad tantas horas, pero siempre hemos sido pacientes para estos temas. Mejor no apresurarse con asuntos tan sumamente relevantes.

—Estoy absolutamente de acuerdo. Mejor esperar que precipitarse —afirmó Krirant sonriendo.

—Tenemos bastantes cosas que explicaros, así que nos llevará un tiempo. Creo que incluso os será entretenido.

Ahora sí, Mihnir desapareció por el pasillo.

Euni estuvo leyendo una novela que se había encontrado en una de las estanterías de la Casa hasta que se dio cuenta de que ya era la hora de bajar. Se lo tomó con tranquilidad, ya que Mihnir había indicado una hora aproximada. Se acercó hacia el salón y quedó sorprendida —y algo avergonzada— al ver que todos, Krirant incluido, la esperaban allí en silencio.

Se sentó en la silla vacía que había en el centro, al lado de la del Escondido, manteniendo el trozo de la Llave bien agarrado entre sus manos.

En frente suyo, un hombre anciano, enjuto y con aires místicos les observaba, apoyando su cabeza sobre el cetro bien asentado en el suelo. Su respiración era pausada, y sus ojos parecían cansados. Se acomodó torpemente y comenzó.

—¡Tiempos de cólera corrían! Llovía sangre, el cielo estaba cubierto por nubes de terror y los corazones estaban mustios de ira. La amenaza sobre el pueblo era irrefutable. Poco faltaba para la llegada de los terribles hombres del centro, y el Apocalipsis era algo inminente para la mente de cada individuo. Corriendo, los más valiosos de la sociedad escapaban del acechante desastre en carros, desde todas las ciudades de la civilización. Pero huían al Templo del Dios, a la Morada, al lugar prohibido. Nadie sabía qué hacían, cuál era el fin de semejante suicidio psicológico. Y sin embargo, por una vez, los Dioses se comportaron. Dando un respiro a aquellos afortunados, decenas de familias pudieron huir del mundo magmático y tenebroso que quedaba atrás, desapareciendo en los arcos de aquel templo.

Euni estaba un tanto asustada. Los ademanes de aquel anciano eran intensos, vivía la historia que contaba. Alzaba la voz con una increíble potencia, como si él mismo estuviese enviando la voz de los dioses. Era, no obstante, todo un placer —y un espectáculo— escuchar cada una de sus palabras, intuyendo al menos la magnitud de su importancia.

—¡Mientras que los demás morían, los que habían sido elegidos con el dedo de los dioses pudieron vivir en un

mundo nuevo, un mundo vacío de las miserias humanas!, que hizo las delicias de los nuevos habitantes hasta hoy —concluyó con la voz ahora suave y cuidadosa, cambiando de registro—. Esa es la historia del origen de Yunnia.

La gente contenía la respiración, pese al tono tranquilo del anciano.

—Bueno, Escondido y jóvena, considérense afortunados de haber escuchado un gran secreto de las entrañas de nuestro mundo. Aun así quedan por explicar muchas cosas. Todavía no saben, por lo que tengo entendido, quiénes son estos que les están rodeando, estos individuos con extrañas ocupaciones y desconocida función.

Una mujer madura, pero aún atractiva, que estaba a su derecha, tomó la palabra.

—Somos una comunidad de hombres y mujeres que, evidentemente, formamos un grupo oculto y sólido. Llevamos varios milenios sirviendo a una causa desconocida, pero crucial para el avance del mundo moderno.

»A la llegada del ser humano a Yunnia, se fundó la primera ciudad, en torno a la cual se asentaron los seis centenares de personas. La llamaron Enea. Construyeron viviendas. Araron terreno. Talaron árboles. Y así la convirtieron en una modesta villa de efímeras ambiciones. Solo estarían allí, en aquel refugio, durante cuatro años, tiempo tras el cual regresarían a casa.

»Pero las cosas cambiaron mucho. Para empezar, simplemente la Puerta no se abrió. Aquella gente esperaba que ocurriese, pero algún mal cálculo (o la casualidad) hizo que tuvieran que quedarse en Yunnia. Y no os creáis, no lo vieron con malos ojos. Yunnia era una tierra vacía, llena de recursos y muy grande. Aunque tuviesen que trabajar mucho, al menos la paz estaba garantizada.

»Así pues, resignados, se limitaron a dejar que las cosas siguieran su curso. Avanzaron lo que pudieron, mejoraron las viviendas, optimizaron el trabajo. Sus tareas se vieron detenidas tan solo de forma momentánea algo más de tres años y medio después de la fecha fallida. Un hombre fue llevado a la plaza de la ciudad; al parecer había aparecido en el Templo.

»Según contaba, la Puerta se había abierto tal y como se estaba esperando al otro lado, pasados los cuatro años reglamentarios. Decía conocer toda la historia de la fuga a aquel mundo, y que pertenecía a un pequeño grupo de personas encargadas del regreso, que, evidentemente, había sobrevivido a la invasión y consiguiente derrota.

—Las cosas están estabilizadas allá —dijo temeroso—, podríais volver, nos han dejado seguir con lo que quedaba de nuestras vidas. Se han portado bien. Nos han asimilado, pero vivimos tranquilos. Podéis volver a casa —reiteró el musculoso soldado.

“¡Miente!, ¡Miente!”, aclamaba la multitud. El hombre de larga barba avanzó, y con gesto sereno sentenció:

—No miente. Nos ha salido mal la jugada: la Puerta se abre en un periodo superior al que habíamos previsto. Le acogeremos sin reparos, ¿de acuerdo?

La multitud asintió, confiando en el líder.

»El nuevo visitante trajo consigo algunos pequeños avances tecnológicos (e ideológicos) que habían aportado los conquistadores, y que ayudaron a conformar la base de la nueva sociedad que habría de ocupar Yunnia en los milenios siguientes. Iniciaron la expansión por Septania, fundando las primeras poblaciones a lo largo de la costa este.

»Siguieron explotando los recursos que les ofrecía la tierra virgen; principalmente la madera, pero también los minerales que progresivamente iban encontrando. Treinta y siete años después se habría de inaugurar la primera ruta comercial, que uniría la remota Yark con la ya vetusta Enea.

»Para ese momento, otras cuatro veces se había abierto la Puerta, por la que, aun habiendo calculado ese momento, ningún yúnnico pudo regresar. Sólo seguían llegando pequeñas brigadas, de dos a cuatro personas, que traían más novedades que no tardaban en ser asimiladas por la sociedad, y a las que esta recibía con alegría. Aquella decena de mensajeros desorientados no tardaron en unirse para vivir juntos, en lo que ellos llamaron, en un alarde de originalidad, el grupo de los Mensajeros.

»Con los años, aquellas seiscientas personas se convirtieron en varios miles, y los mensajeros seguían llegando. Sin embargo, y aunque la gente siguiese disfrutando de los avances del mundo paralelo, el grupo de los Mensajeros se iba haciendo cada vez más discreto, e, incluso, invisible. Borrado de cualquier crónica, hemos seguido desarrollando nuestra función de manera eficaz, siempre entre las sombras, y desde entonces Yunnia disfruta de la evolución de dos mundos: el suyo propio y aquel del cual proviene.

Tan solo el prolongado silencio logró que Euni despertase del ensimismamiento. Por fin le descubrían algo que ataba cabos, en vez de mostrar una decena más de ellos. Las cosas comenzaban a coger sentido.

—A día de hoy, hasta la mitad del cuarto milenio, más de quinientas veces han llegado mensajeros del otro lado. Así, inventos y descubrimientos tan dispares como la radio y el chocolate han entrado en nuestras vidas, y no lo tardarán en hacer otros aún más interesantes. Mil cuatrocientos sesenta y cinco mensajeros que han logrado mejorar nuestras vidas, y que han seguido el legado de los anteriores después de los casi dos milenios transcurridos al otro lado.

Comenzó a hablar otra mujer, joven, de unos veinticinco años, de sonrisa amable y firme mirada. Tan firme como

su voz.

—Espero que tanta información no haya logrado borrar de vuestra mente el principal motivo por el que nos reunimos aquí. La Llave es el aspecto más enigmático que prevalece en este lugar. La Llave que a cada uno de los llegados le impide regresar a su vida cotidiana (aunque tras quinientos viajes, los enviados están más que advertidos del no retorno). Esa Llave cuyo origen desconocemos por completo, y que hemos tratado de buscar durante todo este tiempo, para conseguir abrir la Puerta en doble vía, permitiendo, al menos, visitar aquel mundo originario, semilla, del que venimos. Porque ya solo los recién llegados no se sienten yúnnicos al cien por cien; pero aun así, esa llave es la primera de las respuestas a la primera de las preguntas trascendentes que todo ser humano se formula a lo largo de su vida: de dónde viene.

»Milenios buscando esos fragmentos para que sea el destino el que logre que llegue de nuevo a nosotros (y al resto del mundo). Faltan tres semanas para la próxima apertura. Será el último sábado de noviembre, y podremos, por fin, atravesarla de vuelta a casa.

»¿Pero queréis algo más curioso aún? No sabemos dónde se encuentra la Puerta. Mientras que las crónicas (y el sentido común) podrían afirmar que ese lugar está cerca de Enea, se ha perdido el lugar real de la misma. Desde la tercera llegada, los Mensajeros aparecieron siempre en rincones escondidos de las ciudades yúnnicas. No sabemos el motivo, y tenemos que conformarnos con recogerlos lo antes posible, y acogerlos aquí.

»En definitiva: aún nos queda encontrar el modo de llegar al Templo. Tenemos veinti-pocos días para encontrarlo. De otro modo, tendremos que esperar otros siete años y medio más. Fin de la historia.

Euni suspiró, exhausta, emocionada. La aventura no había acabado, pero seguía su curso. A su mente volvieron repentinamente Escondidos, familia, el amigo asesinado, lugares y vivencias, y se sintió con fuerzas para afrontar todos aquellos imprevistos que surgieran por delante. Ya habían hecho mucho.

Los Mensajeros comenzaron a hablar, levantando progresivamente la voz. Pero, aunque aquella joven hubiese dado por finalizada la narración, en realidad aún quedaba un detalle que sugeriría una realidad aún mayor que la misteriosa Puerta, los increíbles Mensajeros y todo lo que ello conllevaba. Aún quedaba el secreto de los secretos, aquella información que solo dos personas, que se encontraban en esa sala, conocían en toda Yunnia. Aquellas dos únicas mentes que guardaban el vínculo más importante que se habría de crear en todos los tiempos. Un vínculo que uno de ellos dos habría de revelar por primera vez a una multitud, privilegiada por ser la que conocería el secreto mejor guardado de la historia ya no solo de Yunnia, sino incluso del Universo.

—Esperad —sugirió aquel hombre en voz baja, haciendo que, en un segundo, ni una sola persona hablase.

21

Todas las miradas estaban fijas en el anciano. Volvió a acomodarse, y se limitó a decir tan solo una frase más.

—Escuchad al niño.

El desconcierto fue silencioso. Los Mensajeros levantaron la vista, buscando a quien se refería. No tardaron en encontrarle en una esquina. Allí estaba sentado un chiquillo de no más de diez años, de la estatura adecuada con su edad y con su infantil rostro, en el que, pese a todo, podía adivinarse cierta astucia y madurez. Comenzó entonces el impersonal relato, el cual parecía haberse memorizado palabra a palabra.

—No se pudo encontrar la Llave, pero los descubrimientos se sucedían, aunque tras grandes lapsos de tiempo. Tres fragmentos habrían de encontrar: fue la acertada deducción que se hizo tras atoparse accidentalmente con uno de ellos en las proximidades de Pin-nuk, hace hoy cinco siglos. Se trataron de traducir los símbolos del trozo, pero todo esfuerzo fue en vano.

»Jamás se olvidó la búsqueda de la Llave, pero aun así el asunto quedó relegado a un segundo plano. Viendo que sería como buscar una aguja en un pajar, solo cinco de todos los alojados en la casa de los Mensajeros fueron destinados desde entonces a ella, dedicándose los demás a la inserción de los nuevos saberes técnicos y demás disciplinas que llegaban a través de los enviados por la Puerta.

»Pero uno de los miembros de aquella delegación encargada del estudio y búsqueda de la Llave poseía un secreto. Un poderoso secreto que jamás sabrían más de dos personas al mismo tiempo en toda Yunnia, un tesoro donado de ancianos a jóvenes durante todas esas generaciones. Aquel portador se dedicó con ahínco a la traducción de la extraña simbología, y lo más sorprendente es que lo consiguió. Más que traducir, descifró. Recuperó el antiquísimo alfabeto divino, perdido en la biblioteca de la Casa, y comprobó que cada símbolo era una mezcla de varios, dando como resultado una extraña figura. Separó las letras, transcribió y tradujo. No solo era una llave, también era una clave. Era el medio y el modo. E incluso era el qué, porque no solo hablaba del origen físico humano, sino también del divino.

»En definitiva, y aunque estuviese incompleto (dando lugar por ello a fragmentos de palabras incomprensibles), pudo dilucidar la magnitud del descubrimiento. Si no había un error, Deicos, la Morada de los Dioses, el lugar de origen

del ser humano, trascendía a lo divino. Es decir: Deicos sería la puerta real al mundo de los dioses. El modo en el que el hombre se pondría en contacto con lo más alto, con lo más inalcanzable, con lo más... deseado.

»Los dos fragmentos que tienen ustedes, contienen, por tanto, los datos necesarios para completar el mensaje, que por primera vez se podrá leer íntegro. Tienen en sus manos la respuesta a la mayor de las aventuras imaginadas jamás por la mente del ser humano. El contacto con lo todopoderoso.

El niño cerró la boca y sonrió. Estaba satisfecho y orgulloso de haber sido el elegido que pudo romper el secreto.

—No puedo creer que lo que dice ese niño sea cierto —susurró Euni mientras seguían a la pequeña multitud que se movía—. No creo en los dioses, ni mucho menos en que fuesen tan místicos y cercanos a nosotros (y a mí, en concreto).

—Yo no tuve jamás en mente a los dioses, pero, sin embargo, creo en el relato. No en que Deicos sea una puerta de acceso a lo divino, sino que, más bien, Deicos es algo divino, dando el poder de cruzar el umbral entre dos mundos. Confío en la infinita sabiduría de los antepasados, y no cabe duda de que si hay tres templos sagrados en Yunnia es porque había realmente una creencia firme en los seres supremos. Quién sabe, puede haber alguna sorpresa, pero no creo que vaya más allá del significado místico de la Puerta. Sea como sea, debemos seguir el curso de los acontecimientos. Una vez lleguemos a ese punto... ya se verá.

Siguieron caminando con tranquilidad. Se metieron en un estrecho pasillo, oscuro, y durante casi diez minutos siguieron avanzando. La chica estaba sorprendida por la extraña longitud de aquel pasillo, pero de forma inmediata la obligada fila de a uno comenzó a detenerse, a la vez que ascendían una rampa. Estaban llegando al final.

Delante suyo tan solo estaban las cuatro personas que habían hablado durante la narración: al frente, el anciano, y al final, junto a Euni, el niño.

Sintieron que se abría la puerta. La fila volvió a ponerse en marcha, y la atravesó lentamente. La luz les cegó momentáneamente, pero cuando los ojos se acostumbraron pudieron ver que estaban...

En medio del mar.

Una vez más, el líquido elemento se convertía en protagonista. Aparecían en un pequeño islote, en el cual no había más que hierba, algo de arena, la puerta y un sencillo muelle. No se veía tierra ni al horizonte, y el agua estaba estanca. Ni la más leve onda alteraba la plana superficie acuosa.

El medio centenar de personas fue saliendo poco a poco por la puerta, esparciéndose por el reducido espacio con el que contaban. No parecía que hubiese nada digno de atención por ahí, y era improbable que la Llave estuviera cerca.

—No tardará —sentenció el anciano.

No se equivocaba. Tras un rato sintieron algo de movimiento en las tranquilas aguas. Se intuía que una embarcación se acercaba a la isla, más concretamente al muelle. Se redujo el movimiento. Las aguas volvieron a tranquilizarse, y tras un golpe seco sobre la madera del puerto, una figura apareció por lo alto, bajando la rampa con cuidado. Al ver su mostacho, Euni casi explota de emoción. El robusto cuerpo, curtido por los años en alta mar, se acercó presto en cuanto bajó para abrazar a la joven, que se había adelantado unos pasos.

—¡Buenas tardes, Euni! —dijo el Capitán Kolfnet— ¡Veo que te alegras de volver a estar ante el Barco de la Noche!

—¡Qué sorpresa tan grande! —expresó con sinceridad— Aunque no entiendo que haces aquí...

—Las cosas a su debido tiempo, ¿no crees? —finalizó, guiñándole el ojo.

El corpulento hombre avanzó, y saludó a unos cuantos Mensajeros situados más cerca, ofreciéndole también la mano a Kirant. Parecía que habían olvidado la ligera tirantez que había entre uno y otro. Pensé que no estaba el tiempo para piques tontos.

—Un placer volver a verte —dijo Kirant cortésmente.

Aunque los movimientos fuesen con calma, yo estaba impaciente. Quería saber ya qué hacía el Barco de la Noche allí, a esas alturas de la película. Los datos que habían sido desvelados en tan poco tiempo aportaban mucha información teórica, pero quería ver hechos. Quería ver avances reales. Y por supuesto, dentro de la embarcación había algo de eso.

—Entraremos ya, ¿no? —preguntó el capitán, casi tan impaciente como yo.

Un asentimiento mudo generalizado fue más que suficiente.

—¡Pues arriba! Tened cuidado con la rampa, no sea que alguno se dé un baño innecesario. Id de uno en uno.

No hubo problemas. En cuatro minutos todos estaban ya en el salón de la planta baja. Parecía como si no hubiera ningún tripulante, lo cual me pareció lógico: si tanta importancia tenía lo que guardaba el barco, era impensable que estuviesen enterados del tema tantas personas. Lo sentí por Euni: aún recordaba que allí estaba destinado su novio, aquel tal Josif. Tendría que esperar para volver a verlo.

Con el capitán a la cabeza, volvieron a moverse, esta vez bajando las escaleras, hacia la bodega. No tardé en recordar el porqué.

Se situaron en torno a aquella puerta cerrada a cal y canto, pegada a la que llevaba hacia el camarote vacío. Kolfnét hizo un gesto a Euni, indicándole que fuera ella quien la abriera. Sin vacilar, puso su mano sobre el pomo, y como era previsible —pero no por ello menos sorprendente— giró.

Abrió la puerta lentamente, para descubrir poco a poco lo que había al otro lado. Sin embargo, estaba todo oscuro, y no fue hasta que la abrió del todo cuando se encendieron las luces.

El habitáculo era realmente pequeño: no alcanzaría los cuatro metros cuadrados. Las diminutas paredes estaban forradas de libros sobre invisibles estanterías. Pero lo más importante: en medio reposaba, dentro de una vitrina de cristal, el semicírculo que completaría la Llave, esperando ser recogido.

Me giré para apreciar con mayor claridad los gestos de los presentes. No me equivoqué al pensar que no tendrían desperdicio.

El anciano, como siempre al frente, tenía los ojos brillantes y una entrañable sonrisa de emoción que jamás olvidaré. Su arrugada cara irradiaba la felicidad de haber obtenido algo soñado por sus más remotos ancestros. Al fin estaban las tres piezas juntas.

A su lado, la mujer madura no podía contener las lágrimas, y la joven mostraba la cara de satisfacción característica de su orgullo juvenil. Los demás Mensajeros tenían, en su mayoría, el mismo gesto de alegría y emoción. Euni y Krirant se limitaban a ver sonrientes la pieza de piedra. Me dije que si estaban así tan solo por ver el fragmento conocido de la Llave, no quería ni pensar en cómo estarían cuando pudiesen cruzar la Puerta.

—Si me permiten ustedes dos, cogeré el pétreo objeto que tienen en las manos para que, por primera vez, las tres partes puedan reposar juntas. Será así hasta que encontréis la Puerta, ¿de acuerdo?

“Qué remedio”, oyó Euni en su mente, mientras veía que Krirant le tendía el suyo. La chica no pudo sino hacer lo mismo. De forma inmediata, los metió dentro de la vitrina, a salvo de cualquier mala intención.

—El Barco de la Noche cancela sus actividades de forma indefinida hasta que así sea, manteniéndose en alta mar y dispuesto a presentarse donde se le requiera en cualquier rincón de la geografía yúnnica en menos de veinticuatro horas. Aprovecho para desearos buena suerte, en una misión que es tan mía como vuestra. Mis *padres* lo habían soñado por siglos, y parece que lo vais a conseguir.

El capitán avanzó un paso y le dio un fuerte abrazo a Euni, volviéndole a tender la mano a Krirant, y después a los mismos de antes.

—Aquí me quedo. Firrich, téngame informado.

—No lo dudes, viejo amigo —contestó el anciano.

22

Un enorme atlas estaba puesto sobre la mesa. Era, sin duda, el más detallado —y bello— que Euni e incluso Krirant habían visto nunca.

—En fin, gracias a las fotocapturadas —así llamaban ellos a las fotografías...— tenemos ya la traducción de la inscripción de la Llave.

Habían pasado doce días desde que la Llave reposase por primera vez íntegra en el Barco de la Noche. Durante ese tiempo, mientras el investigador trabajaba en el mensaje oculto, se habían dedicado a descansar. Si bien Euni ya había estado una semana sin hacer nada poco antes, no le vino mal algo más de distensión. Era divertido observar la vida de los habitantes de la Casa, y perderse una vez más en libros ajenos, con decenas de lectores ocultos entre sus páginas. No había modo mejor de relajarse y disfrutar con tranquilidad.

Sin embargo, con los resultados del análisis, la descryptación y la posterior traducción, el descanso se vio definitivamente interrumpido. Ya era hora de volver a la aventura, y retomar la Misión comenzada hacía casi un mes —aunque pareciera mucho más tiempo.

—“Dios y hombre se tocarán con la yema de sus dedos, como un sueño cumplido, descubriendo los mayores secretos del Universo. Llave y Puerta, el cómo y el dónde. El dónde y el cómo. Todos los mundos serán uno. Secretos y leyendas, olvidadas tal vez, en el inexpugnable lugar, donde el verde y el azul fluirán dejando paso al Templo. El Templo de los Sueños”.

Y aunque procedería comenzar con el análisis, las cinco personas —el traductor, el anciano, la mujer madura, Euni y Krirant— se quedaron mudas de la impresión. Aún no se creían que tuvieran todo lo necesario para llegar al final. Quedaba solo el último paso: hallar la Puerta.

El mensaje era claro, pero a la vez enigmático. Su estructura no dejaba lugar a dudas. Las primeras frases eran irrelevantes, al menos por el momento, pues simplemente indicaban qué había tras la Puerta. Pero la que rompía con el ritmo obtenido por las anteriores era la penúltima, la que les debía interesar: ahí estaba, a todas luces, las pistas para llegar al emplazamiento de la Llave.

—Debemos deshacernos de todo el contenido literario. Dudo que haya dudas en relacionar verde con plantas (y

por extensión, campo o bosque) y azul con agua (río o mar).

—De este modo —expresó Euni—, eliminamos los tres desiertos, la Gran Llanura Seca y los Pastos Secos, además del Cinturón de Roca, la formación rocosa del monte Ineae y los montes Lésticos.

El traductor, llamado Nomao, desenrolló un papel transparente que había debajo de la mesa, y lo extendió encima del mapa. Sacó también seis rotuladores, parecidos a esos que son permanentes, y los repartió. Acto seguido, fue tachando las zonas que Euni había nombrado, y sin dañar el precioso atlas gracias a aquella lámina.

—Más pistas. “Lugar inexpugnable”. ¿Qué creéis?

Krirant, tras meditarlo dos segundos, respondió.

—La geografía yúnnica está ampliamente recorrida, examinada y medida, y sin embargo quedan dos reductos cuya ocupación aún no ha sido posible, y además coinciden con la primera pista que hemos hablado. Primero están los Bosques Límite, fin de la zona menos habitada del mundo. Posiblemente no haya más de cincuenta personas que hayan regresado de allí vivas en toda la Historia, debido a la dificultad que entraña el acceso. Las terribles y violentas corrientes impiden llegar por mar, y por tierra, los animales salvajes, los insectos tropicales y las altas temperaturas logran convertir el viaje en una aventura de locos. Ni siquiera el Río Infinito da tregua, con su avance lento, interrumpido de repente por grandes saltos de agua, en los que más de un explorador ha muerto a costa de las mordeduras de pirañas tras volcar su embarcación. Eso sí, los contados supervivientes coinciden en afirmar que el bosque, al final de la travesía, es todo un regalo. Allí pudieron los más afortunados disfrutar de dulces y sabrosos frutos tropicales, apreciar bellísimas flores de las más diversas especies, altísimos árboles de todo tipo, mansos animales herbívoros absolutamente desconocidos y demás maravillas de la naturaleza.

»El segundo y último lugar son los Bosques de Iara, aún menos conocidos. Si el acceso a los Bosques Límite es dificultoso, al pulmón verde del Reino Iárico es simplemente imposible. No hay ser humano que haya podido atravesarlo, y no muchos más han podido entrar en él. Está situado sobre una brusca y muy alta meseta joven, que forma, sorprendentemente, acantilados simultáneamente sobre el mar y sobre la tierra. Como un pedrusco que emerge cientos de metros de altura sin ton ni son. Además, las pocas personas lo suficientemente hábiles para escalarlos no han logrado hacerse paso entre los férreos árboles ni con las sierras mecánicas más modernas. El río Iarek avanza bajo tierra, por estrechas grutas en las que no hay hombre que quepa. Es, sin duda, el rincón inexpugnable de Yunnia por excelencia, y creo no equivocarme al afirmar que es el lugar que buscamos.

—Sin duda, contando además con la última pista clara de la que disponemos: cuna de secretos y leyendas. Somos todos conscientes de la infinidad de leyendas sobre criaturas fantásticas que circulan en el folclore popular desde hace siglos, centrándose en el rincón imposible que conforman los Bosques de Iara.

—Y no olvidemos, que, por curioso que parezca, en torno a nuestro otro lugar digno de sospecha, los Bosques Límite, no circulan ni de lejos tantas leyendas, por no decir que no circula ninguna. Para empezar, le ha quitado el misterio el hecho de que ya haya personas (aunque pocas) que lo han visitado, y que en su momento contaron su testimonio, pero es que, al ser una zona precisamente deshabitada, además no hay quién idee y difunda esas leyendas.

—Totalmente de acuerdo —afirmó la mujer madura, una tal Dijkhstir —nombre impronunciable—, que no había abierto la boca en todo el rato.

—¿Alguna opinión? ¿Alguien en desacuerdo? —preguntó Krirant.

No hubo respuesta.

—Pues bien, ahora debemos afrontar el problema más inmediato. ¿Cómo podríamos meternos y ver qué esconde el bosque?

—Lo vamos a tener complicado —dijo Euni—, si es cierto eso de que nadie ha podido lograrlo. Aun así, sé que contáis con medios de los que el ciudadano de a pie carece.

—Supongo que necesitaremos mucha improvisación —afirmó el anciano—, pero no podemos ir sin un mínimo plan inicial.

A nadie se le ocurrió nada.

—Deduzco con este silencio que no hay ideas, así que tendremos que verlo una vez estemos ya allí.

No obstante, Euni tenía una propuesta.

—He llegado a una conclusión. Se supone que todos los que han observado y ansiado conocer el secreto oculto de los Bosques de Iara lo miraban desde abajo. Alzaba la vista para tratar de ver, a lo alto, los gigantescos árboles que serían la continuación del acantilado. El más afortunado lo habría visto frente a frente, sintiéndose impotente al ver que no podía atravesar la muralla vegetal que lo protegía. Mas aún queda una perspectiva. ¿Y si fuésemos capaces de observarlo desde arriba?

»Contamos con que haya un Templo real dentro. Pues bien, no es seguro, pero sí muy probable, que se encuentre en un descampado, en un claro del bosque. El hombre tiende a construir en tierra libre, vacía, como demuestran las ciudades dispersas por los Bosques del Este, por ejemplo. Además de tenerlo localizado, si así fuera, sería un lugar idóneo para “aterrizar”, pues es mucho más cómodo que hacerlo en la copa de los árboles —concluyó con ironía.

—Una idea sencilla pero útil —sentenció el anciano—. Si nadie aporta nada nuevo, haremos lo que dice. ¿De acuerdo?

Hubo un unánime asentimiento. Allá iban.

Aunque no fuese al compás con el ritmo vital de los Mensajeros, Euni seguía yendo a la cama un par de horas después de que el Sol se pusiese, como había hecho toda la vida.

Le gustaba estar allí acostada, descargando los depósitos de pensamientos por unos minutos hasta que el sueño llamase a su puerta, y aprovechaba para reflexionar y tratar de resolver las preguntas que quedaban sin respuesta, además de percatarse de los detalles que se le podían haber escapado.

Al día siguiente, por la mañana —aunque no demasiado temprano—, irían ya a los Bosques de Iara. Ansiaba conocer aquel lugar, aquella cuna de monstruos y hadas en los que tanto había imaginado de pequeña. Esos cuentos que su madre le narraba para tratar de tranquilizarla y conseguir que se durmiera, pero con una pizquita más de subrepticia sabiduría en su cocorota.

El viaje estaba llegando a su fin, era evidente. Posiblemente al día siguiente estuviesen frente a la Puerta, y era cuestión de pocos días que se abriese, como había ocurrido siete años y medio atrás. Pensó en todo lo que habría al otro lado, en el inmenso mundo que sería el origen de toda una Humanidad. Cómo vivirían, qué logros habrían obtenido, qué maravillosos lugares tendría.

Aun así, podía darse por satisfecha. Aquella aventura le había llevado, en un mes, por infinidad de lugares de Yunnia conocidos y, lo que es mejor, por otros tantos desconocidos. Había vivido situaciones tensas, e incluso un terrible asesinato. La muerte de Ian, que aún estaba sin esclarecer.

Había pensado mucho en él los días anteriores. Era una pena que un chico tan trabajador, leal, bondadoso y, sobre todo, inteligente, hubiese perecido de tan cruel modo. Pero se veían obligados a llegar a la Puerta lo antes posible, y para eso no se puede reparar en sentimientos.

No podía evitar sentir lástima por ese cadáver perdido, por esa madre desaparecida, por esos padre y hermano huérfanos a la espera de noticias. Por esa familia deshecha por culpa de la acción externa.

Y ella se quejaba de la suya. Un padre en las malas artes, una madre obligada a obedecer y a callar. Y su hija, ella misma, metida en un mundo que le quedaba grande.

Parecía que la dulce pesadilla —aquella aventura— estaba muriendo también. Alcanzaría el cénit en breves, pudiendo restaurar la rutina con su fin. Volver, que las cosas volviesen a su sitio, tal y como estaban antes de aquella locura.

Una vez más, con nostalgia, pena y esperanza en su cabeza, Euni volvió a caer rendida ante el sueño, cansada y confusa ante el futuro incierto que se asomaba a la vuelta de la esquina.

No eran ni las diez de la mañana y ya estaban todos preparados. Se había planeado la salida a las diez y media, pero ya que no quedaba nadie por llegar decidieron ponerse en marcha.

—¿Cómo iremos hacia allí? —susurró Euni a Krirant mientras salían del salón.

—Los Mensajeros tienen delegaciones en multitud de ciudades. Apareceremos en la más cercana, que en este caso es Ram.

No le gustaba nada eso del teletransporte, por todo lo ocurrido días antes, pero no cabía duda de que era cómodo y, obviamente, muy rápido. Como no quedaba más remedio, se limitó a alegrarse de que estarían bien pronto delante del enigma.

El comité estaba formado por los mismos que habían discutido el día anterior sobre la localización de la Puerta. Incluso el anciano había accedido a acudir, una vez Krirant le convenció de que no supondría un estorbo, ni mucho menos.

Como siempre, aquel pequeño y arrugado hombre estaba al frente. Caminaron por un par de pasillos de la Casa antes de localizar la puerta que comunicaba con las delegaciones. Una vez la abrieron, pudo apreciar la oscuridad que había adentro, tan solo aderezada por unos diminutos hilos luminosos situados en el techo. Era lo único que hacía ver que el pasillo era tan estrecho como aquel que les había llevado al muelle.

Las paredes eran, para más inri, de color negro. Conforme avanzaban, solo fueron capaces de intuir las diversas bifurcaciones que el pasillo tomaba. De hecho, no siguieron el camino recto, precisamente. Hasta tres veces cambiaron de dirección.

Para sorpresa de Euni y Krirant, en menos de dos minutos estarían ya afuera. Firrich abrió la puerta del final y aparecieron en un luminoso despacho, vacío, eso sí. Conforme salía el quinteto, se iban esparciendo por el habitáculo. Una vez todos estuvieron afuera, cerró la puerta, y la volvió a abrir. Al otro lado ya no había el lúgubre y bizarro pasillo: tan solo un bonito patio, fresco y bien iluminado —tanto como el departamento. Una vez bajaron las sencillas escaleras, pudieron apreciar de cerca los cómodos sillones y la fuente que suavemente emanaba una deliciosa agua. Elaboradas y elegantes alfombras cubrían el suelo, y a los lados dos pequeñas estanterías estaban moderadamente

rellenas de libros de la más variada temática. Un lugar donde pasar una relajada tarde sin agobios, ajenos al calor que, eran conscientes, hacía afuera.

Y es que por todos eran conocidas las altas temperaturas que se alcanzaban en el Reino Iárico, llegando incluso los 42 grados de agua —como bien sabe el lector, equivalentes a los centígrados. Mucho líquido y sombra, lo mejor para afrontarlos.

Así fue: al salir por la puerta de cristal, tras saludar al portero, más de uno sintió que le faltaba el aire. Y desde luego, tampoco había viento que pudiera refrescarles algo. Pero aunque hiciese verdaderamente mucha calor, no tardaron en acostumbrarse. Afortunadamente el clima era seco, lo cual facilitaba la adaptación.

Era una calle transitada, peatonal —como todas las de Yunnia, me dije. Céntrica, es posible. Avanzaron por ella, agradeciendo los toldos que había a lo alto, enganchados en los edificios de ambos lados, puestos tal vez por el patrocinador que había estampado su logotipo en una esquina. De cualquier modo, era un alivio no tener que enfrentarse al Sol cara a cara, al menos por el momento.

Dijkhstir guiaba. Tuvieron que apartarse un par de veces al oír un silbato, y así dejar paso al tranvía, mientras yo quedaba atónito ante lo que veía. Incluso los medios de transporte mecánicos estaban llegando a aquel mundo. Es más: no tenían vehículos y ya usaban transporte público. Al menos no habría tanta polución, me dije sonriendo.

Tras atravesar un par de calles de aspecto similar, nos detuvimos en un aparcamiento de calesas. Nos atendió un hombre. Le dijimos el destino, y con gran salero nos indicó que en cinco minutos saldríamos, porque tenía que arreglar un pequeño asunto.

Mientras, nos percatamos de que la calle acababa con el cauce del río Iarek, pero nos impresionó más la ancha torre de planta circular que había justo delante.

—¡La torre dorada! Una maravilla, ¿verdad? Pues como todas las cosas que hay en Ram... —exclamó con entusiasmo y mal disimulado orgullo el conductor, que ya estaba de vuelta.

El trayecto fue breve: faltaba una hora para mediodía cuando llegaron a los Bosques de Iara. Tras pagarle tres ertabios, el conductor, contentísimo ante la inesperada propina, se marchó rápido, antes de que se arrepintiesen.

Estaban sobre hierba. El terreno se limitaba a eso: un gran prado, con un pequeño número de árboles esparcidos por él. Podían ver al oeste como nacía un bosque, y al este, bastante cerca, el río Iarek, cuyo curso no habían abandonado en todo el viaje.

Pero nada de eso les interesaba lo más mínimo. Debían centrarse en la gran pared de roca que tenían al frente.

Era tal y como se lo habían imaginado. El monumental acantilado tenía unos setecientos metros de altura, y en su cima podía verse una muralla de árboles. La barrera parecía infranqueable, pero era necesario actuar. Así que, sin perder un segundo, iniciaron el plan.

Lo primero que hicieron fue avanzar, para estar más cerca del terraplén. Una vez allí, Krirant no esperó para desaparecer. Un kilómetro por encima de sus cabezas aparecía de nuevo, tratando de ver qué escondía el espeso bosque de la meseta.

Cinco segundos después —¡contados!—, volvía al lado del grupo. Tenía gesto de alegría: buena señal.

—No os vais a creer lo que hay ahí arriba. Dejaré que lo veáis con vuestros propios ojos.

Como habían hablado, se agarraron todos de la mano. Una vez estuvieron bien cogidos, Krirant provocó un nuevo teletransporte.

Un instante más tarde descendían en caída libre, tal y como al Escondido le había ocurrido un minuto antes. Fue la mejor manera de ver, aunque por poco tiempo, el interior del bosque.

O del no-bosque, porque los árboles se limitaban a formar la muralla. Dentro, grandes campos se extendían por todos lados. Pudieron ver coloridos cultivos, rebaños —lo que indicaba que había pastos— e incluso pequeñas aldeas. En definitiva: había gente viviendo en aquel inhóspito territorio.

23

Se posaron con suavidad sobre del césped. A unos metros, una vaca rumiaba y les miraba con cara de infinita estupidez. Un poco más allá había un sendero: sin duda útil para llegar a alguna población. Se dirigieron hacia allí, e iniciaron la marcha, sin saber qué se encontrarían.

Krirant se cambió entonces de aspecto, al suyo propio. No había amenaza: nadie que hubiese ahí reconocería a un Escondido. Habrían estado aislados durante milenios: era imposible que tuvieran esos conocimientos culturales.

Caminaron bastante rato. Pasaron al lado de pequeños bosquecillos, subieron y bajaron colinas, e incluso se refrescaron en las limpias aguas de los lagos que aparecían de vez en cuando cerca de la senda. No obstante, tardaron más de hora y media en encontrar vida humana.

Fue una niña de holgados —y anticuados— ropajes la que apareció en medio del camino. Sonreía, y se la veía

feliz: tal vez estuviera jugando con más infantes, lo cual sería una señal inequívoca de que estaban cerca de una población.

Dijkhstir, entendiendo que era la persona del grupo que más confianza le inspiraría, le preguntó su nombre, a lo cual la niña respondió con unas extrañas palabras que solo Firrich supo entender.

—¡Rasénido! —exclamó el anciano, excitado—, ¡esa niña habla rasénido!

—¿Qué clase de idioma es ese? —preguntó Euni extrañada.

—¡Una lengua que se creía muerta! Es el origen de todos los idiomas yúnnicos, de los siete dialectos pre-unificación, cuyo conocimiento hoy día está reservado a cuatro estudiosos por todo el mundo. Tenemos fortuna de que yo soy uno de ellos. Y parece que la lengua de esta muchacha es pura, por lo que no supondrá problema comunicarnos ni con ella ni con cualquier persona que nos encontremos aquí.

Primer golpe de suerte, se dijeron los demás.

Firrich le soltó unas cuantas palabras extrañas. La niña contestó con otras tantas, levantando en una ocasión sus manos menudas, alzando cinco dedos de la izquierda y dos de la derecha.

—Se llama Tivia y tiene siete años —tradujo.

Siguió el diálogo, esta vez con un mayor intercambio de palabras.

—Dice que vive cerca de aquí. La aldea se llama Biloa, y debe de ser bastante grande, por lo que he entendido.

—Pues allá vamos.

—*Criseti* —agradeció a la pequeña, que en un abrir y cerrar de ojos ya se había marchado.

—Me dijeron que el Templo estaba a un cuarto de día de caminata, y se llega siguiendo el mismo sendero. Allí guardan la piedra sagrada: no tengo ni idea de qué es, pero será interesante estudiarlo. Compañeros, creo que la hemos encontrado.

—Ya queda menos. Aun así, ¿no os extraña pensar que no reaccionen al menos con curiosidad ante forasteros? ¿No se supone que esto está muy aislado?

—Sí, pero me han preguntado que si venimos de una de las aldeas del sur. Le dije que sí, no querría alarmarlo de ningún modo. A saber por qué nos tomarían si decimos que venimos del exterior.

Se despidieron del buen hombre, ya entrado en años, que les había respondido a las preguntas. Algo me decía que tenía autoridad en el pueblo, que era un hombre respetable. Desde luego, sus conocimientos y su gentileza no sugerían lo contrario.

Tenían agua y comida suficiente para el viaje, pero el anciano se detuvo. No pudo evitar la tentación de pedirle algo de alimento, para saber, por simple curiosidad, de qué se alimentaba esa gente. Desconocía el modo para pagarle, pero encontrarían algo.

Cuando lo hizo, el aldeano sonrió y se metió dentro de una de las cabañas. Salió de allí con cinco pequeños bollos y una bota de agua. Tras preguntarle qué quería a cambio, el hombre respondió que era un regalo para los forasteros. Se lo agradecieron de nuevo y, entonces sí, dijeron adiós para siempre a aquella aldea.

Iban a paso ligero, sin prisa pero sin pausa, como se suele decir. Pararon tan solo una vez, para comer y descansar un poco.

Fue Nomao, el investigador, que se había mantenido al margen de toda conversación durante el día, el primero que mordió el bollo de pan. Cuando lo hizo, se sorprendió al ver que había algo blando dentro. En un principio sintió asco al no saber que era, pero la vista y el gusto confirmaron que aquello era realmente delicioso. El bollo estaba relleno de carne picada, seguramente de ternera, con salsa de tomate y alguna especia: en definitiva, un manjar conocido también por aquellos lares.

Con el estómago lleno, la sed calmada y las piernas relajadas, decidieron volver a ponerse en ruta, ni tan siquiera media hora después de iniciar la pausa. Tenían ya ganas de llegar.

Era temprano, pero ya comenzaba a anochecer —como siempre ocurre a finales de otoño. Seguían impacientes. Una pura e inocente curiosidad dominaba los pensamientos de cada uno de los caminantes. Cada uno con sus fantasías, con sus esperanzas y expectativas, daba cada paso disfrutando subconscientemente del encanto de aquel lugar, y conscientemente, cebándose de ese sentimiento tan bonito de la intriga y fascinación por lo desconocido.

No faltaba mucho, eso lo tenían presente. Era muy probable que llegasen en una o dos horas.

Pero les pilló por sorpresa. No esperaban en absoluto darse de bruces con él. Así fue, ni más ni menos: atravesaban un bosque cuando, de repente, sin haberlo visto ni tan siquiera, tocaron suelo pedregoso. Veinte pasos más allá, les esperaba el pequeño Templo.

Era muy diferente a los otros dos que habían visitado. También de piedra, pero negra: parecía obsidiana o azabache; era de color intenso. Solo eran tres pilares cónicos dispuestos sobre una base triangular, una tela también triangular que cubría la zona interior y un pequeño altar resguardado en el mismo hueco. Podría calificarlo, desde mi

modesta opinión, como un monumento raro.

Lo examinaron de arriba a abajo, buscando algún lugar donde colocar la Llave, o cualquier rasgo digno de su atención. Por desgracia encontraron únicamente una piedra situada cuidadosamente sobre el altar, que tenía un extraño símbolo. Era muy elaborado, pero distinto a los que habían tenido que descifrar para llegar allí.

—Hazle una fotocapturada —dijo Krirant al investigador, provocándome de nuevo la risa por la curiosa palabra—, ya lo estudiaremos cuando volvamos.

—Por el momento ya sabemos a dónde venir. Un poco modesto, es cierto, pero no tenemos indicios de que sea en otro lugar, y no cabe duda de que este es el único Templo de todos los Bosques de Iara, por lo que me dijo aquel hombre.

—Más que suficiente —exclamó Dijkhstir sin dudar, lacónica.

Giraron sobre sus pies, para alejarse del bosque y pasar la noche en alguna posada, pero Krirant pidió silencio de súbito.

Todos los ruidos del bosque acallaron, y el aire dejó de mover las ramas. Krirant había detenido el tiempo.

Firrich, consciente de ello, habló.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has escuchado?

—Ya están aquí —dijo un poco nervioso—. Nos han seguido.

Euni habló por los demás.

—¿Quiénes están aquí? —preguntó. Sin embargo, reflexionó y terció la cuestión— ¿Qué nos estáis ocultando?

Krirant y Firrich se intercambiaron una rápida mirada.

—No lo hablamos con vosotros, pero hemos llevado a cabo, durante estos doce días, un sencillo plan para engañar a los Escondidos. A los míos, sí. Viendo el peligro que suponían para nosotros, y utilizando su ignorancia sobre todo lo relacionado con la Puerta, les hicimos ver que tenían localizadas todas las partes de la Llave. La primera, como es evidente, es la mía, cuyo descubrimiento les reporté de forma inmediata, y la segunda se la pusimos delante de las narices, haciendo que la encontrasen con facilidad. Además, desconocen que la Llave se divide en tres partes, por lo que eso fue suficiente.

—Pero le han seguido para arrebatarse el otro trozo.

—¿Saben que les has traicionado? —preguntó el investigador, tenso.

—No. Les he enviado señales de que me han atacado y he perdido algunos de mis poderes. De que estaba confuso y desorientado. Es demasiado sencillo, pero contra todo pronóstico se lo creyeron.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Dejar que me encuentren, darles una parte falsa de la Llave y nada más.

—¿Y nosotros?

—Creo que en esta situación es necesario hacer uso de una vara de transporte —dijo Firrich—. Confío en que no sea un malgasto.

Sacó entonces de su mochila un pequeño bastón de unos treinta centímetros, hecho de vidrio y oro. Les explicó que sería capaz de llevarles de vuelta a la Casa. Los Mensajeros solo disponían de tres de ellos, pero considerando que era un momento de cierta emergencia no quedaría más remedio que usarla: los demás lo comprenderían.

—En cierta parte me alegro. Si no me llegan a encontrar, hubiese tenido que provocarlo más adelante.

»Os aportaré invisibilidad durante seis minutos. Quiero que presenciéis esto. Después, volveréis con la vara de transporte.

Se acercó a Euni, y le dio un fuerte abrazo. La chica, atónita, se lo devolvió. Algo le estaba empezando a mosquear.

—Muchas gracias por todo. Saludaré a Ian allá donde esté de tu parte. Y perdonadme por todos mis errores.

Se estaba despidiendo para siempre. Tenía la certeza —evidente, por otro lado— de que algo terrible iba a ocurrir, pero una vez le soltó algo le impidió proferir un mínimo sonido, ni mover un solo músculo. Euni sintió que se hacía invisible, y alrededor todos menos Krirant también desaparecían. Volvía a escucharse el murmullo de las hojas, e incluso algún búho.

Krirant caminó hacia adelante, hacia el Templo. Y esperó, fingiendo que lo examinaba. El pequeño séquito no tardó en llegar.

La propia Pakli lo encabezaba. Seguía igual de altiva y digna ella, pero su belleza ya no era tal. Un par de feas arrugas le surcaban la cara, y sus ojos se veían cansados. Permanecía, eso sí, su potencia.

—¡Al fin, Krirant! ¡Lo que me ha costado encontrarte! Tan solo pude localizar uno de tus pensamientos, hace unos minutos, cerca de aquí. Vine lo más rápido que pude.

—¡Gracias a Dios! No tengo ni idea de dónde estoy. Esto es horrible, parece otro mundo. Aquí la gente no habla Yúnnico, y solo pude entenderme con ellos por señas.

—Han debido de ser unas semanas terribles. Además, sin poderes —dijo, no sin cierto regodeo.

—Ya casi no me queda nada; puedo hacer pequeñas cosas, nada más.

—Pese a todo, ya estás aquí, con nosotros. Te llevaremos hoy mismo al Refugio. Pero antes quiero presentarte al

nuevo equipo. El joven se llama Vilewn, y la muchacha, Elvihr. Son parientes, y perfectos sustitutos de los huidos. Ian y Euni me han defraudado, y sobre todo: me han sorprendido. Han logrado huir de nosotros como si nada.

Dos jóvenes chavales, seguramente de etnia eveúlica, miraban indiferentes al anciano Krirant. Parecían inteligentes, pero se les veía a la legua su soberbia. ¿Perfectos sustitutos? Lo pongo en duda.

Euni estaba muy sorprendida, y si no fuese porque tenía el pecho paralizado, se estaría riendo a carcajada limpia. ¿Qué función tenían? Solo en su mirada se adivinaba lo arrogantes que eran. Y para qué hablar de la estúpida decisión de buscar a alguien para ocupar el papel que desempeñaban Ian, ahora muerto, y ella misma. Se sentía herida. Posiblemente sus sentimientos hacia aquellos desconocidos eran exagerados, pero le comprendí.

—¡Qué decepción me he llevado con los chicos! —aparentó Krirant— Parecían implicados, pero ocultaban la huida. Tal vez eran débiles, y no pudieron soportar tanta responsabilidad.

—Tal vez. Tenemos que volver, ven conmigo.

—Espera.

Euni contuvo la respiración —más aún.

—La Llave. La tengo aquí, y quiero dártela ya, por si las moscas.

—Así ya la tendremos entera.

—¿Cómo? —exclamó Krirant, fingiendo impresión.

—Como lo oyes. Vilewn y Elvihr han encontrado el otro fragmento, cerca de Amirt. Así, podremos encontrar ya la Puerta.

—¡Qué gran noticia! Déjame verla, por favor.

Pakli metió la mano en la túnica, y extrajo el fragmento falso que Firrich había elaborado. Tenía la misma forma y tamaño que uno de los semicírculos de la Llave real, pero contenía una inscripción muy distinta.

—¡Qué alegría! —dijo Krirant sonriendo— Espera a que saque mi trozo...

El Escondido posó su rudimentario saco y extrajo, tras rebuscar un poco, el correspondiente falso fragmento. Se irguió, sonrió de nuevo y se lo tendió a la Matriarca.

Esta los alzó y unió. La muy ingenua creía que tenía la Llave, se dijo Euni.

Pero cuando lo bajó...

...

Cuando lo bajó...

Krirant se estaba desintegrando. Krirant se hundía, Krirant desaparecía. Krirant se quedó, en un abrir y cerrar de ojos, convertido en una pequeña montaña de cenizas y en un charco de agua.

Krirant había muerto.

El desconcierto y la impresión le duraron a Euni incluso cuando una mano le agarró el brazo e instantáneamente aparecía en el salón de la Casa, de nuevo en lugar seguro.

24

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a Krirant?

Euni estaba zarandeando a Firrich. Estaba histérica, fuera de sí. Medio centenar de Mensajeros la miraban asustados, sin mover un solo músculo.

—¡Dígamelo! ¡Cuénteme por qué ha muerto!

El anciano logró zafarse —con una peculiar delicadeza— y la cogió de los brazos. Fijó sus ojos en los de la chica, y la taladró con la mirada.

—Relájate —susurró.

Euni calló, y comenzó a llorar. Se abrazó a él, sintiéndose sola.

—¿Por qué? ¿Por qué otro más? —preguntó entre sollozos.

—No debes entristecerte. Es ley de vida. Sabía cuál era su destino, y lo dejó venir, feliz de haber vivido durante tantos años y, además, servir de ayuda para esta misión que está sobre tus hombros.

Cerró la boca. Nadie hablaba. Me había sorprendido el fallecimiento de Krirant, pero ahora lo entendía: su vida terminaría cuando le hubiese dado ese falso trozo de Llave a Pakli. Y cuando lo hizo, consiguió engañarla y alejarla de Euni: le buscó utilidad a su propio final. Esperé a ver si la conversación seguía.

—¿Y vamos a dejarlo estar de este modo? ¿Su vida ha acabado y vamos a hacer como si nada?

—Ha sido duro ver a ese chico, Ian, muerto, pero lo de Krirant es diferente. Él estuvo satisfecho con morir de ese modo. Desapareció con la sonrisa en la boca, habiendo disfrutado de una vida divertida y alegre. ¿Por qué habría que llorarle si ni él sintió pena por ello? Duele perder a un ser querido, pero en esta ocasión ese sentimiento debe verse contrarrestado por el recuerdo de su persona, con la seguridad de que ese ser se fue de este mundo sin nada que manchase su felicidad.

La potencia, el poder de convicción de Firrich, logró calmar a Euni. Dejó de llorar, esbozó una tímida sonrisa y dijo que quería irse a dormir. Al día siguiente vería las cosas desde otra perspectiva.

Cuando amanecía en el exterior, Euni despertó con ganas de vivir. Había dormido como un lirón: la pérdida de Krirant era simplemente un sueño del cual tenía constancia. Durante las horas en las que reposaba sobre la almohada, su cabeza había llegado a la conclusión de que, en efecto, no debería afectarle. Debía seguir adelante, guardando buen recuerdo de aquel hombre, pero sin derramar una sola lágrima más por su muerte.

Me sorprendió su entereza. Había logrado atacar su tristeza hasta derrumbarla, y ser lo suficientemente fría como para disfrutar de ser feliz. A mí me hubiese costado mucho más conseguir ese difícilísimo propósito.

Se puso en pie, y, descalza, salió de la habitación. Estaba muy serena, despierta aún a la hora que era. Se dirigió a la sala principal, y allí se sentó para meditar aún más sobre todo lo ocurrido.

Nunca se había parado a pensar en cómo moriría un Escondido. La forma fue extraña: desintegrándose dejando cenizas y agua. Facilita las cosas a la Naturaleza, pero es un tanto simple y, tal vez por eso mismo, sobrecogedor. Nada más que un puñado de polvo quedaba del que había sido un gran hombre.

Repentino, inesperado: no cabe duda. Nadie se esperaba su muerte, y menos de ese modo. Pero es curioso cómo pudieron aprovecharla para su propósito. Quizás tenía ya ganas de morir: había vivido bien, con felicidad y sabiduría. Poco más se puede pedir. Además, así lograría protegerla.

Ese plan secundario había sido ejecutado con total discreción. Por lo visto, nadie más que los propios ejecutores —Firrich y el ahora difunto Krirant— lo conocían. Euni tenía la certeza, además, de que habían insertado en la falsa llave una pista igual de falsa, que lograra alejarlos de ella lo más posible. Quién sabe, tal vez lo que quedaba de aventura fuese más relajado, y no tuvieran más problemas que los que les reportara la Puerta.

No tenía sentido darle más vueltas al pasado —aunque fuera reciente—, lo importante ahora era orientarse de nuevo hasta el objetivo final: esa misma Puerta. Por fin Deicos estaba delante de sus narices. Aún no sabían el significado de la última pista —el ideograma encontrado en los Bosques Láricos—, pero seguramente el eficaz investigador estaría ya trabajando en ello. Se suponía que era de una dificultad menor que el mensaje de la Llave, pero aun así, quedaban diez jornadas para que Deicos se abriera.

Pensó por un momento en la parte más interesante y morbosa de todo el viaje que estaba llevando a cabo. Qué habría realmente al otro lado. Más allá de ese Templo escondido en algún rincón de Yunnia.

Por lo que Firrich le había contado días atrás, los últimos Mensajeros, cuando lograban comunicarse con los ya yúnnicos, coincidían en describir un vasto mundo, cien veces mayor que Yunnia, y con unos avances técnicos, científicos y sociológicos inimaginables. Cuatro milenios de Yunnia no pudieron equipararse jamás a los dos del mundo paralelo, el gran mundo de origen.

Los habitantes de la Tierra —pues así lo llamaban— habían logrado hazañas dignas del más imaginativo de los sueños: cruzar el cielo y ver que hay más allá. Hablaron de planetas, de vida más allá del planeta, de extraordinarias galaxias en las que el hombre era la millonésima parte de una partícula de polvo. Aun siendo todos “convencionales”, eran capaces de verse en polos opuestos del mundo a través de una pantalla, o compartir toda su sabiduría en lo que los dos últimos Mensajeros llamaron Internet. Seis mil millones de personas vivían hasta en el más recóndito de los lugares de la Tierra, muchos de los cuales ni tan siquiera estaban documentados, con otras tantas culturas distintas.

Aun así, era un lugar con diversos problemas. Obviando el hecho inevitable de que los ciudadanos de aquel mundo hablaban infinidad de lenguas —millares, creyó oír—, tenían un sistema un tanto viciado: capitalismo, llamaban. El trabajo era lo único que importaba, impidiendo a las personas sentarse a disfrutar con los hijos toda una tarde, o perderse en la lectura de un libro.

Y eso, en el mejor de los casos. Porque miles de millones —Euni se estremecía tan solo con imaginarse semejante cantidad— vivían en condiciones infrahumanas, sin tener casi ni agua que beber.

Un detalle vio en común en aquellas descripciones con Yunnia: el Planeta, la Tierra, estaba siendo atacada por sus moradores. Incendios, contaminación, un extraño fenómeno llamado cambio climático, además de una notable suciedad espiritual estaban acabando con el alma de su Hogar. Sin embargo, este no se defendía como lo hacía Yunnia: tal vez habría aprendido a no dejar tanto margen y a controlar antes de que fuese demasiado tarde. Y por lo visto, no lo era aún en la Tierra, pero las cosas seguían yendo de mal en peor, al menos en ese aspecto.

Sea como fuere, con sus virtudes y defectos, Euni no podía evitar sentirse más que agradecida por ser la afortunada que conocería ese mundo, que volvería a la cuna de la civilización Yúnnica. Ni siquiera los ilusos que afirmaban que al otro lado de la Puerta estarían los mismísimos Dioses —una bonita pero insostenible leyenda— serían capaces de decepcionarse al encontrarse con el otro tesoro.

La chica siguió divagando durante más de una hora, hasta que el más madrugador de los madrugadores le dio los buenos días.

—Veo que ya has asumido la pérdida de Krirant. Inteligente rapidez, me atrevería a decir.

—Sí, te hice caso. No hay motivo por el cual deba estar triste. Le guardaré en mi memoria, guardaré también su cariño, y le estaré eternamente agradecida.

—No es para menos. Se lo merece.

El anciano dio un sorbo a su café.

—Nomao está tratando de descifrar el símbolo. Coincidimos en augurar que se trata de la última pista, pero aún no tenemos la certeza de que así sea. De cualquier modo, me dijo que con suerte hoy mismo tendría la transcripción.

—¿Alguna idea?

—Desde luego, el lugar ha de ser conocido. No queda emplazamiento en toda Yunnia tan ignoto como para albergar un Templo desconocido, exceptuando los Bosques Límite. Pero jamás han sido habitados: es hartamente improbable que se encuentre allí.

—En definitiva: el número de Templos se reduce a los tres de las montañas.

—Que han desaparecido —recordó.

—Es cierto. Un fenómeno de lo... ¿perdón? —cortó Euni— ¿Han desaparecido los tres? Es decir, ¿también el del Monte Kragdan?

—¡Así es! Veo que no andas tú muy enterada de lo que ocurre afuera. La última vez que lo vieron fue en la noche del sábado pasado. Al amanecer, no quedaba una sola piedra.

—¡Tres de tres! ¿Alguna vez había ocurrido esto antes? No, ¿verdad?

—Eso me he preguntado yo, y aunque no recordaba haber escuchado nada parecido, lo busqué en la Biblioteca por si acaso. Y negativo, no encontré nada. Podría vincularse a la apertura de la Puerta, pero ¿sin precedentes? Tendría que haber ocurrido otros cientos de veces...

—Supongo que deberemos ser pacientes y dejar de hacer cábalas sin conocimiento. Veamos si hay suerte y Nomao consigue descifrarlo.

—Me ha costado un poco más de esfuerzo, porque no tiene nada que ver con la codificación del mensaje de la Llave. Pero, fruto de la casualidad, he podido encontrar su significado, y es sorprendente.

“Suéltalo ya”, se dijo Euni, impaciente.

—Traté de buscar entre los treinta y ocho alfabetos distintos que la Historia nos ha dejado, entre ellos el rasénido, el fenámido, el orvítico y el Oculito, pero no se asemejaba en lo más mínimo a ningún símbolo de ellos.

—Y... —suspiró Firrich con cara de cansancio.

—Recordé una vieja historia que me contaba mi madre de pequeño. Ese símbolo estaba en la portada del libro que me leía, y si nos fijamos, se podría descomponer en —señaló con el dedo una a una sobre la foto— tres eses en distintas posiciones. S-S-S. Susas.

¿De qué estaban hablando?

—¡Oh, Dios mío! Es increíble. ¡Susas! —exclamó Dijkhstir sin acabar de creérselo.

—A mí también me sorprendió. No es para menos, Euni —dijo Nomao percatándose de que no se estaba enterando de nada—. Susas, o la Isla Emergente, es un islote legendario sobre el que habría un Templo que, curiosamente, sería vía para viajar a otros mundos. Un cuento infantil bien conocido en estos lares, pero que jamás pasó de ser un recuerdo de infancia.

Me detuve un instante. Me sonaba ese nombre. Saqué el tríptico —que ya debía estar cogiendo polvo— y busqué. Aunque no hizo demasiada falta. Más allá de los Bosques Límite figuraba una isla de considerables dimensiones de la que, en los tres mapas, solo aparecía el contorno. La leyenda indicaba con letras no demasiado grandes, pero en mayúscula, simplemente “Susas”.

—Una vez más, volvemos a toparnos con una leyenda hecha realidad —dijo para sí Euni.

—La aventura en sí es legendaria. Pasaremos a formar parte de la Historia desconocida de Yunnia.

—Y dentro de unos pocos días. Solo un puñado de días.

—Cuéntame más noticias que haya de afuera. No estoy nada enterada...

—Ya, ya me di cuenta. Pues, aparte de la sorpresa que causó en los medios por tercera vez la desaparición de un Templo, por lo demás la gente está calmada. Han cesado las rebeliones, y con ellas los fenómenos geológicos y meteorológicos. Afortunadamente, todos los frentes han retrocedido, incluso la lucha entre Escondidos y la gente normal.

—Quién lo iba a decir, teniendo en cuenta cómo estaba el mundo hace nada.

—¡Ah, pero que ahora esté todo en calma no significa que vaya a permanecer así por demasiado tiempo! La guerra ahora mismo se está librando entre periódicos y emisoras, acrecentando el temor y la crispación del pueblo, permaneciendo este, pese a todo, en sus hogares. Incluso la muerte de tu amigo ha trascendido.

—¿¡Cómo!? —exclamó Euni atónita.

—No sé cómo habrá llegado a la redacción del periódico, pero *Notas de Reish* ha publicado un artículo en portada de lo más sensacionalista, inventando no sé cuantas chorradas sobre el pobre chico.

—¿Cómo no me lo has dicho antes? —preguntó alterada.

—No lo vi oportuno. Tal vez debería habértelo contado, pero concluí que no había necesidad —contestó, tratando de justificarse, con toda la rotundidad y sinceridad que fue posible.

—No importa, no importa... De cualquier modo no hubiese podido hacer nada por evitarlo.

—Casi era mejor que siguieses aislada del mundo exterior. Tampoco apetece lo contrario leyendo algunas cosas que se escriben últimamente.

—¿Cómo que no se puede ir? —gritó Nomaó alterado.

—No, chico, no se puede navegar hasta Susas. Es de una peligrosidad extrema. Allí están las más veloces corrientes de toda Yunnia, que, además, alejan al navegante de la isla. Por eso es zona de navegación prohibida.

El capitán Kolfnet se vio obligado a deshacer las ilusiones de los Mensajeros que le escuchaban.

—A mí también me encantaría ir, pero no podemos improvisar. Ir allí y tratar de llegar por nuestra suerte sería una locura. Cientos de embarcaciones han desaparecido para siempre, por imprudentes, y no pienso ser quien os lleve a semejante destino —concluyó.

—De acuerdo. Puesto que no podemos ir con los ojos vendados, tendremos que buscar otro modo. Aún quedan nueve días para buscar en cualquier fuente el modo de llegar allí. Informad de cualquier texto de la Biblioteca donde se mencione el lugar, por pequeña que sea la referencia. Tenemos tiempo, pero no podemos dormarnos en los laureles. Contamos con la colaboración de todos. Podréis buscar también en cualquier biblioteca yúnnica si creéis que puede haber algo, o en cualquier otro sitio si lo consideráis relevante. Adelante —instó Dijkhstir.

25

—¡Oh, claro que teníamos que venir! No es para menos, teniendo en cuenta la estabilidad y los avances que hemos conseguido. Si no haces ya tanta falta aquí, creo que merecerías volver a la Misión.

Mak le miraba, embargado por la emoción.

—Gracias. Muchas gracias por haber regresado. Necesitaba volver contigo para vivir lo que mi hermano no puede. Pero vivirlo por él. No seré de mucha ayuda, más bien un estorbo, pero trataré de aportar mi granito de arena.

—Déjate de tanta modestia, despídete de tu padre y tu tío y ven ya con nosotros. No tenemos demasiado tiempo que perder —le dijo Euni, sin malicia alguna.

—De acuerdo. Has de contarme muchas cosas.

“Sí, muchas”, pensó triste, recordando a Krirant.

—Un poco cansados del viaje hasta la delegación de Inaes, pero bien, estamos bien.

—Me alegro. Mak, ¿verdad? ¡Tenía muchas ganas de conocerte! Yo soy Firrich, tan solo un viejo cascarrabias, pero estaré dispuesto a ayudarte en cuanto precises.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

—Bah, idos ya a dormir, y descansad un poco. Euni, hemos puesto una cama más en tu aposento, espero que no sea molestia dormir con él.

—No lo es en absoluto —se apresuró a contestar la chica, sin ignorar la picardía con la que iba dirigido el dardo. No habían preguntado tanto cuando era Krirant el que ocupaba esa cama.

—Pues me alegro de que estéis todos mejor. Tenía miedo de que dos semanas no hubiesen sido suficientes para que os acostumbraseis a vivir sin él.

—Tratamos de verlo desde una perspectiva práctica. Aunque sea muy humano, llorar no sirve de nada. Además es una experiencia que, pese a todo, nos ha enriquecido y, en cierto modo, también endurecido. Es inevitable sentir pena por mi hermano, claro, y también por Krirant, pero eso no nos lleva a ningún lado. Confiemos en que estén en mejor lugar.

—Casos muy diferentes, pero el mismo modo de hacer frente al dolor.

—Eso creo, sí. Ambas nos pillaron por sorpresa, y aún está sin esclarecer la muerte de Ian, pero no debemos quedarnos de brazos cruzados. Así que, si no te importa, ponme al día con la Misión y lo que debemos hacer ahora. Estoy impaciente por conocer todos los detalles.

Euni le explicó de la manera más esquemática de la que fue capaz qué debían encontrar, dándole los detalles pertinentes.

—Déjame ver la fotocapturada esa del símbolo. Tal vez lo conozca.

Un rato después, Mak ya la tenía en las manos.

—Si llego a alguna conclusión te lo haré saber. Investigaré algo por ahí, ¿de acuerdo?

Ese cuento... Aquel cuento lo conocía. No se lo había contado mamá cuando era pequeño: lo había leído en la Biblioteca de Yark.

Tapa dura, no demasiado extenso, portada con una bonita pero impropia flor blanca. Formaba parte de una colección de cuentos infantiles. Lo recordaba a la perfección: aunque hubiese pasado más de una década, lo tenía grabado en su memoria.

Sería extraño que los Mensajeros no tuviesen delegación en Yark. Pediría a Firrich que le acompañase. Hacía falta ir de inmediato: tan solo quedaban seis días, y cualquier mínima pista tendría que ser considerada como crucial.

Dos horas más tarde, estaba ya en la Biblioteca Nacional de Reish, la cual Mak había visitado cientos de veces cuando era un renacuajo, y otras tantas ahora, con unos años más.

Pese a la remodelación que había sufrido el edificio, no le resultó difícil volver a encontrarlo en la ahora enorme sección infantil. Estaban colocados del mismo modo.

Una vez lo tuvo en sus manos dio un suspiro de nostalgia. Cuánto había disfrutado leyendo aquellos libros, y cuánto había aprendido de ellos. Tras mostrar el carnet que todavía tenía en su cartera, lo tomó prestado por una quincena. Mucho más de lo que necesitaba, por fortuna.

No se resistió a pasear un poco por su ciudad. Se sintió reconfortado al ver que todo seguía en su sitio. Sin embargo, no pudo —ni quiso— volver a casa. No era el momento. No sin sus padres.

Faltaba ya poco para que saliera el Sol, pero Mak aún no se había ido a dormir. Siguió leyendo incluso cuando los Mensajeros se habían acostado, en torno a las dos y media de la madrugada, y cuando lo acabó tenía la cabeza tan llena de ideas que no pudo conciliar el sueño.

Le daba vueltas a cada aspecto de la historia. Era breve, pero había querido fijarse en cada letra del texto, para que no se le escapase ni el más mínimo detalle. Tenía la corazonada de que contenía un mensaje importante: las leyendas siempre guardan alguno.

El argumento era divertido, infantil y bonito, pero carente de información de relevancia para lo que necesitaba. Lo releó una vez más, pero de carrerilla. Tras hacerlo, volvió a acostarse. Eran ya las cinco menos cuarto. Analizó parte por parte el contenido del cuento, mientras la suave respiración de Euni se oía de fondo.

Entonces, sorprendiéndose a sí mismo, tuvo una idea extraña pero brillante.

Al inicio de la historia se relataba el viaje en barco a la Isla Emergente, pero sin detalle alguno. Al escritor tan solo le interesaba mostrar lo que ocurría entre los personajes, por lo que omitió cualquier referencia geográfica.

Más días atrás había descubierto que había un modo de ver lo que ocurría en las novelas dejando a un lado la todopoderosa —pero no lo suficiente— imaginación. Aunque sería harto complicado, aún había tiempo. Tenía que decírselo a Euni.

Habría que volver al Refugio de los Escondidos. Todo se vería claro con el Recreativo.

—Pero sabes lo que eso implica, ¿no?

—Claro, Mak, pero no podemos. Y menos sin Kirant. Para empezar, no nos dejarán entrar allí, y además sería poco menos que un suicidio. Somos en cierto modo desertores. Tenlo claro: los Escondidos son gente no grata para nosotros.

—Aun así...

—Ya sé, recuerdo lo que nos había dicho Kirant: podríamos estar allí dentro por unas horas, para, precisamente, una emergencia, pero me temo que de poco nos servirá si no nos abren las puertas.

—Tenemos muy poco tiempo para conseguir la ruta. Ya solo faltaría que el resultado no se correspondiese con lo que necesitamos... Por lo tanto debemos ponernos en marcha lo antes posible. En cuanto se despierten informaremos a Firrich de todo esto. Ojalá se le ocurra algo para conseguirlo.

—Ojalá. Por el momento es lo único que tenemos.

Los chicos esperaban una respuesta. Durante la exposición de sus ideas, Firrich no había abierto la boca.

—Cuánto me complace deciros esto. No tenemos que ir a ese Refugio del que habláis. Los Mensajeros somos poseedores de otro Recreativo (¿así se llama?). Seguidme, lo tenemos en el almacén.

Firrich se dirigió con velocidad hacia el más largo de los pasillos de la Casa. Abrió la tercera puerta por la derecha, adyacente a la de la habitación de Euni y Mak, dejando paso así a otro pequeño pasillo. Encendió un interruptor, y se iluminó al instante.

Caminó al fondo. Era una sala enorme, de techo alto, luz intensa y blanca, y espontáneas y sobrias columnas, que

cumplían con la necesidad física de sujetar el techo. Cientos —quizá miles— de objetos de no más de dos metros de alto cubrían todo el espacio. Sin embargo, y pese a la cantidad de cosas que había ahí almacenadas, todo estaba perfectamente colocado, dejando paso para el que deseara moverse por allí.

Fue una de esas “calles” la que tomó el anciano, que con paso resuelto recorrió hasta casi el final. Se detuvo, se giró a la izquierda, y abrió, ante la atenta mirada de los jóvenes, el precioso baúl que allí había, entre una bonita mesa auxiliar y una torre de libros de poca importancia.

Dentro, un pequeño rollo descansaba sobre el terciopelo granate. Se trataba del tapete, de la obra de arte, del extraordinario artilugio. Era, desde luego, el Recreativo.

No medía más de un brazo de diámetro, y tenía unos curiosos bordados, un auténtico derroche de imaginación. Euni pretendía examinarlos sobre la marcha, pero Firrich lo volvió a enrollar, y se dirigió de nuevo hacia el salón.

El capitán Kolfnet estaba ya de vuelta. Todo había ido bien.

Solo él había ido a comprobar la ruta que había mostrado el Recreativo, ayudado de los apuntes de Mak. En efecto, los protagonistas del cuento habían tomado el camino correcto.

La zona en cuestión estaba vacía: la Isla Emergente estaba debajo de las aguas, por lo que habría que esperar al momento crucial para verla. Sin embargo, Kolfnet supo que era allí donde se encontraba Susas ya que, dese cuenta el lector de la casualidad, uno de los infantes que correteaban por la Casa se atopó con un mapa. Un curioso tríptico en el cual aparecía representado el contorno de la isla. Una pérdida para mi bolsillo, pero una satisfacción para mi conciencia.

Así pues, viendo que no falta ya nada por hacer y que he aportado mi granito de arena a la historia, procedo a despedirme de usted, el mismo que tiene este libro en sus manos —o documento en la pantalla, o palabras en sus oídos. Habrá notado que en este último tramo de la novela apenas me he dignado a narrar. Bien, lo reconozco: estoy un poco cansado. Por lo tanto, para mi bienestar y el suyo, los siguientes dos capítulos serán narrados desde la objetividad.

Ya ves, dejarás de escuchar mis cansinos comentarios cada dos por tres, y disfrutarás al fin de la traca final.

Ale, ya hablaremos.

26

No había motivo para ello, pero Euni sentía que era una despedida. Ocurriese lo que ocurriese después, supondría un final.

Se sentía ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. Pensaba en Yunnia, en su país, en su pueblecito. En su familia, en sus amigos. En su chico. Pero todo le parecía muy lejano, remoto.

Los Mensajeros se levantarían en escasos minutos. Tres horas después, partirían rumbo a Susas.

Aquel debería ser un día festivo para ellos, porque significaría que al fin el camino se invertía, y que el regreso a la Tierra era previsiblemente inminente. No obstante, se vivía una extraña y artificial normalidad, marcada si acaso por el trabajo que suponía cada siete años y medio distribuir a la gente en los principales emplazamientos yúnnicos para recoger lo más rápido posible a los nuevos Mensajeros.

Tal vez fuese por aquello que, mientras desayunaba, parecía que el día especial solo sería tal para ella. Aquel último viernes de noviembre despertaba con un halo de incomodidad y misterio que hacía que Euni sintiese un nudo en el estómago. Un vaso de leche fue incluso demasiado.

Se duchó, se vistió y esperó. Durante ese rato se dedicó a pasear por los numerosos pasillos de la Casa, diciéndoles adiós tal vez para siempre.

Era probable que tardara cuatro años en regresar a Yunnia, si la Puerta se cerrase tras ella al dar el paso a la Tierra. Tal vez tendría que haber hecho las maletas. Tal vez tendrían que ganarse el pan allí de cualquier modo. Tal vez lo pasarían mal.

Apartó esos pensamientos de su mente, mientras se decía que debía prevalecer la alegría por tener el honor de cruzar Deicos, y de descubrir las maravillosas culturas y civilizaciones de ese mundo tan remoto y cercano a la vez.

Saludó a Mak, que acababa de salir de la habitación, ya aseado y vestido. Admiraba esa habilidad que tenía para tomarse semejantes acontecimientos con tranquilidad. Habían sido pocas las ocasiones que pudo estar a su lado en ese tipo de momentos, pero siempre se mostraba sereno y afrontaba lo desconocido con normalidad. Una vez más había demostrado su habilidad, yendo a desayunar tan solo un cuarto de hora antes de ponerse en ruta.

Pero estaba nervioso. Sabía disimularlo bien, pero en realidad le excitaba la idea de presenciar el principio del final. Había perdido a su hermano por el camino, quién sabe por qué y por quién asesinado, pero ahora tenía que seguir adelante con ello, en su honor. Ya habría tiempo para investigaciones.

Le dolía en el alma no estar con él, pero sentía que solo culminando esa terrible misión se sentiría satisfecho.

Lo haría también por su padre, ahora al menos acompañado por tío Ysir, y su madre, en paradero desconocido. Aún quedaría mucho por hacer tras lo que ocurriría en menos de veinticuatro horas.

Con el sabor del bollo de chocolate en la boca, volvió con Euni. Apenas faltaban unos minutos. Solo quedaba por llegar Firrich, y no lo hizo hasta la hora exacta.

Siguieron un nuevo camino, el cual les llevó hasta Ru-Kan. Capital de la República de Ur-Cret, era la ciudad más cercana a Enea. Aunque los mapas indicarían que para llegar a Susas habría que cruzar el mundo entero, contaban con la esfericidad de Yunnia para llegar por el camino más rápido: siguiendo la corriente prohibida que iba hacia el norte.

En una pequeña playa, apartada del elegante núcleo urbano, les recogió el capitán, que lucía una deslumbrante sonrisa y una gorra nueva no tan bonita.

—¡Chicos, chicos, chicos! ¡Ha llegado el gran día! ¡Eleven anclas! —dijo ilusionado, cuando estaban ya los cuatro en cubierta.

—¿Hora estimada de llegada? —preguntó Mak, con la misma sonrisa en los labios.

—Las seis de la tarde, grumete. Tendremos que esperar unas cuantas horas en el barco, espero que no sea molestia —informó, adoptando un semblante más serio.

—No será problema.

Firrich se paró a pensar un instante.

—No sabía que se tardaba tanto en llegar.

—Para mí también fue una sorpresa, pero las múltiples indicaciones, virajes y atajos que hay que seguir no consiguen más que hacernos dar vueltas por un lado y otro, haciendo que a las dos horas que debería tardarse en llegar haya que sumar otras seis.

—Confiamos plenamente en ti. Debe de ser francamente difícil dirigir este aparato con tantos puntos en contra.

—Lo que más complicado me resultó el otro día fue cruzar la Corriente. Las corrientes opuestas están tan cerca la una de la otra que llegan a chocar entre sí, convirtiéndose en una barrera muy potente y peligrosa. Tendremos que tener cuidado.

—Ya sabes, pídenos ayuda para lo que quieras.

—Dudo que me haga falta, pero gracias. Ojalá todo salga bien. Aunque no lo creáis, estoy agradecido con vosotros por haberme dejado participar en vuestra peculiar odisea, y también estoy contento por poder aportar algo. Os echaré de menos.

Euni y Mak se miraron entre sí. No les había gustado nada esa frase.

Tan solo pararon una vez en el camino, y fue para tomar un frugal almuerzo. Apenas un trozo de pan y una fruta trataron de rellenar sus vacíos estómagos.

El cansancio comenzaba a hacer mella en los tripulantes. No era para menos: como Kolfnet había advertido, el camino no fue ni mucho menos en línea recta. Euni en concreto tuvo incluso que acostarse debido a un leve mareo, pero, aun así, persistió el buen ánimo y la excitación en los cuatro durante toda la jornada.

Euni cenó solo otro vaso de leche, pese a la insistencia de los demás para que tomase algo más consistente. De hecho, los hombres disfrutaron de comida más abundante que en el almuerzo. Platos ligeros, pero que, ahora sí, consiguieron saciar su hambre al completo.

Llevaban ya casi tres horas detenidos en alta mar. Tras asegurarse con ayuda de los mapas de que era el lugar correcto, el capitán detuvo el Barco de la Noche, a la espera de que la Isla Emergente se alzara entre las aguas.

No habían hablado demasiado en todo el viaje, pero Euni sintió la necesidad de iniciar un diálogo de despedida. En el fondo de su corazón, así lo sentía.

—Ha sido un largo camino, ¿eh? —comentó, un tanto insegura.

—Emocionante, intenso, sorprendente y definitivamente largo, sí —dijo Firrich, percatándose de las intenciones de la joven—. Aunque sin duda, mucho más para vosotros dos que para nosotros, los veteranos.

—Y no por días, porque al fin y al cabo no llevamos fuera de casa ni mes y medio, sino por experiencias —opinó Mak—. Tantos lugares, tantos nombres, tantas historias y, sobre todo, tantos acontecimientos que han ocurrido nos dejarán marcados para toda la vida.

Kolfnet les miraba con admiración, e incluso orgullo.

—Habéis sido muy fuertes. Aun con todo lo que sucedía a vuestro alrededor, tuvisteis fuerzas para llegar al final de esta locura. Trataron de manejarlos, pero habéis escapado de aquellos que harían lo que fuera por tener el privilegio de vivir lo que presenciarán nuestros ojos en cuestión de minutos.

—Es un milagro que hayamos llegado aquí a tiempo, y la casualidad y la suerte estuvieron en muchas ocasiones (aunque no las suficientes) de nuestro lado.

—Pero, aunque todo haya salido lo suficientemente bien, no tenemos la certeza de que vaya a seguir siéndolo.

Mak pensó en que tal vez habían tentado demasiado a esa misma suerte. ¿Y si en Susas tan solo hubiese otra pista hacia la Puerta? ¿Y si se les había escapado algo? Y... ¿si no se abría la Puerta?

—Necesitamos fe. Creer en lo que desconocemos... porque, de otro modo, no tendríamos ilusión por nada. ¿Me equivoco acaso? Desde luego, si no hubiésemos creído que hoy se iba a abrir y nos hubiésemos quedado en la Casa, nos habríamos podido perder este momento. Aún no sabemos si funcionará, cierto, pero mejor volver con una desilusión por que no había nada que perderse algo real creyendo que no existía. Si no nos movemos jamás obtendremos nada.

Kolfnet puso recta su espalda. Mandó callar con un movimiento de su mano, y trató de afinar el oído.

—Id a por la Llave. El agua está retrocediendo: Susas aparecerá en breves.

Sentían que el Barco se movía. Bajaron con rapidez, y con una sonrisa de oreja a oreja. La emoción —y los nervios— eran más que evidentes.

Planta superior... Planta principal... Bodega. Habían llegado. Fueron corriendo a la esquina en la que estaba la habitación. Mak, el que más rápido llegó, hizo girar el pomo de la puerta, que, una vez más, se abrió sin problemas.

Mientras se encendían las luces, extrajo los tres fragmentos de la Llave con el máximo cuidado que le permitió su acelerado pulso. Le dio un trozo a cada uno, quedándose él con el circular.

Cerrando la puerta tras sí sin demasiada delicadeza, volvieron a subir lo más rápido que pudieron. Una vez llegaron a cubierta se limitaron a disfrutar del increíble espectáculo, sin soltar el pétreo tesoro.

El capitán Kolfnet estaba alejando el barco progresivamente conforme la isla emergía, pero no hizo falta desplazarse demasiado. Susas no llegaba al kilómetro de diámetro.

Era solo piedra. La forma convexa de la placa lítica hacía que no quedase ni el más mínimo charco en su superficie. No había nada: solo aquella yerma y lisa extensión, por el momento vacía.

Con la evidencia de que no terminaría ahí, el capitán les pidió prudencia y cautela —en especial con la Llave— mientras descendían la rampa que salía de la planta principal. Euni sintió alivio al pisar suelo firme después de tantas y tan tensas horas en alta mar, y en verdad incluso el viejo lobo de mar se relajó al sentir que cesaba el balanceo continuo del Barco.

Confundiéndose en la estabilidad de la embarcación, la dejaron allí, sin amarrar —¡no había lugar donde hacerlo!— y comenzaron a caminar, para llegar al centro de aquella extraña e irreal isla.

Pero ni diez pasos habían dado cuando pequeñas motas verdes comenzaron a cubrir el suelo. A cada metro que avanzaban, el manto vegetal crecía. Emocionados hasta el extremo, veían como alguna planta dejaba de aumentar, quedándose en hierba, mientras otras crecían más y más, oscureciéndose y formando sólidos troncos, de los cuales surgían enormes hojas.

Cuando llegaron, todo estaba cubierto de verde. Eran plantas húmedas, que recordaban a las zonas costeras de los Bosques del Este. En un abrir y cerrar de ojos habían llenado todo de vida, poblando cada espacio gris con su silenciosa música.

Todo el espacio menos, precisamente, el centro. En un círculo de unos ochenta metros de diámetro, la piedra estaba aún a la intemperie. Pero tenía una peculiaridad: estaba marcada. Estrechos —dos palmos— y no demasiado profundos canales en disposición circular, concéntricos, elaboraban un misterioso laberinto, cuyas raíces se dirigían al mar, el cual podían ver sin problemas, pues no había pese a todo demasiados árboles.

Estaban sobrecogidos. Sentían que a cada segundo, la magia aumentaba. El secreto milenario se estaba descubriendo lentamente ante sus atónitos sentidos. Con aquel milagro de la Naturaleza hubiese sido suficiente, pero aún quedaba. Claro que quedaba más.

El viento soplaba suavemente el verde prado y las hojas de los castaños y pinos. El Sol se estaba escondiendo ya por el horizonte, y la Luna ganaba fuerza frente a sus rayos.

Parecía que el mundo contenía la respiración para ver como aquella maravilla seguiría su curso. Los cuatro se acercaron entre sí, demostrando con esa cercanía su despedida y su agradecimiento.

Cuando creían que deberían esperar más tiempo, vieron, asombrados, en el epicentro de aquel espectáculo, cómo se materializaba lentamente, como si la conversión de agua en hielo se tratase, un ruinoso Templo, ancestral, milenario. Firrich se limitó a susurrar “Trav”.

No se movieron ni un centímetro. Por nada del mundo querían perderse ni un instante. Analizaron desde su posición el templo del monte lenaico, asombrados por su aparición. Poco después, aparecía un segundo Templo, que completó la mayoría de los huecos que presentaba el inicial.

No tardaron en entenderlo. Los tres templos, tan solo ruinas, eran en realidad uno solo, triplemente majestuoso. Terminaron de maravillarse por ello cuando el tercero, el de Kragdan, consiguió que aquellos arcos fuesen tan bellos como cuando se tallaron, tal vez al principio de los tiempos. El mármol relucía ante la única luz ya de la Luna.

Se juntaron aún más. Sentían que se acercaba el momento, pero no se movían apenas. Firrich se percató de que deberían hacer lo crucial. No hizo falta decir nada: Euni y Mak intuyeron sus intenciones, y le tendieron sus respectivas

partes de la Llave. El anciano, con lágrimas en los ojos, los juntó, y los colocó en el centro matemático, a un escaso metro de donde estaban situados. Allí, una hendidura del tamaño exacto esperaba ser cubierta.

Colocó la Llave encima, y, cerrando los ojos, exhalando un suspiro, la presionó. Encajó.

Se irguió y regresó con los demás. La música muda que les había emocionado tanto se tornó en un silencio vital igual de intenso. Yunnia se detuvo. Las respiraciones agitadas de los afortunados eran lo único que percibían los cuatro pares de oídos en alerta.

No ocurrió nada durante el tiempo preciso. Vieron entonces como, cerca suyo, los laberínticos canales se comenzaban a llenar de agua, hasta la altura máxima que podía sin que rebasase.

Euni alzó la vista y miró al mar. Se sorprendió al ver que estaba repleto de manchas blancas, las cuales no pudo identificar por la distancia, pero que no tardarían en descubrir.

Aquello empezó a subir por los canales que comunicaban con el océano, avanzando más y más. Un minuto después estaban lo suficientemente cerca como para verlos.

Eran flores.

Unas bellísimas flores de grandes pétalos blancos y corazón amarillo flotaban por el agua y se desplazaban por el laberinto, cubriéndolo con su magia.

“Nenúfares”, se dijeron los cuatro a la vez.

Millares de nenúfares seguían ascendiendo poco a poco, hasta el punto de que no quedó ente ellos ni el más mínimo resquicio.

Todo se detuvo una vez más.

Un segundo, veinte minutos. No sabían cuanto tiempo tardó en ocurrir. Pero ocurrió.

El templo fue abandonando su mate y dura textura para tornarse en algo más delicado, pero mucho más bello. El mármol dio paso al cristal.

Había ocurrido. Lo sabían. Era el momento.

Deicos, la Puerta. El Templo de los Nenúfares estaba abierto.

27

Euni dio un paso al frente, al mismo tiempo que lo hacían Mak, Kolfnet y Firrich. Se miraron entre sí, esbozaron una sonrisa y avanzaron hacia arcos distintos.

También a ella le caían las lágrimas. Sollozaba de “tanto todo”. Por fin había llegado. A un paso de cruzarlo, echó la vista atrás y observó por última vez aquel mágico emplazamiento. Cerró los ojos, y los volvió a abrir. Dio un paso al frente, y atravesó la Puerta.

Estaba ya en el mundo de origen, se dijo, en ese enorme y fantástico mundo de origen. Pero miró a un lado y a otro, y vio que nada había cambiado. La misma hierba, el mismo templo... ¡Pero faltaban los tres hombres!

Se sintió asombrada. Quedó momentáneamente paralizada. Pero se decidió, y dio un paso más hacia adelante.

Todo daba vueltas. Se sentía como si cayese al vacío, pero se dirigía hacia adelante. Torrentes de todos los colores fluían por todos lados, envolviéndola, deslizándose agresivos, pero sin apenas tocarla. Sonidos, olores, texturas, sabores e imágenes eran tan absurdos e intensos que sentía que eran demasiado para ella. En semejante psicodelia, se sintió morir ante la dureza de todo. Se sentía agredida, agobiada, maltratada, angustiada. Y justo en el momento que parecía estar a punto de explotar, sintió que su mente se abría.

Como un abanico. Fue capaz de abarcarlo todo, de sentirlo todo, de disfrutar todo. Se sentía fuerte, potente, todopoderosa. Y justo en ese instante de placer, todo se desvaneció. Repentinamente.

Se sintió caer de nuevo, pero ahora sí, hacia abajo. Se sentía sola, tenía mucho miedo.

Cayó al suelo, sin darse el golpe correspondiente a la velocidad a la que había caído.

Trató de erguirse. Todo era negro. Todo menos...

Allí había otra persona, también tirada en el suelo. En su misma postura. Trató de enfocar la vista, mientras esperaba que se tratase de Mak. Cuál fue su sorpresa al ver que era...

Ella misma.

Reunió fuerzas y se levantó. Su copia hizo milimétricamente lo mismo.

Se miraron. Euni mostraba su asombro, pero la otra, sonreía.

—Hola, mortal —dijo.

Euni se quedó atónita. Analizó aquella información al momento en miles de posibilidades, tantas como le permitía la aún expansión mental de la que disfrutaba.

—Hola, Dios —respondió finalmente.

Aquello no era la Tierra.

—No, no lo es. O sí. Esto es la Tierra, pero no la Tierra que te esperas.

—Es, entonces...

—La Morada de los Dioses.

Estaba ante un Dios. Hacía cientos de generaciones que no se creía en dioses, pero estaba ante uno de ellos.

—Consideramos que es mejor hablar contigo de este modo. Al fin y al cabo, ¿con quién se comunica uno mejor que consigo mismo?

Euni no dijo nada.

—¿Te has divertido? —preguntó, ante su perplejidad.

—Dos muertes cercanas, peleas, rebeliones, incluso una guerra. La aventura no ha sido precisamente divertida.

—Sabes que sí. Has disfrutado de los viajes, del conocimiento adquirido, de las experiencias vividas. La guerra no acabó mal. Y la vida de Ian no importa en absoluto. Tan fácil nos fue quitársela como será devolvérsela.

Euni no podía creer lo que estaba oyendo. Su mente, con una capacidad tan amplia, no tenía apenas información que estudiar. Nada tenía sentido.

—Oh, Euni, nos hemos divertido todos mucho. Idear el argumento, hilar la trama, buscar a los personajes. Ha sido francamente entretenido crear vuestra odisea. Ha sido... cómo decirte... como escribir una novela.

Era imposible. No podía soportar mirar a la cara a aquella chica igual a sí misma tan impregnada en repugnante soberbia.

—Sí, Euni, sí, os hemos manejado. Y con todo lo que ves, incluso nos han quedado ideas en el tintero. El puñal en el pecho de tu amiguito fue puesto porque sí. Simplemente nos apeteció que muriera. Lo de Krirant quedaba a tiro: misión cumplida, pues otra muerte. ¡Una guerra! ¡Qué catastrofista! Ideal. Toques místicos (reconocerás que el Templo está logrado ¿no?). Viajes, aventura, un incordiante narrador. Todo un mundo, en el sentido literal y metafórico al mismo tiempo.

Todo se derrumbaba. Su vida, toda su...

—... vida es simplemente producto de nuestro ingenio. Todo lo que conoces ha salido de nuestra mente. Es todo artificial, pero irregularmente perfecto —concluyó por el momento, con una sonrisa.

—¿Y la Tierra? —preguntó, casi sin saber por qué.

—Verás. Yunnia es la Tierra. Y la Morada de los Dioses, también es la Tierra. La Tierra es el origen, sí. El origen de todo. Los humanos aparecieron allí, millones de años después de que apareciera la vida. Permíteme entonces contarte la historia completa, en la que tú misma, mira por dónde, participas. Te sorprenderá.

Etruria era un imperio situado en la Península Itálica, un territorio en el que poco después aparecería el primer gran imperio de la Historia, el de Roma. Precisamente, Etruria vivía una situación tensa, muy tensa por culpa de esos romanos. La guerra había comenzado hace años, el asedio a algunas ciudades era terrible, y los ciudadanos etruscos iban cayendo.

Siempre ocurre lo mismo: los más ricos seguían vivos, intactos, aunque temerosos. Los más importantes: los mandatarios, los principales comerciantes, y los sacerdotes que adoraban al numeroso panteón de dioses de aquella cultura. Cabe destacar a los dirigentes que conformaban la Confederación de las Doce Ciudades, pues gobernaban todo el Imperio.

Aquellos afortunados se reunieron en el Fanum Voltumnae —foro de reunión entre los de la Confederación, y templo en honor al dios Vertumno—, cercano al lago Volsenii, llamados allí por una causa desconocida. Seis centenares de personas estaban concentradas sin saber el porqué, mientras la amenaza estaba a unos pocos kilómetros. Numerosas familias, las más importantes, esperaban con impaciencia conocer el motivo.

Cuando se lo comunicaron, quedaron sorprendidos. “Otro mundo”, se dijeron, “¡es de locos!”. Pero accedieron a ir. Se abrió por primera vez Deicos, dejando paso a un mundo nuevo, llamado Yunnia.

Allí se expandieron rápidamente, al mismo tiempo que crecía la Tierra originaria. ¿La única conexión? Los ciegos Mensajeros que envió la Tierra cada cuatro años, acudiendo puntualmente a su cita, y llevando con ellos los mayores avances.

En ese mundo nuevo había, eso sí, una nueva raza humana. Los poderosos Escondidos. Surgidos argumentalmente por una irregularidad en el viaje hacia Yunnia, formaron una nueva clase social, oculta pero arraigada en todos los estamentos de poder.

Odiaban ser diferentes. Pese a sus poderes, querían ser iguales que el resto de humanos. Los envidiaban, y no les gustaba que les envidiasen. Por eso crearon un ambicioso plan: el Arma. Con ella, los Escondidos dejarían de serlo. Sus poderes desaparecerían, y podrían reaparecer en la sociedad y vivir como cualquier otra persona.

Eso perseguía Pakli con el cumplimiento de vuestra misión, la que tú e Ian protagonizasteis. Pretendía buscar en el mundo-origen la clave para dejar de ser Escondidos. Un propósito complicado y aleatorio, que aunque debería salir mal, saldrá bien.

Pobre ilusa: no sabía que la Misión, la búsqueda de la Llave era innecesaria. Porque no hacía falta ninguna Llave.

Esto no es mecánico: si tienes Llave, la Puerta se abre. No. Es todo por nuestra voluntad. Podrías haber muerto todos si hubiésemos querido, pero no es el caso. No somos, desde luego, tan infantiles.

De hecho, y aunque lo consiga de otro modo, Pakli, nuestra mayor marioneta, conseguirá su propósito. Tú misma, Euni, cuando regreses a la Tierra, comprobarás que todos los Escondidos habrán perdido sus poderes. Nos vamos a permitir ese caprichito.

Hum. Pero queda algo importante, algo crucial. El final de la Historia. Verás. Vamos a anticiparte el futuro. Se abrirá un paso bilateral entre Tierra y Yunnia. Avanzaréis de la mano, por el progreso. Pasarán los años. Ocurrirá la tecnificación, la robotización, la mentalización. Milenios transcurrirán, y el hombre obtendrá conocimientos que ni te imaginas. Entonces, y solo entonces, el hombre se convertirá en Dios. Creando la Morada Divina. Y será todopoderoso.

En efecto, esos somos nosotros. En realidad, somos el último paso evolutivo del hombre. La gran comunidad, unitaria. Capaz de superar la barrera de lo físico.

Tierra. Yunnia. Morada. Tierra. Yunnia. Morada. Es un círculo vicioso. ¿Y sabes por qué? Porque la Puerta no es en realidad un paso interdimensional, ni ninguna cosa rara de ese tipo. Es una máquina del tiempo. Y las leyes de la física dictaminan que solamente se puede avanzar en el tiempo. La Morada es Yunnia con unos años de más, y la Tierra, una Yunnia con unos años menos. ¿Entiendes?

Pero claro, te dije que es un círculo vicioso. Y es que lo es, claro que lo es. Las leyes de la física no lo permiten, pero, ¿acaso no hemos superado esa barrera? Claro. Regresamos al pasado. Mucho antes de la Tierra. Mucho antes del Universo. Mucho antes de cualquier cosa.

¿Y sabes que había? Nada. Entonces, allí, pusimos. Creamos. Nos hemos creado a nosotros mismos, y a todo lo que nos ha rodeado por eones. Por eso, no por otra cosa, somos Dioses.

—Es increíble —dijo Euni por enésima vez mientras aparecía en su casa, sobre su cama.

Yunnia seguía igual. “Es todo artificial, pero irregularmente perfecto”. Coincidió en que era perfecto, pero ¿quién dijo que no era natural? ¿Acaso no era puro y verdadero todo lo que había ocurrido en todo lo espacio-temporal? Desde una tableta de chocolate hasta un dios, ¿no era todo real?

Se recostó. Disfrutaba de haber tenido la suerte de haber sido elegida —y creada— por aquella mente engendrada a sí misma. Le venía grande tanto conocimiento, pero disfrutaba con él.

Se puso en pie, y se dirigió hacia la habitación de sus padres. Deseaba ver a su madre, y allí estaba, durmiendo, sola, en la penumbra. La besó suavemente, pero aun así se despertó, como si hubiese esperado ese beso por meses.

—Cuánto deseaba este momento —le susurró al oído—. Coge tus cosas. Nos vamos. No pienso soportar ni un minuto más a tu padre; nos vamos a casa de mi hermano. Te quiero, hija.

Mientras su progenitor estaba a miles de kilómetros, Euni, junto a su madre, se iba de casa para siempre. Atrás quedarían los golpes y el acoso, lo más repugnante de un ser humano. Empezaba una nueva vida, y ni tan siquiera eso se vería eclipsado por lo que hubiesen dicho cuatro dioses burlones.

Epílogo

Una historia con final feliz, ¿no?

Qué majos han sido esos dioses, cambiando al momento tantos detalles desde que Euni regresase a su hogar.

Cumplieron con su promesa. Ian, Ineia y Mak aparecieron en casa de Ysir ante un boquiabierto Hush, un hombre que había perdido todo, pero que lo había recuperado con mayor rapidez aún.

Mak, junto a Firrich y Kolfnet, habían vivido lo mismo que Euni, y también lo sabían todo.

El anciano, en principio, trataría de sacar a la luz el grupo de los Mensajeros, que cambiarían de función: serían los guardianes de la Puerta —la cual estaba ya permanentemente abierta, en Susas. Años más tarde, llegaría el primer avión a Yunnia, y entonces, sería mucho más fácil llegar allí.

Kolfnet se limitaría a conceder entrevistas durante días a los medios que se agolpaban en torno a su barco, encallado en la ciudad misraica de Alindr.

En cuanto a los Escondidos, pues qué decir tiene que perdieron todos sus poderes, consiguiendo así la mayor y más noble de sus ambiciones. Aparecieron todos, fueron exculpados de cualquier delito cometido durante la guerra y fueron fácilmente insertados en la sociedad.

No sería hasta tres años después, cuando el hilo telefónico y las primeras televisiones comenzaban a funcionar en Yunnia, que se reunirían todos los aventureros en la paradisíaca isla de Min, al extremo noroeste del mundo. Compartirían opiniones, se darían abrazos, reirían mucho y disfrutarían más de aquel sentimiento de unión, sobrecogidos internamente por la grandeza de aquello que todos sabían.

Ian, el en principio protagonista de mi historia, fue puesto al día de inmediato por su hermano, emocionado por volver a verle vivo. Sin duda, y aunque no hubiese cruzado la Puerta, era el más querido, y así se lo demostraron los demás en aquella estancia.

Planeando un viaje en grupo a la maravillosa Tierra —la cual se estaba uniendo a Yunnia por el proceso de biglobalización—, volvió cada uno a su vida cotidiana.

Un año más tarde, a la vuelta de otro viaje —esta vez al Monte Ineae—, Ian se preparaba para acostarse cuando vio que, sobre la almohada, reposaba una cajita de madera, no más grande que la palma de su mano.

Asombrado, la cogió entre sus manos. “Lo prometido es deuda. Pakli.”, decía la nota que la acompañaba.

Dentro había una pequeña esfera. De unos siete centímetros de diámetro, parecía hecha de acero, pero era, sin embargo, tremendamente ligera. “¿No será...?”, se dijo Ian, dudoso. “Coincide con la descripción... Debe serlo”. La cogió y pensó en limpiarse los dientes. La esfera se convirtió en un cepillo. “Sí, lo es”, sonrió. Jamás le faltaría desde entonces una herramienta. Era otro objeto legendario: el Avatar. Se convertiría en todo aquel artilugio que el poseedor requiriese.

Sorprendido con el hallazgo, se sentó sobre la cama. Pero descubrió algo más. Sus pies habían dado con algo, sobre el suelo.

Se agachó y lo cogió. Era un maletín negro. Con sumo cuidado lo depositó sobre la colcha, y procedió a abrirlo.

Allí estaban los sesenta mil ertabios prometidos. Desde luego, daba para invitar a todos sus conocidos a un viaje a la Tierra. O a la Luna, si hiciera falta.

Sintió que había terminado. La aventura había concluido con aquel maletín. No quedaba nada por resolver. Se dijo que todo había sido —e incluso seguiría siéndolo desde entonces— un apasionante cuento, una novela, donde incluso las marionetas se habían divertido. Puede que todo fuera incluso fruto de la imaginación de algún inquieto escritor —que ante todo es “imaginador”—, que en realidad fuera el resultado de una aleatoria idea. Tal vez no existía, ninguno de ellos existía en verdad.

Minutos después, mientras caminaba por las imponentes calles de Yark, aprovechando para despedirme de la ciudad, reflexioné sobre todo lo ocurrido en los años anteriores, en todo lo que al chico le había ocurrido. Traté de buscar explicaciones a mi propia historia.

Había subido hasta uno de los miradores más altos de la urbe. Desde ahí veía todos los barrios y lugares importantes, así como el estrecho y la corriente. Y solo fue en esa situación, ante la maravillosa imagen y todo el significado que contenía, cuando caí en la cuenta.

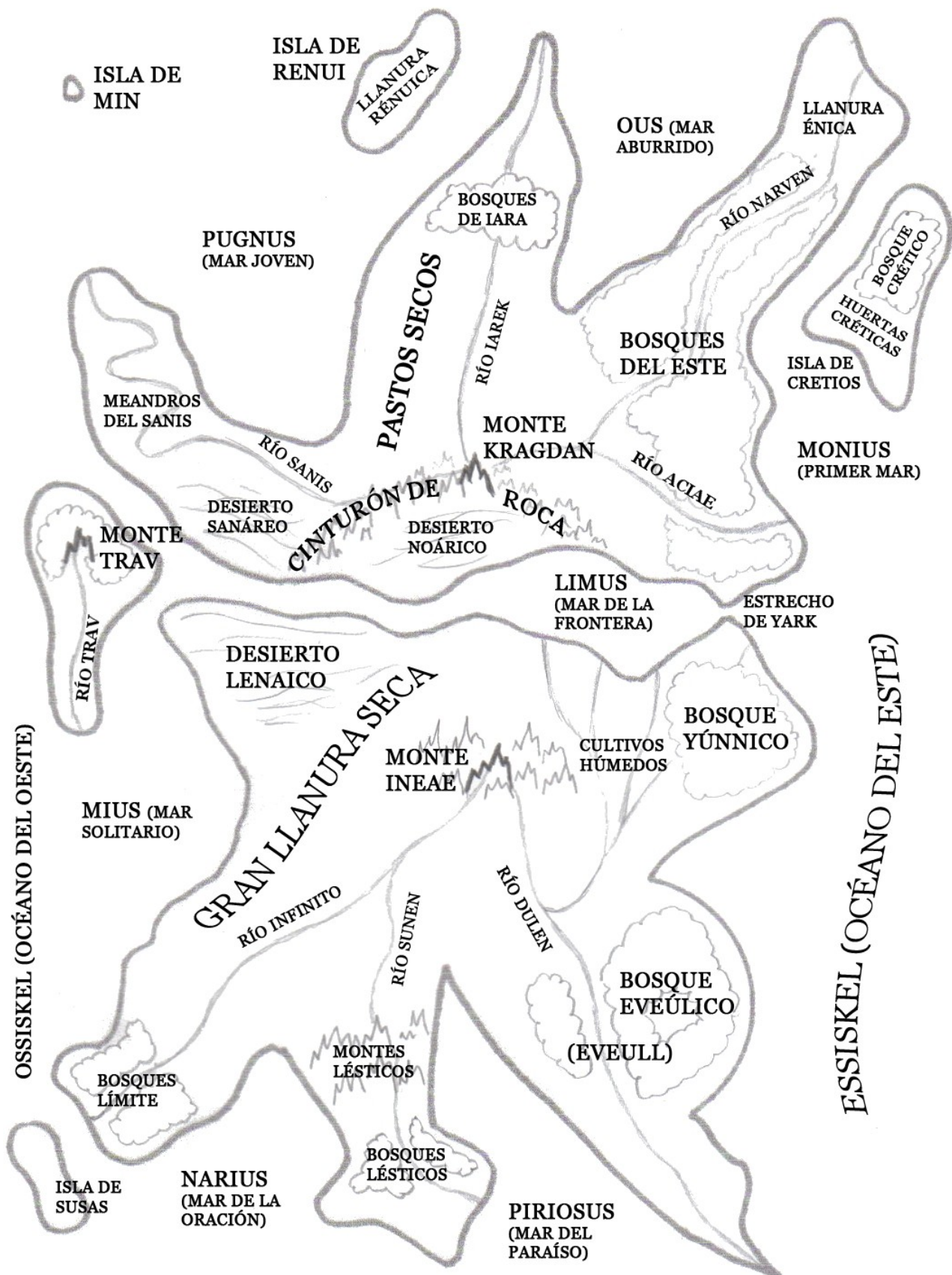
Aunque el chico llegase a pensar que no existían, ni él ni nadie en aquel mundo —ni tan siquiera el propio mundo—, ¿acaso podría yo mismo negar que Ian y Yunnia tenían vida?

¿Fin?

¿Acaso crees que ETDLN acaba aquí? Entra en **www.eltemplodelosnenufares.es/fin** y llega al auténtico final de la aventura.

Descargas, sugerencias, opinión y alguna cuestión más te esperan allí. ¡No te olvides!

Mapa físico



Mapa político



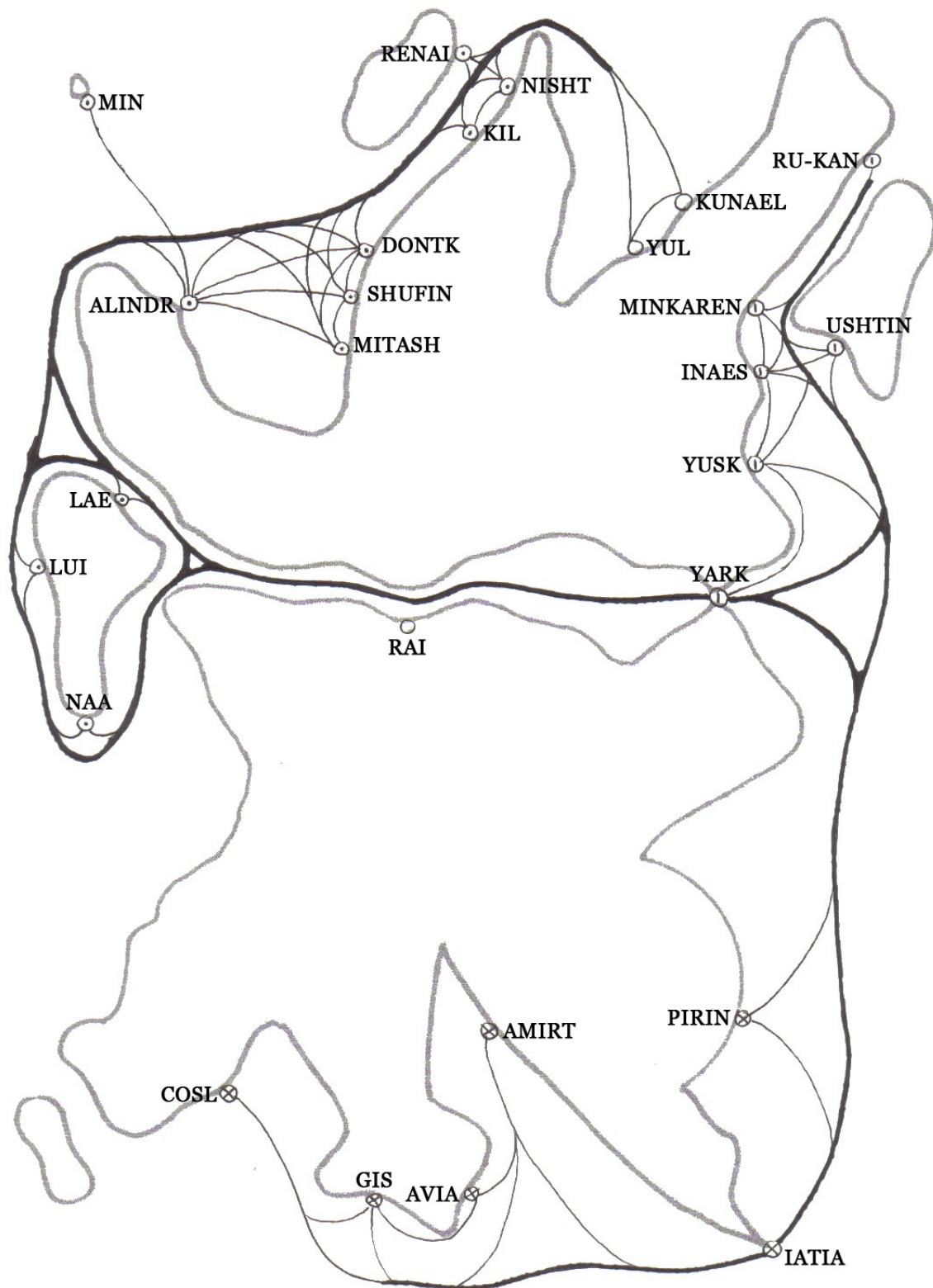
PAÍS

(REGIÓN)

• CIUDAD

⊙ CAPITAL

Mapa de corrientes



- ⊙ Asociación Iárico-Misraica
- ① Asociación de las Repúblicas Húmedas
- ⊗ Asociación Meriánica
- Corriente
- Rutas comerciales



2005-2008, Juan Ángel Donaire Rutiña. Algunos derechos reservados.

Contenido protegido por una licencia Creative Commons BY-NC-SA 2.5 España, que permite, siempre y cuando no se use con fines comerciales, su copia y difusión ilimitadas y uso en obras propias con la misma licencia CC. La licencia completa puede verse en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/>. Esta licencia no limita de modo alguno los derechos del autor. Más información en <http://eltemplodelosnenufares.es/web/licencia>.

Imagen de portada tomada de Flickr, titulada “Water Lily / Nymphaea / スイレン (睡蓮)”, cuyo creador es titanium22 —Nagara Zoku—, que puede verse en <http://www.flickr.com/photos/nagarazoku/26688717/> y que está regida por una licencia Creative Commons.

ETDLN ha sido elaborado en su mayor parte en OpenOffice. Usa software libre, que merece la pena.

Esto y mucho más en eltemplodelosnenufares.es